

Felipe Lázaro

INVISIBLES TRIÁNGULOS DE MUERTE

Con Cuba en la memoria

(Relatos)

2ª Edición



BETANIA



Güines, 1990: Calle Maceo (conocida también como Reina). A la izquierda, la Loggia Masónica de Güines. Al final de esa misma acera, en la otra esquina, la que fue la Bodega La Reina y, encima de esta, la casa natal del autor. A la mitad de esta calle y en la misma acera izquierda (y en azul) la panadería, entonces con el mismo nombre, y desde 1962 estatalizada.

INVISIBLES TRIÁNGULOS
DE MUERTE



Felipe Lázaro (2017)

(c) Marisa Concina Monguillot

Felipe Lázaro

INVISIBLES TRIÁNGULOS DE MUERTE

Con Cuba en la memoria

(Relatos)

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

1º edición, 2017

2ª edición, 2025

Portada: Foto de la casa natal del autor en Güines: Calle Masó 1 (altos), esquina Calle Maceo (o Reina). Debajo de la casa estaba la bodega “La Reina”. De azul –en la Calle Maceo– estaba la panadería del mismo nombre y detrás de la bodega, entrando por Masó, estaba el Almacén: Compañía de Víveres Felipe Álvarez, S.A.

Foto tomada en los años 90, con la bodega y el almacén cerrados. En la actualidad la dirección es: Calle 84, esquina a la Avenida 91. Güines, La Habana, Cuba. A nivel popular a esta esquina (al edificio) se le llama actualmente “La Roca”, porque su solidez contrasta con el deterioro y ruina de otros edificios y casas del pueblo.

© Felipe Lázaro Álvarez Alfonso, 2025

Editorial Betania

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog EBETANIA: <https://ebetania.wordpress.com>

Facebook: Editorial Betania

ISBN: 978-84-8017-370-4

Cuando los pueblos emigran, los gobernantes sobran.

JOSÉ MARTÍ

Las revoluciones, qué lindas cuando comienzan, pero qué tristes cuando terminan.

MARIANO AZUELA

Somos nuestra memoria.

JORGE LUIS BORGES

La libertad solo para los partidarios del Gobierno, solo para los miembros de un partido, no es libertad en absoluto.

ROSA LUXEMBURGO



De izquierda a derecha: Felipe Lázaro con 11 años de edad (con el uniforme del Colegio americano y un *jacket* de aviador militar), su sobrino Gerardito y su hermana Encarnita Álvarez Alfonso. Foto tomada en Güines, en el patio de la casa del tío paterno del autor, Joaquín Álvarez Álvarez, por la calle Clemente Fernández, esquina calle Medio. Fecha: enero de 1960.

Dedico este libro a todas las víctimas del castrismo, en estos 66 años de dictadura totalitaria (1959-2025):

A los miles de fusilados, a los cientos de miles que padecieron –o sufren todavía hoy– el presidio político y a los más de tres millones de cubanos que se han exiliado desde 1959, éxodo que aún continúa.

A los que murieron tratando de escapar de Cuba por diferentes vías: 1) marítima (los 40.000 cubanos que han muerto en la travesía del Estrecho de la Florida, el gran cementerio del Caribe), 2) terrestre (aquellos que murieron intentando asilarse en embajadas acreditadas en La Habana o tratando de entrar en la base norteamericana de Guantánamo, incluyendo a los que se ahogaron o fueron devorados por los tiburones en esa Bahía) y 3) aérea (a los polizones que cayeron al vacío en pleno vuelo tras introducirse clandestinamente en una aeronave). Recordando a las mujeres, niños y hombres que murieron tras el hundimiento y masacre del remolcador *13 de marzo* (1994), y a los tres últimos jóvenes cubanos fusilados (2003) por solo intentar secuestrar una lancha que hacía la travesía de la Bahía de La Habana.

A los millones de ciudadanos cubanos que perdieron sus propiedades y bienes: negocios, casas, solares, fincas, terrenos, automóviles, edificios, motocicletas, bicicletas, camiones, bibliotecas personales, animales domésticos, etcétera. Desde los grandes empresarios (del comercio y de la industria), terratenientes o casatenientes, a los comerciantes pequeños, y hasta al más humilde zapatero remendón. Desde mediados de los años sesenta, el régimen del 59 expropió, confiscó o intervino (más bien robó) millones de hogares, de segundas casas, de tierras y empresas grandes, medianas y pequeñas. En Cuba, al erradicar el capitalismo privado y pretender construir una sociedad “socialista”, lo único que han logrado es engendrar el actual capitalismo monopolista de Estado, cuyo éxito más contundente ha sido mantener en el poder a la actual casta militar castrista. No olvidemos que toda la burguesía fue eliminada, convirtiéndose todos los propietarios (nacionales y extranjeros) en unos apestados: expropiados, perseguidos y, en su mayoría, expulsados hacia el destierro por las nuevas leyes revolucionarias.

Aunque pueda resultar farragoso, es necesario detallar el balance del gran robo que supuso el fin de la libre empresa en Cuba, de la libertad de comercio y el inicio de un estatismo totalitario: almacenes de víveres, pana-

derías, bodegas, quincallas, tiendas de ropa, zapaterías, farmacias, funerarias, guaraperas, cafés, restaurantes, fondas chinas, tintorerías, estaciones de servicio, talleres de mecánica, cines, teatros, heladerías, ferreterías, colegios y academias privadas, pescaderías, carnicerías, pollerías, tiendas de electrodomésticos, librerías, papelerías, bares, clínicas, fábricas de todo tipo, quioscos, los puestos de venta de ostiones o de fritas (hamburguesa cubana), los heladeros, dulcerías, pastelerías, los tostaderos de café, las embotelladoras de agua natural o de refresco, fábricas de cervezas y rones nacionales, joyerías, ingenios y centrales azucareras, relojerías, bancos, hoteles, posadas, licorerías, pensiones, casas de huéspedes, moteles, talleres de bicicletas, imprentas, propietarios de barcos, yates, lanchas y botes de todo tamaño y cuanto negocio o empresa se pueda uno imaginar. Es decir, todo el comercio y la industria de la Isla pasó a manos del Estado cubano y este se convirtió en el único patrón desde entonces. Esto sucedió desde finales del año 1960 (cuando se expropiaron las grandes y medianas empresas privadas en Cuba) y sobre todo con la Ofensiva Revolucionaria (1968) cuando se expropiaron 55.636 pequeños negocios (bodegas, carnicerías, farmacias, barberías, peluquerías de mujeres, tiendas de ropas, restaurantes, cafeterías y un gran etcétera) de ciudadanos cubanos.

Pero no solo se vieron afectados los dueños de negocios o comercios de todo tamaño, sino los profesionales que no han podido volver a ejercer sus profesiones en el ámbito privado, como los médicos, los abogados, los dentistas, los enfermeros y enfermeras o los ingenieros, los arquitectos, etcétera. También fueron perjudicados y erradicados los poceros, los electricistas, los fontaneros (plomeros), las maestras y maestros particulares, las costureras, los chóferes particulares, los sastres, las cocineras, las modistas, las criadas, los limpiabotas, los vendedores ambulantes de frutas, de caramelos o dulces, de granizados, de tamales y lotería, y un gran etcétera que haría esta lista de la infamia castrista interminable. Aunque habría que matizar que si bien el castrismo dejó sin trabajo a cientos de miles de cocineras, chóferes privados y empleadas del hogar —en todo el país— que trabajaban para la burguesía nacional expropiada, la nomenclatura emergente, la nueva clase de dirigentes castrista siguió empleando a cocineras, a chóferes y a criadas, desde el 59 a nuestros días.

Solo con la mención de este reguero de sangre, del sucesivo y masivo exilio, y contabilizando a los afectados que sufrieron prisión o fueron perjudicados económicamente podemos comprender la tragedia y sufrimientos que estos hechos históricos han representado para la dividida

familia cubana e invalidan cualquier posible logro de la Revolución cubana desde 1959. Es decir, el saldo es demoledor: un fracaso total, sin paliativos.

Después de estos 58 años de castrismo el balance es un país destruido y en ruinas. Si los castristas fueron eficientes destruyendo la sociedad capitalista (del 60 al 68), no lograron ni un ápice de una sociedad verdaderamente socialista (más bien han construido un “sociolismo”) que ha desembocado en un capitalismo de Estado, donde la nomenclatura castrista explota a la clase obrera cubana, sin condiciones dignas de trabajo, con los salarios congelados al nivel del año 1960 y sin derechos laborales.

Por ello, mi mayor anhelo es que en una nueva República cubana quede totalmente abolida la pena de muerte, no vuelva a existir jamás el presidio político y ningún cubano tenga que exiliarse por sus ideas o por el régimen político que impere.

Pero, además, para quienes aspiramos a una Cuba democrática y plural es imprescindible que el nuevo Estado compense a todos los ciudadanos cubanos o a sus herederos (desde los más ricos a los más pobres) cuyas propiedades (grandes, medianas y pequeñas) fueron estatizadas —y la mayoría destruidas— por el régimen castrista.¹ Es ineludible y de justicia, compensar a los herederos de los fusilados, a los ex presos políticos y sus familiares, y a todas las víctimas del régimen del 59 por el desgarrador sufrimiento acumulado durante estas seis décadas. Esta memoria histórica del pueblo cubano no debe olvidar que los culpables por hechos de sangre deben ser juzgados por los tribunales nacionales, pues los crímenes contra la Humanidad jamás caducan. Solo así se podrá transitar por una verdadera reconciliación nacional: *con todos y para el bien de todos*.

El autor

1. No necesariamente hay que pensar en una compensación económica, sino más bien moral, histórica: Un reconocimiento nacional a todas las víctimas del castrismo. Aunque existen suficientes precedentes internacionales de devolución de bienes expropiados a sus legítimos dueños, como en Rusia (después de más 70 años de la URSS), en los países socialistas (Hungria, Polonia, etc.). Incluso en la España de la transición posfranquista, donde se devolvieron a sus herederos (hijos y nietos) propiedades incautadas por el régimen de Franco (1939-1975).



Foto del Parque Central de Güines (1959). De pie: José Luis Domínguez, Felipe Lázaro, Migdalia Carabeo y Albín Alfonso. Sentados: Rafael “Cabeza” García, Ibis Carabeo, Rafael Torres y Eloy Suárez. Esta foto me la remitió el amigo güinero Mariano Domínguez y fue publicada en *Ecos del Mayabeque* (Miami).

PALABRAS INICIALES

El pasado se venga de quien trata de extirparlo inútilmente.

CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ

Historiador español. Jefe de gobierno de la República española en el exilio.

Reúno este puñado de relatos como una forma de rescatar la memoria de mi niñez en Cuba, precisamente en mi pueblo natal (Güines), ya que fueron, a su vez, los últimos años que residí en la Isla y que coincidieron con el final del Batistato y los dos primeros años de la algarabía totalitaria.

En estos textos hay una variada mezcla de realidad (autobiografía) y de ficción, de personajes y sucesos reales con otros totalmente inventados, pero el tiempo y la atmósfera son los de esa época: los años que van desde 1958 a 1960, salvo los últimos dos relatos que imagino y sitúo muchos años más tarde. En todo caso, este es un libro sin pretensiones literarias. Más bien, son textos testimoniales, de denuncia, que a lo sumo encierran una gran dosis de nostalgia, de recuerdos juveniles, donde la memoria y la autoficción² se aúnan para conformar este retablo de relatos.

Desde mi partida, el 23 de agosto de 1960, solamente me ha hecho falta cerrar los ojos para pasear cotidianamente por las calles de Güines y recordar sus históricos nombres: Maceo, Masó, Clemente Fernández... Recuerdo todo tipo de tiendas, los dos modernos cines (Campoamor y Ayala, hoy cerrados) y los innumerables locales comerciales, hoy desaparecidos. Güines era un pueblo bullicioso, trabajador. Cientos de negocios: bodegas (grandes y pequeñas), bares, peluquerías, quincallas, barberías, carnicerías, farmacias, etcétera, con anuncios comerciales iluminados con neón por todas partes. Gasolineras (Shell, Esso, Texaco), la parada de máquinas de alquiler y sus chóferes (Dominguito, el Isleñito), la estación de guaguas con la ruta 33, que aún lleva a La Habana. El mercado, los hospitales, los colegios y las escuelas o academias. El Ayuntamiento, el cuartel del ejército, Leguina y la capilla de Santa Bárbara, el Instituto de Segunda Enseñanza, el

2. Neologismo creado en 1977 por el novelista y crítico literario francés Serge Doubrovsky.

Banco Núñez, el Hotel La Esquina de Tejas (hoy en ruinas), las clínicas Ocejó y Lavernia. Edificios con sus soportales donde estaba la Cámara de Comercio, la esquina con la Cruz Roja, la tienda Habana. Las casas de los abogados, médicos o de dentistas con sus placas. La Viña Aragonesa y el tostadero de Café Baquedano. Ferreterías como La Marina y La Campana, los almacenes de víveres y bodegas, como La Espiga de Oro y La Reina.

En esos años, mi vida diaria —además de asistir al colegio— casi se puede resumir en mi cotidiana práctica de jugar al baloncesto en la terraza de mi casa (Masó 1, esquina Maceo, encima de La Reina) y las clases particulares con mi maestra Lydis Soto, aunque también iba con los amigos al Liceo y, tan pronto se inauguró, al nuevo Coliseo. Igualmente, por las tardes, iba a ver jugar al dominó en el Casino Español y casi todos los meses asistía a algún cumpleaños o fiestas que se celebraban en el *Brage Yatch Club* (lo mejor de este establecimiento era almorzar un soberbio arroz con pollo a la Chorrera que quitaba el hipo).

No obstante, lo que más me gustaba, en esa época, era sentarme a la entrada del colegio americano *Kate Plumer Bryan Memorial* (hoy totalmente destruido y abandonado) y contemplar el mar de bicicletas que siempre entraban y salían del mismo. También cruzar el puente de hierro para ir a jugar pelota a un descampado o bañarme en el río Mayabeque, cerca del campamento de los *Boy Scouts* y de la fábrica de hielo. Otra delicia era sentarme en los soportales de la Logia Masónica con la pandilla de amigos de la calle Maceo o reunirme con la muchachada de las calles Masó y Concha, donde jugábamos pelota y a las canicas. Recuerdo que con mucha frecuencia caminaba por donde pasa la zanja amarilla en el Parque Central, detrás de la Iglesia católica, y degustaba en El Primo un exquisito batido de mamey o en su soportal me comía una soberana frita.

En ese Güines se podía tomar guarapo o granizados de diversos sabores por doquier, saborear un helado Guarina, beber una Materva con unas galletas inmensas o unos pastelitos de guayaba que vendían por las calles. Comprar en decenas de tiendas, asistir a misa en la Iglesia católica en el Parque Central o ir a la parroquia presbiteriana cerca del Parque Martí. Viajar en la guagua hasta la Playa del Rosario o a Catalina de Güines para comer unas frituras o butifarras en El Congo. O degustar el *pancake* de Jamaica. ¡El lechón asado en La loma de Candela! Oír a los vendedores ambulantes de frutas, de tamales, de tortitas de Morón. Visitar el cementerio donde en una capilla familiar descansan mi madre, mi abuelo materno y otros familiares.

Todos esos recuerdos, todo ese Güines de mi infancia está en mi memoria y no me lo han podido arrebatarse, no me lo han podido intervenir ni quitar. Es el Güines que llevo grabado en mi pensamiento, en el que pienso y siempre recuerdo, es mi pueblo por donde paseo a diario, todos los días, semanas y meses en estos 65 largos años de destierro, como si fuese una perfecta máquina del tiempo. Aunque me consta que otros (familiares y amigos) tendrán otros Güines: cada cual tiene el suyo, lo que es razonable y hasta deseable.

Por mantener vivos estos recuerdos míos, para hacer un poco más reales estos fantasmas que me acompañan hace ya casi seis décadas, es que publico este libro, para dejar testimonio como testigo de esa época, para que no se pierdan esas vivencias, esa sociedad de entonces, ese momento que obviamente ya no volverá, sino que ya para siempre serán otros Güines los que se sucedan y los que existirán en el futuro más cercano y en el más remoto.

Como no he regresado desde mi partida, vivo constantemente inmerso en la realidad de aquellos años. Este es *mi* Güines, no solo el que conocí, sino *el que está vivo en mi memoria* y por donde pululan todos sus personajes: familiares y amigos, vecinos y paseantes –sobre todo ciclistas– que conforman esos momentos felices que viví con apenas diez, once y doce años de edad y que se perpetúan en mi memoria como una época de prosperidad y felicidad, de esperanzas y fatales cambios que se iniciaban y que caracterizaban esos finales de los cincuenta e inicios de la década de los sesenta.

Gracias a varios amigos españoles y cubanos, he visto una buena cantidad de vídeos caseros y fotos sobre el Güines actual y es como si el tiempo se hubiese detenido, físicamente todo el pueblo está como en los años iniciales del 60 pero totalmente deteriorado. Un pueblo casi en ruinas, con alarmantes brotes de cólera en pleno siglo XXI. Y lo más paradójico es que apenas se puede señalar algunas nuevas construcciones en estos últimos 66 años. Que no haya ningún edificio o casas nuevas que destaquen, nada menos que en algo más de medio siglo, dice mucho sobre el fracaso del castrismo y tal parece que todo sigue “igualito”, pero peor. Esta realidad, se hace aún más evidente con la existencia de una inmensa dicotomía que separa el ayer y el presente güinero: en los años cincuenta, Güines era un pueblo que se distinguía por sus anuncios lumínicos de todo tipo de establecimientos comerciales, que a su vez eran acompañados por la sonoridad de las vitrolas de los bares, de las radios –a todo volumen– en las barberías o en los hogares, que contrastan con la realidad actual: la inexistencia

de empresas o negocios —ni siquiera estatales— que puedan brindarles productos a la población; donde hoy abundan los anuncios escritos a mano, confeccionados chapuceramente en un sencillo cartón o hasta en un trozo de sábana, como efecto del auge del cuentapropismo o reinicio de la actividad económica privada clausurada definitivamente en 1968. Este Güines real y actual es como si se hubiese ruralizado, en detrimento de lo urbano y se ha convertido en un pueblo fantasmal, arrabalizado, que requerirá de muchos esfuerzos de sus ciudadanos para volver a los niveles de la década de los cincuenta y sesenta, no digamos para alcanzar el desarrollo y la prosperidad de toda sociedad moderna en pleno siglo XXI.

Con la actual bancarrota del régimen castrista, que puede denominarse como un nuevo y *sui generis* capitalismo monopolista de Estado, eso sí, camuflado como “comunista”, ¿qué clase de socialismo se puede *reinventar*? Más bien, el pretendido “salto adelante” castrista, no solo fue un gran crimen contra la burguesía (todos los propietarios cubanos fueron expropiados y eliminados como clase social) sino que, en realidad, se retrocede con el inevitable restablecimiento del capitalismo en Cuba. O sea, se desinflará el estatismo y se tenderá a desarrollar un sector privado cada vez más pujante (los cuentapropistas de hoy) que hará resurgir la libre empresa y la libertad de comercio en la Isla.

Actualmente, la nomenclatura militar castrista ostenta y administra (en nombre del pueblo cubano) la propiedad estatal de casi todos los medios de producción de Cuba y la plusvalía que generan esas empresas estatales no solo la dilapidan, como malos administradores, sino que la **roban** y esta es una de las principales fuentes de la actual corrupción socialista-estatista que ha creado más desigualdades que las que había en 1958. Además de transitar por un peligroso proceso de sucesión de poderes (entre las familias históricas del castrismo) en vez de buscar una transición democrática —con apoyo de una nueva sociedad civil que logre una patria plural donde podamos convivir todos los cubanos, sin excepción— parece que se encaminan hacia un capitalismo autoritario, tipo chino o vietnamita, volviendo a copiar otro modelo extranjero (como copiaron burdamente el desastroso y represor patrón soviético en los años 60) y olvidando que la problemática cubana difiere en muchos aspectos tanto de la de China como de la de Vietnam.

Solo apunto dos diferencias: 1) En la Cuba prerrevolucionaria, sobre todo después de la Revolución del 33 y con los gobiernos auténticos de los doctores Grau San Martín y Prío Socarrás (1944-1952), se lograron grandes conquistas obreras, con una legislación laboral

y social muy avanzada. Es decir, existe la referencia histórica de un pasado relativamente reciente con unas leyes laborales —y de índole social— más que progresistas. 2) Hay que tener en cuenta la existencia de un exilio, cuyas remesas (3.400 millones de dólares anuales en 2016) y los intercambios de cuantiosos viajes (de la Isla al exilio y de este a Cuba) apuntalan al régimen del 59, y que, por su importancia económica y familiar, debe de tener voz y derecho de participación en los planes futuros de la nación cubana. Ni China ni Vietnam han tenido, en su historia, un pasado de conquistas obreras y leyes sociales prerrevolucionarias (ni ninguna experiencia de periodos democráticos, como sí los tuvo Cuba, desde 1940 a 1952), y, mucho menos, un exilio tan cercano y vital para el futuro del país (tanto desde un punto de vista económico, como demográfico y no digamos cultural) y que es parte importante del problema nacional.

Otro aspecto, no menos importante, es que en Cuba siempre ha existido una oposición histórica al castrismo, hoy *in crescendo*, que se suma a un destierro cada vez más activo (escritores y artistas, web y blogs de autores, revistas literarias y periódicos digitales, editoriales y organizaciones culturales, museos y galerías de arte, ONGs y partidos políticos, asociaciones culturales y fundaciones privadas, etcétera). Por lo tanto, esa actual oposición como el cotidiano éxodo —que no cesa— tienen todo el derecho a participar en los destinos de su patria, aunque con toda seguridad lo harán en un futuro cercano, pues ya lo están haciendo desde la Isla y desde ese exilio.

Si a esto sumamos la vertebración de una nueva sociedad civil que emerge con los intelectuales y artistas independientes³, con los profesionales de todo tipo que desean ejercer su profesión fuera del

3. En la Cuba “socialista” siempre ha existido una apabullante política cultural impuesta por el oficialismo de turno, basada en la excluyente y totalitaria frase fidelista (1961): “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada”. Sin embargo, la actual realidad cultural del país se les ha ido de las manos a los jerarcas del castrismo, pues esta se ha expandido con la nueva y ya plural geografía cubana (que suma lo culturalmente producido tanto en la Isla como en el destierro), además del variado y múltiple quehacer cotidiano de los intelectuales cubanos en todo el mundo, con lo cual se ha pasado de una asfixiante hegemonía cultural a que existan cada vez más tendencias diferentes y surjan más voces plurales en la sociedad cubana. En este sentido, Cuba ha crecido y es mucho más diversa que la visión represora que postulan los trasnochados defensores del régimen del 59. (Sobre esta temática, sugiero la lectura de dos excelentes textos recientes: Del escritor Amir Valle: “Palabras Amordazadas” en la revista *Otro Lunes* (Nº 42): <http://otrolunes.com/42/files/2016/06/Palabras-Amordazadas-amirvalle-eva-tas-foundation-holland-2016.pdf> y del historiador Rafael Rojas: “Breve historia de la censura en Cuba, 1959-2016” en el periódico *La razón de México* (28 de enero de 2017): www.razon.com.mx/breve-historia-de-la-censura-en-cuba-1959-2016/).

dominio de lo estatal, con los cuentapropistas y emprendedores del sector privado de la economía (un nuevo empresariado de pequeños y medianos comerciantes cubanos que son imprescindibles para el futuro del país), podemos comprender que toda solución de la actual y futura problemática cubana conlleva, necesariamente, la participación de *todos* los cubanos, residan en la Isla o en el exilio, sin exclusiones de ningún tipo.

No debemos olvidar a los campesinos o guajiros cubanos; hoy solo unos pocos pueden ser pequeños propietarios o aspirar a ser usufructuarios, aunque la inmensa mayoría reclama su derecho a ser propietarios de las tierras que trabajan (una de las banderas de la Revolución del 59). Ha de tenerse también muy presentes a los obreros y trabajadores que desean no solo mejoras salariales, condiciones dignas de trabajo y derechos laborales, sino mejorar su nivel de vida después de 60 años de experimento estatal-socialista.

Mientras la Historia se decide –con mis 65 años de destierro, que muy posiblemente se convertirá en vitalicio– solo confío en las futuras generaciones cubanas, con la esperanza de que estas construyan una Cuba plural, donde TODOS LOS CUBANOS podamos convivir e impere una máxima inviolable: que ningún cubano tenga que abandonar su país por ningún motivo y menos por diferencias políticas e ideológicas.

Finalmente, coincido con mi admirado Rafael Alcides, uno de los mejores poetas cubanos, quien (desde La Habana) le comentaba al escritor exiliado Carlos Manuel Álvarez: “Esto se está acabando. Ha llegado la hora de empezar a contarlo”.⁴

Felipe Lázaro
Toledo

4. Recomiendo la lectura del artículo-entrevista “Alcides, el inédito” de Carlos Manuel Álvarez publicado en el blog *El Estornudo* (4 de julio de 2016): www.revistaelestornudo.com/alcides-el-inedito/ que también se reproduce en el libro de crónicas *La Tribu* (2017).

EL VIEJO CHON

Recordando a mi tío Rubén Alfonso Díaz

...allí hay una gran abundancia de jengibre, de nardo y de otras muchas especias. Cantón es el puerto al que arriban todos los barcos procedentes de la India, cargados de mercancías valiosísimas..., les aseguro que por cada barco de pimienta que sale de Alejandría, o para cualquier otro destino del mundo cristiano, entran unos cien barcos en el puerto de Cantón.

MARCO POLO

Los chinos eran muy buenos comerciantes. Tenían sus tiendas, que vendían cantidad de productos raros.

MIGUEL BARNET: *Biografía de un cimarrón*

Caminábamos en fila india, imitando a una columna militar, por los incipientes matorrales del inmenso solar que en su día había sido sede de un montón de casitas donde vivían varias familias chinas del pueblo. Dicho terreno quedaba justo en la esquina, al frente de la Estación de Policía, cuya entrada y pasillos que daban a las calles laterales habían sido tapiados con una muralla de cemento. Al final de los años 50, primero pusieron sacos de arena que fueron rápidamente sustituidos por las citadas paredes de hormigón, desde donde varios policías de azul vigilaban constantemente atentos cualquier movimiento sospechoso.

De repente, escuchamos los gritos de unos agentes que nos ordenaban ir a jugar a otra parte, en contra de nuestros deseos de seguir divirtiéndonos en el encantador terreno que prácticamente nos habían regalado a los niños del barrio, porque había un condenado olor a pólvora que era lo

que más nos atraía. Además, recordábamos al viejo y querido Chon, un comerciante chino, dueño de una quincalla, de esas tiendas que venden de todo un poco: cohetes, fulminantes, voladores y diferentes clases de objetos para hacer bromas, globos, serpentinas, gorros, máscaras o caretas y disfraces, muchos disfraces para los carnavales que se celebraban cada año y era cuando más vendía. También tenía papalotes o cometas de todos los tamaños y colores, canicas grandes y pequeñas y las pelotas de trapo de béisbol, las que más comprábamos los pequeños del vecindario.

Mamá Lin. Sí, mamá, quiero sopa de tallitos. Cómo trabajas, mamá, desde por la mañana en el campo hasta por la noche que nos cocinas, lavas la ropa y no paras hasta acostarnos, Mamá Lin...

La tienda de Chon era un mundo especial, no solo por el montón de cosas que tenía, sino por su variedad. Era un establecimiento pequeño pero con una especie de magia que encerraban sus frágiles paredes de madera. Nada más se entraba, comenzaban a sonar una decena de campanitas que colgaban misteriosamente del alto techo. También había que traspasar un enjambre de tallos de todos los colores, como de esmalte, que parecían largas lianas que impedían que el calor del día entrase a la tienda. Ya en el interior del comercio, lo más característico era una mezcla de olores inolvidables: olía fuertemente a pólvora, pero también a incienso y a ese vapor de alguna infusión que siempre se estaba preparando el viejo chino. Pero lo que en verdad me llamaba la atención de esa tienda china era la cantidad de jaulitas de güin que tenía colgadas y descendían del techo con una gran variedad de pajaritos que cantaban y chillaban al unísono: gorriones y tomeguines, colibríes y canarios, periquitos y pitirres. In-

cluso un montón de sinsontes y tocororos. En jaulas más grandes en el suelo tenía cotorras y loros de varios tamaños. Y lo más fascinante eran unos inmensos frascos, en el gran mostrador de caoba, llenos de pececitos en colores.

No obstante, Chon Lee no solo era el propietario de este negocio, sino que en 1943 había fundado la sociedad güinera Nueva China que agrupaba a la comunidad asiática del pueblo y publicaba el periódico *La Unión China* en mandarín, por lo que era muy respetado y querido en el pueblo.

Qué sol. Tengo sed. Tengo mucha sed y mucha hambre. Ya no sé si tengo más hambre que sed. Ya todo se confunde. Papá maldice la sequía. Coge terrones secos de tierra arenosa en sus manos y la tira con toda su fuerza, maldiciéndola.

Recuerdo que un día visitamos la tienda de Chon con mi tío Samuel, que conocía al viejo desde hacía bastantes años, y fue cuando pude conocer mejor el misterioso bazar, porque cuando iba con mis amigos, nos atendía muy bien, pero de prisa, aunque siempre nos regalaba —a cada uno— unas bolas de caramelos deliciosos con rayas de distintos colores.

Esa vez, con mi tío, estuvimos un largo rato conversando con el viejo Chon. Nada más entrar nos quedamos unos instantes en el mostrador, pero como nos llamó desde dentro de la tienda, pasamos a una habitación, aún más misteriosa, donde vivía entre bultos de mercancías y un marcado ambiente oriental. Al pasar al cuarto nos recibió en una pequeña cama, cubierta con un gran mosquitero, donde el viejo se abanicaba con un colorido paipái, que se asemejaba a un pavo real, a pesar de que en el techo no cejaba de dar vueltas un ventilador metálico. Cuando nos vio, abrió pausadamen-

te el mosquitero, se puso de pie, cerró de un certero golpe el abanico y lo dejó en la mesita de noche, donde sobresalía un quinqué que alumbraba la estancia, aunque también estaba repleta de pomitos de cremas que, según nos confesó, eran para sus ya aturcidas piernas y de raros jarabes caseros para mitigar su incesante tos de viejo fumador.

Cuántos barcos hay en el puerto. Me voy de China. Llegaré a América y comenzaré una nueva vida. Allí no hay hambre, sino abundancia. Aunque pase todo tipo de calamidades, jamás será como en esta inmensa tierra desolada.

Enseguida, ambos se pusieron a conversar de los más diversos temas. Al rato, nos invitó a un té, que siempre estaba preparando y tomando. Luego nos enseñó unas bolsitas que le habían llegado recientemente, eran de papel de China, llenas de algo parecido a la pólvora, que al tirarlas contra el suelo estallaban como verdaderos petardos. Mi tío me compró unas cuantas bolsitas y la verdad es que fueron la novedad del barrio porque los demás niños y hasta adolescentes fueron comprándolas. Otra cosa que me llamó poderosamente la atención fue cómo Chon confeccionaba sus propias jaulas para los pajaritos y nos llevó al patio donde tenía docenas de pajareras con trampas, donde atraía a los pájaros a base de alpiste y agua. También nos mostró su cría de conejos, una jutía e incluso, en una especie de larga pecera, un caimancito que le habían traído de la Ciénega de Zapata.

¡América! ¡América! California, la dichosa fiebre del oro. Campamentos de buscadores de oro. Miles de trabajos diferentes: en el ferrocarril, en tabernas, en tintorerías, en fondas chinas. ¡Cuánto cuesta ganar un dólar! Y para todo necesitas un dólar; como un chino será siempre un chino en estas tierras.

El local de Chon no solo era un auténtico zoológico en miniatura sino una especie de jardín botánico, por la cantidad de plantas que tenía, en macetas de todos los tamaños, que colgaban de las paredes o se apelotonaban en el suelo del patio con toda variedad de flores, cuyos colores deleitaban nada más asomarse a verlas. También había algunos tiestos con unas hierbas extrañísimas que nunca había visto y que seguramente —según mi tío— eran medicinales, pero lo más asombroso, que me impactó, fueron unas bandejas alargadas y poco profundas donde sembraba una especie de tallitos de frijoles que utilizaba para su alimentación.

¡Al sur! Todos se van al sur. Allí dicen que todo es diferente. Que personas más hospitalarias son los mexicanos. ¡Puros buenazos! Pero de comida, pura chingada picante.

Luego, nos fue enseñando unos saquitos de plástico donde guardaba unos frijoles con raíces, que según Chon se vendían muy bien a las familias chinas que precisamente tenían en el solar otros negocios, como tintorerías, tiendas de ropa, algún zapatero y donde estaba la famosa fonda china del pueblo. En fin, toda una cuartería que era una pequeña comunidad asiática, el mágico solar chino de nuestro barrio.

¡Otra vez el puerto! El mar y los barcos. Esta vez una corta travesía hacia la Isla. Otro puerto. ¡Qué calor! ¡Cuántos mosquitos! Maldita sea, cuarenta días en este maldito barco del infierno.

Pero lo más impresionante de nuestra visita a ese negocio oriental fue cuando nos sentamos a tomar el té, después de toda una serie de preparativos, como si fuese una gran ceremonia, y lo era, evidentemente, para el viejo y

simpático chino. Entonces, Chon comenzó a contarnos, a divagar sobre su vida, su ya larga vida, pues según él, tenía nada menos que ciento diez años y la verdad es que me impresionó cuando nos contó su salida de China siendo un niño, la larga travesía hasta llegar a California, donde trabajó en el ferrocarril, pasando luego a México y fue cuando escuchó hablar de Cuba, embarcando en Veracruz rumbo a La Habana. Ya en la capital cubana pasó las de Caín antes de desembarcar pues decretaron una cuarentena a bordo por una rara epidemia que se había desatado en Centroamérica.

Cuba, qué mezcla de razas. Cuántos chinos, menos mal. Qué de mulatas y negras lindas. Cómo le gusta la música a este pueblo.

Chon hablaba quedamente, entre susurros, como si hablase únicamente para él. Estaba casi semidesnudo, con una camiseta blanca sin mangas y un pantalón color crema, con unas sandalias de bejucos finos entrelazados. Tenía el pelo sumamente corto y una cuidada chiva blanca, tan larga que casi le llegaba al pecho.

Luego le comentó a mi tío Samuel no sé qué cosa de un desahucio y otras cuestiones legales que parecía le atormentaban y explicó que era peor que en la Segunda Guerra Mundial. Fue cuando nos enseñó sus papeles de nacionalización. Por suerte, había obtenido la ciudadanía cubana antes de dicha guerra, con lo que evitó que le expropiaran sus pocos bienes y terminara con sus huesos en un campo de concentración. Su problema era que entonces no podía demostrar su origen chino pues estaba indocumentado y hubiese sido muy fácil que lo confundiesen con un japonés, pues, para colmo de males, su padre era

japonés, a pesar de que su madre sí era china y él había nacido en Cantón.

No obstante, el lamentable problema que ahora lo angustiaba era aún peor: le habían dado un plazo para que se mudara, pues iban a demoler toda la esquina china, ya que al margen de posibles proyectos comerciales, funcionarios de la Alcaldía argumentaban que ese montón de casas de maderas, además de contrastar con el resto de las más modernas casas de mampostería del vecindario, afeaban el centro del pueblo. Aunque, en realidad, en todo el pueblo se comentaba que la principal razón era el temor del gobierno de Batista de que aquel revoltijo de cuartos y casas de maderas, con entradas y salidas por todas partes, fuesen utilizadas por elementos rebeldes para atacar la Estación de Policía y, por lo tanto, preferían tener delante un solar vacío.

Yo soy chino de Cantón. Lo que pasa es que mi padre era japonés. Eso no lo niego. Pero, si ya casi soy chinocubano, oiga. Más cubano que chino, si usted me apura, llevo más de cuarenta años en esta Isla. Mire, si hasta tengo un retrato de Martí y mi banderita cubana.

Los siguientes días, a la que sería nuestra última visita al viejo Chon, acontecieron una serie interminable de pequeñas y medianas mudanzas en los más diversos medios de transporte: camiones, carretas y carromatos con caballos, automóviles, motocicletas y hasta bicicletas o caballos que ayudaban a mudar a la pequeña colonia china de nuestro barrio a otras casas en las afueras del pueblo. Todos se movían muy despacio, como queriendo retardar el inexorable tiempo, aunque con la suficiente agilidad sacando bultos y sacos, maletas y cajas repletas de las cosas más raras que

jamás se habían visto, mientras todo el vecindario contemplaba atónito aquella pequeña odisea del traslado de los chinos.

No, no, no me voy. No me mudo. Simplemente porque no me da la gana. De aquí al cementerio. Ya está bueno de viajes, de mudanzas. Sí, señor, de aquí al cementerio.

Todas las familias chinas se fueron mudando menos el viejo Chon que seguía atrincherado e indiferente en su local. Allí estuvo solo durante días, acostado en su camastro, rodeado de su agujereado mosquitero, abanicándose constantemente, quizás recordando y repensando su ya larga y agitada vida. Así hasta el último día del maldito plazo cuando entraron las autoridades judiciales con varios policías de azul para sacarlo a la fuerza si fuese menester.

Pero, según se cuenta en el pueblo, toda violencia fue innecesaria pues el viejo Chon los recibió echado en su cama, tan impasible y quieto como si durmiese sus largas siestas de cada tarde. Varias veces tuvieron que pronunciar su nombre como en el más puro acto protocolario hasta que levantaron el mosquitero y comprobaron que estaba muerto. Con posterioridad, uno de los policías que acompañó a los funcionarios del desahucio, comentó que al entrar había visto al anciano con vida, pues tenía los brillosos ojos oblicuos mirando fijamente a sus últimos visitantes. Según el agente, fue cosa de segundos hasta que se paró el gran ventilador del techo, instante en que acababan de cortar la luz. Para qué decirles que esta versión fue desmentida oficialmente por la autoridades, pero prendió como bendita pólvora –y nunca mejor dicho– por todo el pueblo, de donde surgió toda una leyenda del recordado chino. Hasta el punto que una vez que demolieron todas las casas del solar, a cada

rato aparecían, en el mismo lugar donde el viejo tenía su cama, flores en bellísimos o destartalados tientos e incluso comida rarísima que, según algunos, ponen los chinos a sus muertos.

Pero aquel día que la policía batistiana nos expulsó del solar chino no fue gran cosa, comparado con los primeros días de enero del 59, cuando mucha gente se congregó alrededor de la Estación de Policía para ver cómo un joven comandante barbudo llamado Camilo rompía con un gran mazo las paredes de cemento de la jefatura. Daba golpes y más golpes, que el público allí reunido coreaba con un burlesco ¡CHON!, ¡CHON!, ¡CHON!



Güines, 2017: Calle Maceo, esquina a la calle Habana. Al final, a la izquierda (con columnas blancas y verdes) la que fue la Estación de Policía y ahora es un Club de Ajedrez. Al fondo de la foto, la que fue la famosa tienda Habana y a la derecha, el Parque Central, donde está la Iglesia católica. En la acera de la derecha, después de la casa en blanco y azul, está el solar que aparece en el relato “El viejo Chon” y que actualmente es un parquecito. Foto de Eldis Riol.

DOS VECES EN EL CUARTEL

A la memoria de mi padre: Felipe Álvarez Álvarez

—**No**, una no, dos. Fueron dos veces. La primera vez fue a primeros de abril del 58. ¿Te acuerdas? Cuando la huelga. Aquello fue un lío innecesario, por nada. Fíjate, ese día yo abrí La Reina muy temprano, incluso un poco antes que de costumbre, pues me adelanté pensando que era mejor abrir antes y no esperar a que llegaran la mayoría de los dependientes, oficinistas y camioneros. Entonces, dejé entreabierta la puerta principal, ya que estando solo no abría todas las demás puertas del negocio. Al instante, llegó Rubén. Enseguida pensé: “¡Menos mal, ya somos dos en la Bodega!” porque la Panadería sí estaba abierta desde la madrugada con Bautista, “Chigüe”, Gumersindo y otros empleados haciendo pan para la primera hora del desayuno. Pero de inmediato le pregunté a Rubén por lo demás, para sondear el asunto. Pero, imagínate, él estaba algo asustado y casi no me dijo nada. Tú sabes que en esos días todo el mundo andaba nervioso porque el Movimiento 26 de Julio había convocado una huelga general en todo el país. Justo en ese momento se escuchó un señor frenazo de un *jeep* del ejército de Batista del que se bajaron varios soldados al mando del cabo Lovalle. Yo no lo conocía ni siquiera de nombre. Fue más tarde en el cuartel donde escuché que el general Pérez Clausell lo llamó así. El caso es que ese cabo nada más entró a la Bodega comenzó a preguntarme que por qué no es-

taban abiertas todas las puertas. Yo le dije, muy educadamente, que porque no habían llegado todos los trabajadores, que Rubén y yo solos no podíamos atender y vigilar todo el mostrador y, mucho menos, el almacén con varios camiones repletos de mercancías. Entonces, me contestó que le hiciera una lista con los nombres, apellidos y la dirección de los trabajadores que faltaban. Incluso, casi gritó que los iba a sacar de sus casas a patadas, que les iba a enseñar a jugar con huelguitas, así, en diminutivo. Fue cuando le comenté que en realidad no se habían retrasado pues aún era temprano y el local ya estaba abierto. Así que el cabo se fue, pero me dijo que volvería en varios minutos por la lista. Ya sabes, todo un compromiso para mí. Menos mal, que a los segundos entraron Julito y Lázaro, al cual envié en su bicicleta a la casa de los empleados que faltaban para que les dijese lo grave de la situación. Mientras, con Julito y Rubén abrimos el resto de puertas de la Bodega, aunque dejamos la del almacén cerrada, hasta que volvió Lázaro diciendo que los hermanos Raúl, Alexis y Memo estaban al llegar. Así se sumaron otros: Rubencito y Perico, Homero Llerena el contable, los comisionistas Mario y René, los camioneros Pintado y Humberto, los cargadores “Pelotón”, Miguel, Orlando y “Culo de Buey”. Y casi cuando íbamos a abrir la puerta del almacén y sacar los camiones, escuché un montón de gritos y golpes en la Bodega. ¿Quién crees que era? El mismísimo cabo Lovalle con su sudada patrulla, gritando y haciéndoles preguntas a los dependientes que estaban en el mostrador. En eso, Julito salió corriendo para mi despacho y me decía que los iban a detener, que hiciera algo. Así que lo calmé como pude y le ordené que siguiera junto al mostrador. Así que me acerqué para preguntarle al cabo qué pasaba, pues el negocio ya estaba abierto. Y el cabo, allí mismo, delante de los empleados y de algún que otro clien-

te, me gritó como un animal, pidiéndome la condenada lista. Él, como todos los soldados que le acompañaban, sudaban a chorros, pues esa mañana desde temprano no hicieron otra cosa que abrir negocios a planazos y a culatazos, y se llevaron a una buena cantidad de trabajadores para el cuartel. Así que le dije como mejor pude que no había tenido tiempo de confeccionar la lista, ya que casi todos los empleados habían llegado o estaban al llegar, pues, en realidad, no era tan tarde. Así que mientras le señalaba a todos los que estaban en el mostrador: mi cuñado Rubén y su hijo Rubencito, Julito y Lázaro, y hasta el “Gordito” que temblaba como un flan, ya que los oficinistas y comisionistas estaban en la oficina y los camioneros y los cargadores en el almacén, el cabo me empujó, gritando que por qué no abría el almacén y que me iba a llevar detenido para el cuartel. Yo, la verdad sea dicha, me asusté un poco. Era lógico, fíguérate, se decían tantas historietas de malos tratos en el cuartel. Pero, luego, pensé que el cabo era un mequetrefe, un don nadie, y que todo se resolvería con el general Pérez Clausell, pues, como sabes muy bien, él era cliente fijo de nuestra Bodega. Pero el verdadero lío comenzó cuando le insistí al cabo que yo era el que quería ir al cuartel. Muchacho, se puso como una fiera y le dio tremenda patada a una lata grande de galletas, regándolas todas por el suelo. Enseguida, encabronado como estaba, ordenó a los soldados que cogieran pan y lo repartieran gratis en la calle entre los paseantes y transeúntes. Óyeme, aquello sí fue degradante, un espectáculo de locos. Los soldados no solo regalaban el pan, no, lo mordían, mordían las barras de pan, se comían un trozo y el resto lo tiraban en la acera. Sacaron dos cestas grandes llenas de libras de pan a la calle para repartirlas. Hubo clientes que al ver aquello se daban media vuelta y regresaban a sus casas. ¡No querían el pan ni regalado!

Ahora, lo más grande fue lo que hizo Tomás, el bodeguero de la esquina. Venía y cogía diez o doce libras de pan y se las llevaba para su tienda, regresaba y cogía otras diez barras. Así hizo varios viajes. Total, para luego venderlas. El muy descarado envió hasta a su hijo Tomasito para que también cogiera pan. Pura desfachatez. Aprovechándose de la situación, ese día vendió el mejor pan de su vida, pues él no nos compraba a nosotros y el pan que vendía de otra panadería era malísimo. Pero, espera, espera. Encima de todo ese panorama, el cabo ordenó a sus soldados que llenaran de barras de pan y bolsas de galletas el *jeep* del ejército para llevárselos al cuartel. Figúrate, uno no podía hacer nada, ni chistar, porque esos energúmenos eran capaces de todo. Incluso cuando subí a uno de los *jeep* en plena calle, que estaba llena de curiosos, uno de los soldados me dio un empujón que por poco me caigo. A los pocos minutos todo el pueblo sabía de mi detención, ya decían que me habían dado hasta una paliza en la Bodega. Pero cuando llegamos al cuartel todo se normalizó, porque el general, delante de mí le echó tremenda reprimenda al cabo por excederse en sus funciones. La verdad es que le habló muy fuerte. Pérez Clausell no sabía cómo disculparse conmigo e incluso me prometió que el ejército me pagaría los daños ocasionados, sobre todo, el pan y las galletas que habían estropeado o regalado. Y ordenó que me llevaran inmediatamente en un *jeep* a la Bodega, junto con el pan y las galletas requisadas. Entonces, yo le agradecí su comportamiento y su caballeroso gesto, pero agregué que les regalaba la mercancía y prefería volver caminando, puesto que solo eran dos cuadras. A lo cual accedió muy amablemente. Ahora, lo que sí recuerdo es que al salir del despacho del general me tropecé con el cabo. Pero cuando quise mirarlo, sus ojos estaban clavados en el suelo. En el pasillo continúe escuchando cómo el

oficial lo regañaba y le decía que si era tan comecandela lo que iba a hacer era enviarlo a la Sierra Maestra. No lo degradaron de milagro. Ya cuando regresaba caminando a la Bodega, la gente me paraba para saludarme y preguntarme qué me habían hecho y si estaba bien. Por esos días, hubo cantidad de disparates que tuve que desmentir. Ya en la Bodega, toda la familia estaba nerviosísima, mis hijas llorando y diciendo cosas horribles sobre Batista. Ya tú sabes, eran estudiantes: la mayor en la Universidad y la menor en el Instituto. Pero yo nunca me he metido en política ni me meteré. Fíjate, compré una buena cantidad de bonos del 26 pero ni cogí los bonos, les decía que los revendieran. Ah, sí, la otra vez fue hace poco, a los pocos días del triunfo de la Revolución. Vino a verme un oficial rebelde, amigo de una de mis hijas, para decirme que el cabo Lovalle estaba detenido y que lo habían puesto a limpiar, desnudo, las caballerizas del cuartel y que lo pensaban enviar para La Habana y celebrarle un juicio. La verdad, que al oír aquello, yo me molesté mucho y le dije que eso no se podía hacer con un hombre, que estaba mal, que no era justo. Así que enseguida traté de hablar por teléfono con el nuevo jefe del cuartel, el comandante del Ejército Rebelde, Raúl Díaz. Pero fue imposible, tú sabes que esos primeros días de enero el cuartel era un hervidero de gente, siempre estaba a tope. Por lo tanto, me acerqué caminando al cuartel y pude hablar con el comandante Díaz y le rogué que sacara a aquel pobre hombre de limpiar mierda de caballo. Y que eso del juicio en La Habana era un disparate pues yo no lo acusaba de nada. Pero, el nuevo comandante me dijo que no me preocupara, que el cabo era responsable de hechos peores. Creo que lo acusaban de haber matado a varias personas, entre otras a un viejo luchador campesino en Catalina, y tenía que afrontar la justicia revolucionaria. Así que salí más tranquilo con

mi conciencia, pues el oficial dio la orden de que lo bañasen, lo vistiesen y lo llevaran a una celda. Por lo menos estaría mejor. Más tarde, me enteré que lo condenaron a la pena de muerte, pero se salvó del paredón porque se escapó mientras lo trasladaban a la Fortaleza de La Cabaña. Pero, fíjate, cómo es la vida, el hijo de una de sus víctimas lo reconoció en La Habana y lo mató de cinco tiros en un bar de mala muerte. Nunca mejor dicho, ¿no crees? Y así fue como estuve dos veces en el cuartel de Güines. Dos veces, no una, como tú dices.

AGUAFIESTAS

Para mi tío Joaquín Álvarez Álvarez

Temprano en la mañana cruzaron corriendo la calle. Entraron al bar, empapados por el aguacero que les había sorprendido. Dentro del establecimiento solo había un cliente y el propietario, que atendía la barra. En la victrola se oía a un estruendoso Benny Moré cantando *Camarera*, lo cual les hizo brillar un poco los ojos, entonando ambos el estribillo de la conocida canción:

*Camarera, camarera
tú eres la camarera
de mi amor.*

—Vaya agüita —comentó el más joven, haciendo un gesto con la cara hacia la calle.

—Sí, tremendo aguacero. Por aquí llueve mucho. ¿Es igual en Santiago? —preguntó el mulato, mientras se secaba los brazos y la cara con un gran pañuelo azul oscuro.

—Más o menos, tú sabes que en toda la isla, uno no sabe cuándo te agarra la lluvia.

—Buenas, ¿qué desean? —sonrió un asturiano con un impresionante bigotazo, al mismo tiempo que servía otra cerveza a un negro que impecablemente vestido todo de blanco, apuraba el último trago de su anterior Hatuey.

—A mí, déme café, ¿tú qué quieres? —le dijo Alberto, un oficial uniformado de verde olivo al joven amigo.

—Igual, Joaquín —contestó Cheo, refiriéndose al dueño del local. —Mira, te presento a un socio, es el cuñado de Sergio, ¿te acuerdas de Sergio? —y señaló con un gesto al joven militar.

Mientras limpiaba el mostrador con un gran paño húmedo, Joaquín se puso rojo como un tomate y acercándose a ellos, exclamó: “Encantado”.

—¿Usted conocía a Sergio? —preguntó el oficial.

—¿Quién, yo? —contestó el dueño secamente. —Bueno, mire, de paso. Era del barrio, no es verdad. Yo aquí llevo muchos años, conozco a todo el mundo. A Sergio, si le digo la verdad, lo conocía de vista. Venía a tomar refrescos. Pero quien lo conocía bien es Cheo, pues eran buenos compadres, ¿no es así, Cheo? —y alzando la cabeza señaló al mulato, esperando que este continuara la conversación.

—Más que buenos compadres, Joaquín, más que buenos. Yo me crié con él, como si fuésemos hermanos, vaya.

—Bueno, precisamente, por eso quería hablar contigo, Cheo. Yo casi no lo conocí y me interesa, por mi mujer y como revolucionario. Creo que él estaba claro —comentó el oficial.

—Clarísimo, tú, y además tenía unos cojones de acero. Recuerdo una vez que estábamos en la guarapera que había delante de su casa y yo comencé a discutir con el dueño, pues me había devuelto un quilo de menos y nos gritamos de todo, hasta que me mentó la madre y allí mismo Sergio brincó el mostrador y le cayó a cañazo limpio al guarapero, diciéndole: “A la madre de mi amigo la vas a respetar, cacho cabrón”. Bueno, tuvimos que sacarlo porque le dio una golpiza tremenda y...

—Sí, pero eso ya fue cuando Sergio era mayorcito. Yo lo que quiero saber es la anécdota de la famosa fiesta. Creo que fue en el cumpleaños de un amiguito de ustedes...

—Ah, cuando le pusieron “Aguafiestas”. Coño, eso sí que es digno de contarse. Mira, aquel día, más bien aquella tarde, asistimos al cumpleaños de nuestro amigo Manolito, que por cierto ahora está en el Norte, y su mamá comenzó a darnos refrescos: Coca-Cola, Materva, Cawy, Orange Crush y eso sí mucho agua, porque la vieja a cada rato se pasaba diciendo: “Niños, ¿quién quiere un buen vaso de agua, quién quiere agua?” Supongo que lo hacía para que no acabáramos con los refrescos. Pero, bueno, sigo. Todos nos sentamos en las sillas de tijeras que habían alquilado para la ocasión. Manolito iba y venía enseñando los regalos, que luego ponía encima de su cama. En la mesa del comedor estaban el gran *cake*, los dulces y los refrescos,. Ah, y varias jarras grandes de agua.

En ese instante, Joaquín: “Aquí tienen los cafés”. Y miró de reojo al joven barbudo uniformado.

—Chico, no perdamos el tiempo, trata de ir al grano.

—Mira, como ese día no tiene desperdicio, porque fue una cosa tremenda, inolvidable, te lo voy a contar con calma.

En la victrola se oía la letra de otra canción:

¿De dónde serán? ¿Serán de La Habana?

¿Serán de Santiago? Tierra soberana.

—Nada, que vino Isabel, la vieja de Manolito, a agitarnos para que bailáramos, que aquello era una fiesta, que estábamos allí para divertarnos, para bailar. Ya tú sabes cómo era esa época. No, y la vieja era tremenda agitadora, pero tremenda. Se paraba en medio de la sala y decía a gritos: “Bueno, chicas, empiecen ustedes a bailar o es que no saben. Bailando se aprende. Que no se diga que unas cubanitas tan lindas no saben moverse”. Así comenzó a sonar el gramófono con unos números rocanroleros: Elvis Presley,

Los Platers y su bolero sabroso con Alfredo Sadel o Lucho Gatica. Ya, ya sé que en esa época en Cuba morían muchos jóvenes y todo eso, pero, mi hermano, nosotros éramos unos niños, aunque ya comenzábamos a gozar. Figúrate, con la música de esos años... Nada, que yo me acerco a Manolito y... No, espera, me acuerdo que yo estaba despistado en la bachata, que le digo a la vieja de Manolito: “Oiga, es que las chicas no quieren bailar”. Imagínate, tremenda frescura mía, porque yo no había sacado a bailar ni a una mosca, a nadie. Y...

Mientras, la música seguía sonando en el bar:

*Mamá, yo quiero saber de dónde son los cantantes
que los encuentro galantes y los quiero conocer
con su ritmo fascinante que me lo quiero aprender.*

—Óyeme, pero, ¿tú crees que esto tiene algo que ver con Sergio? —y se estiró para atrás, abriendo los brazos en cruz.

—Espera, chico. Déjame hablar. Claro que tiene que ver...

*Mamá ellos son de la Loma...
Mamá ellos cantan en llano.*

—Pues no has dicho nada de él. Bueno, hasta ahora.

—Sé paciente, las cosas hay que contarlas desde el principio y bien, para que se entiendan.

—Bueno, dale, dale... —dijo un poco molesto el oficial.

—Nada, que la vieja se vira para donde estaban las chicas y les dice: “¿Cómo que no quieren bailar? Pues aquí se vino a bailar”. Toda la tarde estuvo con esa cantaleta. Bueno, hasta que se jodió la fiesta. Pero, antes se puso a bailar *rock and roll* y todos nos meábamos de risa, porque la vieja estaba un poco gorda y aquello parecía una batidora. El caso

es que todo el mundo ya bailaba de frente con su pareja, pero me di cuenta que no, que alguien bailaba solo y era Sergio. Parece que las chicas no le hacían caso y a él eso le importaba un comino, pues se paseaba por toda la sala bailando solo como un trompo, como si bailara con todas las chicas y la verdad era que no bailaba con ninguna, porque todas le daban de lado. Más tarde, la mamá de Manolito nos reunió alrededor de la mesa para cantarle el cumpleaños feliz, mientras apagaba las velas. Total que aquello fue una tocadura de nalgas, de película, porque las chicas se ponían cerca de la mesa y los chicos nos tirábamos casi encima de ellas, por detrás, rozándolas. Pero solo Manolito y yo hacíamos eso, porque los otros fiñes todavía estaban en pañales. ¡Ya nosotros raspábamos la yuca! Ahora, la candela de sabroso era pegarse así por detrás y ellas se daban cuenta. Ya lo creo que se daban cuenta, lo que pasa es que se hacían las mosquitas muertas. Así que nos sentamos a comer el *cake* y los dulces, y ¿tú puedes creer, chico, que al lado de Sergio no se quería sentar nadie? Yo me acuerdo que le hice una señal a Manolito y los dos nos sentamos a su lado y entonces, le dije: “¿Qué te pasa, flaco?”. Que era como le decíamos entonces, luego fue que vino lo de “Aguafiestas”, precisamente, después de esa fiesta todo el mundo lo llamaba por ese maldito apodo. Óyeme, ¿por dónde iba, tú?

—Que nadie se quería sentar con...

—Ah, sí. El caso fue tremendo, pero tremendo. El pobre Sergio estaba allí solito y Manolito y yo nos acercamos a él y le dijimos: “Flaco, ¿te sucede algo?”. Y nos contestó: “Qué va, aquí, disfrutando” y se echaba a reír. Porque eso sí, Sergio era un tipo simpático, como él solo y además hacha y martillo para los estudios. Fíjate, que en esa época que estábamos en sexto grado, nos daba vuelta y media a toda la clase. Incluso, más tarde, en el Instituto nos dejó chiquiticos. Se puso más serio, más formal, diría yo.

—Bueno, sigue, no pierdas el hilo que nos esperan —le dijo el joven oficial tomándose el último buchito de café.

Mientras, Joaquín se acercó a la victrola y le echó una moneda, eligiendo una canción que en principio interrumpió la conversación de ambos amigos, que por unos segundos tuvieron que guardar silencio:

*Songo le dio a Borondongo.
Borondongo le dio a Bernabé.
Bernabé le pegó a Muchilanga
le echó burundanga y le jinchá lo pie
Monina.*

—Sí, chico, nos sentamos a comer y tomar refrescos, y Sergio comenzaba a hacer chistes y nos decía: “Cojones, hoy sí que las chicas están lindas, eh”. Pero la que le gustaba a él, le hacía menos caso aún. El coco de él era Mónica y esa no le paraba cuento a nadie. Tenía las piernas gordotas, muy linda de cara, rubita con ojos azules. Una muñequita. Era la hija del dueño del cine Campoamor.

*A Bamble repica el amor
porque eso no es malo
porque eso que es malo
se vive mejor.*

Joaquín que estaba cerca de la cafetera hizo una extraña mueca con la boca, como si recordara algo familiar.

—Bueno, sí, he oído hablar de su familia, pero creo que se fueron para los Estados Unidos hace un par de años.

—Figúrate, si de esa fiesta que te hablo quedamos solo Sergio y yo. Bueno, Sergio, no, que en paz descanse, el pobre. Casi quedo yo solito, vaya, que yo recuerde...

El dueño del bar, que escuchaba con gran disimulo la conversación, exclamó entre dientes: “Y así te vas a quedar, cacho cabrón”, dirigiéndose, aún más, al fondo del mostrador como queriendo olvidar a aquellos dos clientes, mientras su canción concluía:

*Songo le dio a Borondongo.
Borondongo le dio a Bernabé.
Bernabé le pegó a Muchilanga
le echó burundanga y le jincha lo pie
Monina.*

—Ya, sigue, tú... —le dijo otra vez el barbudo un poco cansado.

—Nada, que estábamos allí relajando con Sergio, cuando vino otra vez la vieja de Manolito a chivar, que rompiéramos el grupito, que bailáramos, que patatín, que patatán. Al final, ella lo que quería era que dejáramos solo al flaco. ¿Me entiendes? Bueno, por lo menos, es lo que yo pienso ahora, en aquel momento no. En ese tiempo yo era tremendo comegefio. Imagínate, todos tendríamos doce o trece años, así que calcula lo comemierda que éramos. Luego con la pachanga y la rumba comenzó la gozadera, porque tú sabes que ya éramos candela. Pero, qué cosa más grande, bien vivos para una cosa y en otra éramos unos ceros a la izquierda. No, no te impacientes. Chico, ya te cuento más. Mira, todavía cuando sonaba algo movido, Sergio salía a bailar solo y eso sí, mi hermano, como ese caballo yo no he visto otro. No, qué va, de película. Yo no sé de dónde sacaba los pasos, pero bailaba como un condenado. Ahora, tan pronto se escuchaba un bolero se le salían los ojos buscando a Mónica y ella ni caso le hacía. Y todo eso y el tipo tenía coraje, porque sacaba a medio mundo. Le decían que no y otra vez no, pero él seguía. Lo intentaba un montón de veces. Creo que en cada bolero le daba la vuelta a la sala varias veces...

—Mejor que quedarse sentado... —le interrumpió Alberto, sacudiéndose el uniforme.

—Ah, eso sí, desde luego. Mucho mejor, qué carajo. Si todas esas culicagadas eran unas mentecatas. Lindas a rabiar, bien vestiditas y todo lo que tú quieras, pero se creían diosas. No y el lío comenzó cuando yo veo que la madre de Manolito lo coge por un brazo y se lo lleva para el cuarto, donde estaban los regalos, y se oyeron unos gritos espeluznantes. Isabel le estaba echando tremenda descarga a su hijo y para acabar de empeorar la cosa, vino la vieja y me llamó. Y yo que no entendía nada, pues estaba en las nubes, tan pronto voy entrando al cuarto, oigo que la mamá le decía a Manolito: “Se lo tienes que decir” y le pegaba un gaznatón en la cara y yo me decía para dentro: “Tú vas a ver que también me gano un sopapo”. Figúrate, con aquella escena, yo estaba temblando y es que Isabel estaba hecha una fiera. Se cogía el pelo con las dos manos y decía: “Me han dañado la fiesta. ¿Qué van a pensar los padres de las niñas? ¡Qué va, en casa, esto no puede pasar!”. Ya tú sabes, todas esas comemierderías que tenía la gente antes, payasadas, pura lija...

—Bueno y qué más, dime...

—Coño, tú, espera un poco, deja tomarme otro buchito. Óyeme, Joaquín, tráenos otros dos cafés, anda mi hermano, sé buen compañero... —y en ese justo instante, el dueño del bar se decía: “Compañeros..., compañeros son los bueyes y mira cómo les va... deja eso”... —porque no hay quien resista— continuó diciendo Cheo —dicen que cuando uno recuerda es como si viviera otra vez el pasado. Pero qué va, candelá, aquí entre nosotros, a aquella época no hay que volver... —en ese preciso momento, Joaquín no sabía si calentar el café o salir corriendo.

—Yo diría más —comentó el oficial rebelde— aquí el pasado no vuelve, la revolución no tiene marcha atrás, porque...

—Espera, tú —dijo Cheo— déjame seguir porque se me olvida. Mira que han pasado años, caballero. Cualquiera diría que fue ayer. Oye, a propósito, cómo se tomó tu mujer la muerte de su hermano. Debíó ser un golpe duro. Aquí, en el pueblo, todos lo sentimos, era un gran muchacho. Nosotros nos criamos juntos. Figúrate, si no nos íbamos a querer.

Joaquín se acercó, les dejó sus respectivos cafés y se fue al fondo del mostrador a leer el periódico *El Mundo*.

—Mira cómo era Sergio —continuó Cheo, mirando fijamente a Joaquín que se alejaba, después de beber un sorbito de café amargo, que era como le gustaba— que aquí fue de los primeros milicianos y no luchó contra Batista porque era un niño. Ahora, él comenzó a cambiar después del triunfo de la Revolución. Fue a alfabetizar y todo. Ya te digo, era un campeón, buen amigo. Lástima que lo mataran en Girón esos vendepatrias.

—Tú me dices que no te eche una descarga y tú te sales del hilo...

—Bueno, tú, es que todo es parte de la vida de Sergio...

En ese instante, Joaquín volvió a acercarse a la victrola y maquinalmente puso varias canciones, mirando de reojo a los dos clientes que charlaban.

*El cielo se ha puesto feo, Facundo
la tierra está abochorná
ya no hay nadie que la cuide, Facundo,
la tienen abandoná.*

—No, si lo digo es porque no has terminado con la dichosa fiesta. Lo más lógico es que me cuentes aquello y luego vamos avanzando...

—Ya, tienes toda la razón. ¿Dónde estaba? —preguntó Cheo.

—Que la madre de Manolito les estaba regañando.
—Sí, nos echó un regaño de película. A mí, incluso, me dio un cocotazo porque le dije que eso no se podía hacer.
—¿El qué no se podía hacer?
—Lo que quería hacer: botar al flaco Sergio de la fiesta. Y yo le decía que no y la vieja esa se olvidó de todos sus buenos modales burgueses, porque mira que se daba lija. Incluso me llamó culo sucio y desgraciado. Bueno, cantidad de palabrotas. Pero lo más grande fue, que eso no se me olvidará jamás, cuando Manolito lloriqueando le preguntaba a Isabel que por qué había que botar a Sergio, si era buen amigo suyo. Manolito le decía: “Pero, mima, si es buen amigo mío”. Y yo agregaba: “Y buen alumno”. Y la vieja no entraba en razón porque para ella el asunto estaba claro. Nos decía que Sergio era un “aguafiestas” y tenía que irse: “Es un aguafiestas y tiene que irse, si no se lo dicen ustedes, yo lo voy a poner de patitas en la calle”. A Manolito le entró una perreta bárbara, porque era un buen muchacho. Al fin y al cabo, todos éramos unos niños y no andábamos con distinciones. Pero la madre le dio una mano de nalgadas y galletas que quedó tonto. Al pobre se le jodió el cumpleaños. Entonces, es cuando yo le pregunto a Isabel: “¿Por qué Sergio es aguafiestas, por qué se tiene que ir?”. Y ella me miró fijamente diciéndome: “Pero, ¿es que no te das cuenta?”. Y me largó un cocotazo que me dejó medio turulado. Después la vieja prosiguió: “Pero, muchachos del diablo, ustedes no ven que es ¡NEGRO!” Y aquel NEGRO retumbó como si se fuese a derrumbar la casa. Todavía lo escucho. Aquello, caba-llero, fue un golpe grande. No solo para mí, porque Manolito cuando escuchó el NEGRO de su madre paró hasta de lloriquear. Y tú puedes creer, chico, que entonces fue a mí que me entraron ganas de llorar. Mira, salí corrien-

do como cohete de a peso y le dije a Sergio: “Vámonos, esto se terminó”. Y el muy ingenuo me contestó: “Espera un poco, chico, mira, van a poner la televisión”. “No, no, larguémonos” y diciéndole esto, Isabel venía encendida. No sé si por mis palabras o porque le cogió miedo a la vieja, el caso es que Sergio echó un pie y no paró hasta la esquina. Allí me reuní con él y cuando le dije la verdad, mira que era dura, sobre todo para un niño, no le sorprendió y solo corrió llorando para su casa. Desde entonces, solo nos veíamos en el colegio. Ya había empezado a cambiar algo. Seguía siendo el mejor estudiante, pero ya no jugaba tanto con nosotros ni siquiera a la pelota, que le gustaba tanto y la jugaba requetebién. Así fue la cosa, mi hermano. Así a Sergio le pusieron “Aguafiestas”. Creo que luego lo llevaba con cierta dignidad y hasta se presentaba como “Aguafiestas” en vez de Sergio.

—Sí, en Girón, lo identificaron por “Aguafiestas”, que era como lo conocían sus compañeros de unidad —comentó el oficial.

—¿Qué te debemos, Joaquín? —le gritó Cheo al dueño del bar, que era a su vez el único dependiente.

—No, no. Mire, cobre —dijo el joven barbudo extendiendo unas monedas en la barra.

—¡Gracias! —murmuró secamente Joaquín y se volvió para depositar los centavos en la caja registradora, en el instante que sonaba otra canción:

*El que ve una lechuza de momento
la quiere matar
pero yo que conozco el elemento
solavaya por ya.*

—Así fue —repitió Cheo—, así fue. Bueno, que nos esperan, tú.

—Sí. Hasta luego, compañero —terminó el oficial despidiéndose de Joaquín, que dijo para sí: “Pa’ su madre” y siguió leyendo el periódico como si no hubiese escuchado nada, repitiendo el estribillo final de la canción:

*buche y pluma no ma eres tú
buche y pluma no ma.*

Afuera había escampado por completo. Comenzaba a asomarse el sol. Solo quedaba ese olor a lluvia bajo sus pies.

Post scriptum

Lo más sorprendente de este relato es que el destino final de tres de sus protagonistas (Joaquín, Cheo y Alberto, el oficial rebelde, pues Sergio murió en 1961) se asemeja al de millones de ciudadanos cubanos que han sufrido el castroismo desde sus inicios a nuestros días: Joaquín, el dueño asturiano del bar, falleció de un infarto masivo en su propio negocio el mismo día que se lo expropiaron en 1968, con la disparatada Ofensiva Revolucionaria que eliminó al comercio privado en Cuba (léase: libertad de empresa o capitalismo). Cheo salió para el exilio durante el éxodo de El Mariel (1980), después de varias intentonas ilegales para salir del país, y ahora es dueño del restaurante Metropol en Hato Rey, Puerto Rico. Y Alberto, el joven oficial del Ejército Rebelde, que de militante revolucionario y de ocupar cargos gubernamentales con la Revolución, en la década de los años 60, pasó a la oposición y fue condenado (en 1970) a veinte años de presidio político por sus actividades anti-castristas. Desde 1990 reside en Nueva Orleans.

INVISIBLES TRIÁNGULOS DE MUERTE

Para mi primo hermano Ramón Álvarez Silva, poeta

Cuartel de la Guardia Rural (Güines, 1958)

Hermenegildo golpeó dos veces con sus sobresalientes nudillos en la puerta del despacho militar que estaba decorado de una forma extremadamente minimalista. Más que la caracterizada austeridad castrense, todo el eficiente mobiliario se ceñía a un escritorio, una máquina de escribir y varios archivos, aunque de las paredes colgaban grandes retratos de los próceres de la Patria y unos mapas de la Isla, de la provincia y del Municipio.

—¡Adelante! —contestó, secamente, el oficial.

—Capitán, aquí está el detenido —dijo un corpulento sargento, al mismo tiempo que saludaba militarmente.

—Bien, bien, retírese... Siéntate, Luisito, siéntate.

—Gracias... —respondió tímidamente el joven, sumamente nervioso, al que le sudaban las manos y tenía el rostro cubierto por gotas interminables, mientras recordaba todos los detalles de su detención, por lo que esperaba, con cierto temor, algún que otro golpe del militar.

—Pues, bien, muchacho. Mira, yo quiero ayudarte. Conozco a tu abuelo. Tenemos que ayudarnos mutuamente. Solo dime de esta lista, quiénes son los revolucionarios y tú no tendrás ningún problema, te irás de aquí caminando por tus propios pies. Te lo prometo.

—Pero, es que no sé nada. Creo que todo se debe a un grave error, una equivocación —contestó el estudiante sin apenas leer el papel que le había entregado el capitán, mirando fijamente una fusta de cuero que tenía el oficial encima del escritorio.

—Tú sabes mucho, muchacho, no te hagas el comemierda... Posiblemente, sepas más de lo que crees... Te lo aseguro... Todos son amigos tuyos del Instituto. Dime quiénes son el grupito, los cuatro gatos esos y si alguno no está en la lista...

—Todos son amigos míos, sí... compañeros del Instituto, de jugar pelota. Pero no sé nada más.

—¡Cabrón! —gritó el oficial dando un fustazo en la mesa, sobre unos papeles. —¿Qué crees, que somos unos verracos? Te equivocas. Yo también fui revolucionario... contra Machado. Andaba en reunioncitas, poniendo bombas, atracándome de mierda hasta los ojos. ¿Me oíste?, hasta que comprendí que todos los políticos son unos hijos de puta... Todos... Mira, aquí sabemos todo lo que pasa en el pueblo. ¿Oíste? Todo. Y ahora, dime, ¿vas a colaborar?

—Yo no tengo nada que decir, solo que no estoy en nada...

—Lee, coño, y dime quiénes son.

Luisito cogió el papel, que le temblaba en las manos sin dejarle leer. Inmediatamente se dio cuenta de que estaban todos sus amigos y por un instante le entraron ganas de vomitar, pero se lo impidió la fuerte voz del capitán:

—Bueno, ¿qué me dices?

—Sí, son mis amigos. Pero es lo único que puedo decirle. Yo no sé nada más, solo que estudiamos en el Instituto, nos vemos en el pueblo, repasamos juntos las tareas en nuestras casas, nos bañamos en el río, jugamos a la pelota...

—Ya. Deberían jugar más pelota y joder menos. Sobre todo nada de octavillas y dejar de escribir en las paredes frases contra el gobierno. Coméntalo con tus amiguitos, dile que los tenemos vigilados a todos. Al menor movimiento que hagan los detengo y los envío para La Habana y sabes que de allí vuelven pocos...

El oficial dejó pasar un largo rato de tiempo para que el joven pensara en lo que le acababa de decir. Y, rápidamente, le extendió una octavilla que sacó ágilmente de una gaveta del escritorio. Al verla Luisito la reconoció y casi temblando se hizo el indiferente, tardando en leer un texto que conocía al dedillo, pues él mismo lo había redactado. Totalmente turbado y balbuceando apenas unas palabras logró decirle al capitán:

—¿Qué quiere que le diga? Gramaticalmente está mal escrito... mal redactado... no deben ser estudiantes quienes lo escribieron.

—¿Deben? ¿Por qué supones que son varios?

—¡Qué sé yo! Supongo...

—¡Sargento! —gritó el oficial poniéndose su gorra. Casi al mismo tiempo agarró con su mano derecha la fusta militar y comenzó a darse golpecitos en la palma de la otra mano, mientras miraba fijamente al joven detenido, que interpretó aquel vaivén de la fusta como invisibles triángulos de muerte, pues esos eternos segundos que tardó Hermenegildo en presentarse, al estudiante le parecieron horas.

—¡A la orden, capitán! —se cuadró y saludó el sargento que esperaba fuera del despacho.

—¡Déjelo ir! —ordenó el oficial con cierta mueca en la boca, quizá una posible contraseña para el sargento.

—¿No le damos una vueltica por el cuarto, señor?

—No me ha oído, coño. ¡Déjelo ir! —exclamó el capitán caminando hacia la puerta.

—Sí, señor, como ordene —contestó el sargento malhumorado, como si el oficial lo hubiese decepcionado.

—Aunque, espere... Luisito, te voy a enseñar algo muy instructivo. Sargento, llévelo al cuarto...

A Hermenegildo se le iluminó la cara, sonrió sádicamente con cierta malicia y a gritos ejecutó la orden, empujando a Luisito hacia la puerta con sus inmensas manos, mientras le decía: “Camina, coño, que tú estás fuerte para aguantar un par de mameyazos”.

Al joven estudiante le sudaba todo el cuerpo, tenía la boca seca, casi temblaba al caminar. Había oído tantos cuentos sobre el cuartel, las palizas y torturas a los detenidos que estaba verdaderamente aterrorizado, aunque bastante entero para lo joven que era, con sus recién cumplidos quince.

El capitán fue el primero que bajó unas escaleras del patio que llevaban a una especie de sótano lúgubre y maloliente. Cogió una llave de la pared y abrió una pesada puerta de hierro. Todo estaba totalmente a oscuras con una humedad que calaba los huesos al instante. De pronto, Hermenegildo dio unos pasos, en la más absoluta oscuridad, como si conociese hasta el último detalle del calabozo y prendió una bombilla que colgaba del techo.

Después de una larga pausa, para que el joven pudiera apreciar bien dónde estaba y le hiciese efecto la situación en que se encontraba, el capitán, quitándose la gorra y secándose el sudor de la frente con un pañuelo blancuzco, totalmente arrugado, le dijo a Luisito:

—Mira bien, muchacho. ¿Ves esa gran mancha en el suelo...? ¿La ves? —gritó el oficial señalando casi a sus pies.

Pero Luisito estaba mudo, sin voz, no podía articular ni siquiera un pobre gemido. Aquel habitáculo era macabro. De la pared colgaban palos y látigos, correas y cadenas,

hasta alicates y tenazas. Solo había una vieja silla y una pequeña mesa con unos instrumentos encima.

—¡Contesta, coño! ¿No te irás a mear, ahora? —le dijo el sargento Hermenegildo empujándolo hacia la oscura mancha. —No serías el único. Aquí hasta el más guapo se caga.

—Sí, la veo —gritó Luisito totalmente desesperado.

—Pues eso es sangre, oíste. Sangre de comemierda. Y el que la botó dejó ahí sus pulmones. Los que salen de aquí pocas veces llegan hombres a La Habana y allí ya le hacen el trabajo completo, sin billete de vuelta. Así que dile a tus amigos, que se dejen de tanta revolución del carajo, de papelitos sueltos, de pintar paredes y de comer tanta mierda frita. Que se dediquen a lo suyo, a estudiar, a jugar pelota, como tú dices, a echarse una noviecita, pero no jodan más en el Instituto, ¿ok?

—¿Lo entrenamos, capitán? —preguntó Hermenegildo.

—No, sargento, retírese... esta vez no...

—¡Como ordene, señor!

El oficial que se había quedado con el estudiante a solas, lo sacó de la celda echándole el brazo encima. Cerró tirando de una aldaba gigante y el eco del portazo despertó al joven estudiante que apenas podía coordinar sus pasos.

—Mira, muchacho del diablo, te lo digo en serio, las cosas no están para juegos. Tenemos órdenes terminantes de acabar con la oposición. Ya no nos importa si son cuatro gatos. Sean los que sean irán cayendo... Échate una novia y deja unos cuantos amigos, que son los que te tienen jodido. Ya te dije que conozco a tu abuelo, sobre todo por mi padre que era colono. Él llamó hoy, después de tu detención. Como ves, te he tratado lo mejor posible, con consideración, dentro de las circunstancias. Pero te advierto: te arrestan otra vez y para el carajo todo. Te veo otra vez por aquí y te dejo en manos del sargento... y ese no cree en nadie. Así que a ser bueno, ¿ok?

Luisito, que había estado contando los escalones mientras subían de la mazmorra, se recuperó algo con el aire fresco del patio.

—Sí, capitán, trataré...

—No, no trates, hazlo. Es por tu bien. Es tu vida la que está en juego. Acuérdate del texto final de las octavillas, de esa consigna que yo también grité en los años treinta: *¡Libertad o muerte!*... Así que aléjate del grupito de bobolucionarios para salvarte de lo segundo. Además, si llega algún día lo primero, la podrás disfrutar junto a tu familia y a tus seres queridos. No seas idiota, yo también fui revolucionario de estudiante y ahora ya me ves. Espabila o serás un muerto más.

El joven levantó los ojos, asombrado por lo que acababa de escuchar. Casi le iba a pedir al capitán que le repitiera el consejo, cuando este le interrumpió ordenando al cabo de guardia que dejara pasar al detenido, que ahora estaba en libertad.

Así Luisito, empapado en sudor y aterrado por la experiencia vivida, franqueó los sacos de arena que hacían de trinchera en la gran puerta del cuartel, donde tres soldados con cascos de guerra vigilaban atentos la esquina de las calles próximas. Uno de ellos, el del medio, jugaba con una ametralladora de pie calibre 50, moviéndola de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, formando invisibles triángulos de muerte.

En la calle desierta, el joven estudiante caminó solo con el sol por compañero. Continuaba empapado de sudor, pero al apenas dar sus primeros pasos en libertad, sobre todo fuera del cuartel, ya se sentía fresco, liviano, algo recuperado. Respiró hondo, miró tímidamente para el cuartel y apresuró sus pasos, como queriendo escapar de los ojos del sargento Hermenegildo que desde una ventana no le quitaba su sádica mirada.

Fortaleza La Cabaña (La Habana, 1961)

De repente, Luisito se despertó mojado. Sudaba a chorros, un maloliente líquido le recorría todo su cuerpo, cuando escuchó su nombre y apellidos. ¡Le había llegado su turno! Apenas pudo despedirse de los otros compañeros que abarrotaban la celda del presidio político. Ni siquiera escuchaba las palabras de su amigo el cura que deseaba confortarlo. Ya pegado al paredón, sintió un escalofrío y simuló una mueca al pensar: “Esta es la Revolución por la que estuve dispuesto a dar tantas veces mi vida”.

A lo lejos vislumbró el resplandor de unos fusiles nerviosos que se movían por la ansiedad de los ejecutores de aquella forma que ya había visto con anterioridad en el cuartel de su pueblo, dibujando invisibles triángulos de muerte. Recordó al capitán y al sargento Hermenegildo: ¿qué sería de ellos, los habrán fusilado también, estarán presos, habrán logrado exiliarse? Ahora le tocaba a él, estaba solo frente a la Historia. El estruendo de los fogonazos interrumpió el silencio macabro de aquella madrugada.

LA PATITA DE CONEJO

*A los compañeros del Colegio americano Kate Plumer Bryan Memorial,
1954-1960*

I

Siempre que entraba al Colegio, me gustaba detenerme y contemplarlo: era un edificio estilo americano colonial, cubierto de una inmensa enredadera verde, que lo envolvía todo, salvo los grandes ventanales, siempre abiertos al sol tropical. Sin lugar a dudas, era una de las escuelas más bellas del país.

Ese día me dirigí temprano en la mañanita hacia el aparcamiento de las bicicletas para estacionar la mía, pues todas se ponían paralelas al costado izquierdo de la casona colegial, que daba la sensación de ser un enorme árbol con dos grandes pinos a ambos lados. Nada más aparqué, saqué la maleta de libros de la cesta de la bicicleta y caminé hacia un grupo de amigos que nos sentábamos en el césped a conversar esperando el timbre de entrada a clase.

De pronto, apareció ella: bajita, de tez quemada con unos ojos verdes vidriosos y venía un poco turbada.

—Hola —me dijo secamente.

—Hola, ¿cómo estás? —le respondí despreocupado.

—Oye, sabes que estoy en un lío. Lo que se dice un verdadero lío...

—Bueno, cuéntame...

—Nada, es la patita...

—¿Qué, no te gustó? —le pregunté algo sorprendido.

—Sí, sabes que sí me gustó, pero...

—¿Pero qué? —le dije esta vez preocupado.

—Mira es que Papi la encontró extraña...

—¿Extraña? —y me reí un poco.

—Sí, extraña —dijo ella un poco grave—. Papi me dijo que ese llavero estaba infectado.

—¿Infectado?

—Qué sé yo. Él sabe de eso, para algo es médico. El caso es que me la quitó y la botó.

—¡Cabrón! —dije casi sin dejarle terminar.

—¿Qué has dicho? Malcriado. De Papi no...

—Oye, oye, perdona, pero él la botó, ¿no?

—Sí, pero él no solo dice que la patita de conejo está infectada ni lo peor es que la haya botado.

—¿Ah, no? —pregunté un poco malhumorado.

—Bueno, tú sabes que a mí me gustaba. Me ilusionó mucho.

—Pues no se nota.

—Escucha, tonto.

—No me digas tonto. Tonta tú que te dejas botar un regalo.

—Sí, pero lo peor es que me pregunta quién me la regaló.

—¿Y?

—¿Cómo que y? No te das cuenta de que si le digo la verdad me preguntará que por qué me la regalaste.

—Bueno, chica, a mí no me metas en tus líos...

Así me despedí de ella, corriendo hacia el grupo de amigos. Cuando me senté, miré hacia atrás y la contemplé. Aún estaba allí parada, solo que le corrían unos intentos de lágrimas por las mejillas.

De repente, sonó el timbre de entrada a clase. Eran las ocho en punto de la mañana. Hacía un poco de frío y casi todos llevábamos diferentes y coloridos *jacket*. Cuando me

disponía a entrar a clases, oí que alguien me llamaba. Me volví y era Víctor.

—Ven, ven —y nos fuimos en dirección a las bicicletas. Dejamos nuestros respectivos maletines en el suelo y nos acercamos a la primera bicicleta con intención de sacarle el aire.

—No, mira —le dije pensando un poco— tengo una idea mejor.

—¿Cuál? —me preguntó.

—Le damos una patada a la primera bicicleta de la fila y todas comenzarán a caerse de costado, como en el dominó.

—Bueno, bueno, manos a la obra —me dijo Víctor.

—Prepárate a correr y luego, serenos. Oye, maricón el que se raje. Por si preguntan...

—Dale, dale, no te preocupes.

Y le di una sonora patada a la primera bicicleta y todas se fueron desplomando de costado hasta mitad de la fila. Aquello era un reguero de manubrios entrelazados. De buena gana me hubiese quedado a verlo con más calma, pero si nos cogían podían hasta expulsarnos del colegio.

Así entramos, disimulando, y nos dirigimos directamente al baño, luego salimos como si nada. Ya había un corre-corre por la entrada. Con calma entramos a clase y como la primera hora era de examen, cada uno se dirigió al aula donde tenía que examinarse. A mí me tocaba un examen de Lenguaje con la Dra. Jiménez y me preguntaron sobre los sinónimos y antónimos, la verdad es que respondí correctamente, en realidad las preguntas fueron facilillas.

Después de la prueba me tocó la clase de Inglés, la cual esperábamos con ansiedad pues le habíamos preparado tremenda sorpresa a Hortensia, la profesora. Aunque era un poco cascarrabias, era una maestra excelente, con mucha fama en todo el pueblo. Como era usual, pasó lista normal-

mente, siempre con su mal genio, incluso con sus manías extravagantes. A veces para castigar a un alumno lo ponía a matar hormigas o le hacía escribir en la pizarra cien veces cualquier frase que ella decidía. Recuerdo un día que observaba cómo entraba una inofensiva culebrita por la ventana y no dije nada, más bien la dejé avanzar hasta que estuvo cerca del escritorio de la profesora y con toda ingenuidad se lo hice saber a ella. El resultado fue que dio un salto y salió corriendo del aula y no paró hasta llegar al patio, seguida de todas las chicas que chillaban como locas. Me caí al suelo de risa. Quizás, por eso, me llevaron a la dirección, pero la verdad es que yo no tuve ninguna mala intención, aunque quedé para siempre como el culpable de introducir la dichosa culebrita en clase.

Una vez la maestra terminó de pasar la lista de asistencia, nos ordenó que abriésemos el libro de Inglés que era rojo y tenía un 5 en blanco. Volvió a repetirlo, casi gritando:

—Chicos, por favor, abran los libros. —En ese momento hubo una pausa de segundos.

—¿Es que no me oyen? ¿Qué es lo que se traen ustedes? —continuó diciendo la maestra. Pero ningún estudiante hacía caso a sus palabras, ni siquiera cuando amenazó con llamar al Director. Con Víctor nos mirábamos de soslayo y algo nerviosos, pues ambos habíamos organizado la huelga.

Entonces sonó el altoparlante del Colegio. Era el Director, Raúl Guitart, que anunciaba que todo el que tuviera el dinero para pagar el mes que fuera a su despacho. Yo me levanté como un resorte. Víctor me miró e hizo lo mismo. La maestra nos dio permiso y nos largamos, aunque muy preocupados pues era como si hubiésemos abandonado una trinchera de combate y dejásemos a los colegas a merced del fuego. Con esa pesadumbre nos dirigimos a la oficina del Director y por suerte había una gran cola, así que segui-

mos de largo y nos escurrimos por otro pasillo rumbo a los servicios.

Entramos al baño, primero nos reímos un poco y hasta nos abrazamos, pero luego pensamos que el resto de la clase podía tomar a mal nuestra precipitada salida y decidimos mantener lo del pago del mes. Como había que dejar pasar el tiempo, Víctor sacó su lápiz y comenzó a escribir en la pared. Primero puso una M con un trazo grueso para que se leyese mejor. Mientras, yo me dirigí a una de las ventanas que daba al anfiteatro y a la sala de ballet, donde las chicas bailaban. Oí que estaban ensayando y me volví para comentarle a Víctor que fuéramos a verlas, total ya faltaba poco para que tocaran el timbre del recreo, y en ese instante me percaté de que él ya había acabado su obra: ME CAGO EN FIDEL.

Corriendo salimos de los servicios y bajamos unas escaleras que daban al patio del anfiteatro. Llegamos a la sala de ballet, pero la puerta estaba cerrada. Dimos la vuelta y nos pusimos a mirar por una ventanita, pero no se veía del todo bien. De vez en cuando, alguna chica pasaba girando, dando vueltas con pasos de ballet. Pero para nosotros lo verdaderamente atractivo es que estaban casi en trajes de baño con mallas y la verdad que a las de ballet las escogían por las piernas o por la figura y todas estaban requetebién. Por un rato largo estuvimos extasiados en esa ventanita, fundiéndonos el coco hasta que una de las chicas le gritó a la profesora que había alguien mirando en la ventana. Así que no nos quedó más remedio que salir corriendo y en eso nos salvó el oportuno sonido del timbre del recreo de las diez de la mañana.

Ya en el patio interior nos mezclamos con la muchacha y nos dirigimos a la entrada del Colegio donde ponían unas mesas con los dulces y estaban las máquinas de

refrescos. Como casi todas las mañanas, me compré una Coca-Cola y un buen trozo de un exquisito pastel de guayaba. Fue entonces, que charlando con el resto de compañeros nos enteramos de lo que había sucedido en clase durante nuestra ausencia: las chicas, un poco asustadas, comenzaron a sacar y abrir los libros de Inglés y el resto fue haciendo lo mismo, pero lo realmente importante es que nadie nos delató.

Estando en el recreo con los amigos, se me acercó una de las amiguitas de Irene y me entregó un papelito que decía: “Dime ¿qué le digo a mi padre?”. Estrujé el mensaje y me lo guardé en uno de los bolsillos laterales del pantalón. Todos los muchachos permanecían en silencio, pues sabían muy bien de quién era el recado, cuando le pedí un trozo de papel a uno de los chicos y escribí: “Dile que lo compraste en una tienda”. Víctor fue el encargado de llevarle la notita. Ella la leyó y salió corriendo como para los servicios. Mis amigos me miraron, como preguntando qué diablos habrá escrito este. Sabía que la estaba obligando a mentir a su padre, incluso algo peor que eso, a negar que quien la quería con locura de niños se la había regalado.

En ese preciso instante, observé que ella había dejado su refresco con un buchito, así que me acerqué despacio, lo agarré con cierto disimulo y me lo llevé a los labios, bebiendo aquel poquito de líquido que me supo a gloria bendita y cuando terminé me percaté de que los chicos se retorcían muertos de risa. Los miré un poco fuerte y se fueron dispersando. Así que con Víctor nos dirigimos a otro grupo y nada más llegar, Santiago le preguntó a Víctor:

—Oye, flaco, ¿cómo tomó tu viejo lo de anoche en la tele?

—¿Cómo lo de la tele?

—Sí, chico, la pelea de Fidel con el embajador gallego.

¿No la viste? Fue en pleno programa. Todo un *show*.

—Sí, en casa vimos todo ese lío que se formó, pero, ¿qué tiene que ver mi padre con todo eso —volvió a preguntar Víctor.

—Bueno, nada, pero tu padre es gallego, ¿no?

—Claro, es español, asturiano por más señas, pero lleva muchos años en Cuba. Ya es cubano.

—Pero no me negarás que Fidel es grande. Me hubiera gustado que le hubiese dado un piñazo al embajador ese.

Cuando Víctor se disponía a responderle a Santiago, otra vez sonó el timbre de entrada a clase.

Una vez que terminó el recreo, abandonamos el patio y cada uno se dirigió a sus respectivas clases. A mi grado le tocaba la asignatura de Historia de Cuba y, nada más entramos, nos sentamos en los lugares asignados pues era nuestra aula, que estaba adornada con un gran retrato de José Martí y otro de Antonio Maceo, y otras muchas fotos, cuadritos y retratos históricos en las paredes.

Sentados en mesas rectangulares de a cuatro alumnos con la profesora delante de la inmensa pizarra, a cuyo lado se podía ver una bandera cubana, observé que Irene me miraba de reojo. Pensé que ella meditaba en su patita de conejo y yo, sin embargo, pensaba en ese llaverito que nunca llegó a tener llaves, que solo tuvo por compañía aquella patita de conejo.

II

A las doce en punto sonó el timbre del mediodía y fue toda una explosión de júbilo, seguida de una marea de camisas y blusas blancas, de pantalones y sayas caquis que corrían, se empujaban con sus maletas de libros hacia la salida del Colegio, rumbo a la calle y cada uno a sus respectivas casas para almorzar.

Yo corrí hacia las bicicletas para ver la sorpresa que se llevarían algunos con la travesura que habíamos hecho con Víctor y salí con mi biciclo muerto de risa, cuando observé que Irene subía al *jeep* verde de su madre y rápidamente me agarré al auto que se había puesto en marcha. Miré para dentro y ella estaba allí, coloradísima, mientras sus tres hermanas se reían. De pronto, noté que la madre miraba hacia atrás con mala cara y decidí soltarme, cuando apenas habían pasado un par de cuadras.

Entonces, seguí solo hasta el Parque Central, donde estaba la Iglesia católica y una inmensa ceiba, con un gran estanque semivacío. Me dieron ganas de comerme una riquísima frita y tomarme un buen batido de mamey en El Primo, pero recordé que en la tele continuaba la serie de *Flash Gordon* y apresuré la marcha hasta llegar a casa.

Nada más llegar, dejé la bicicleta en el soportal y subí las escaleras a grandes saltos con mi maleta repleta de libros, libretas y lápices. Dejé el maletín en la sala y me dirigí al comedor, encendí la televisión para ver el cotidiano episodio. Después de ver a Flash Gordon salvarse una vez más del trance del día y al ver que comenzaba un noticiero me fui a la cocina donde la cocinera le daba los últimos toques al almuerzo.

—Hola, Chefa.

—Hola, m'ijo. ¿Qué tal te fue en el Colegio?

—Mmm... bien, ¿qué te pasa?

—Nada, muchacho, nada. Bueno, solo estoy algo brava, más bien desilusionada. Hoy en el Cuartel han puesto la bandera del 26 más alta que la cubana y eso no está bien, ¿sabes? Siempre pasa lo mismo, cuando el 4 de septiembre, la bandera de los sargentos ondeaba más alta y ahora hacen lo mismo. No sé cómo no comprenden que no puede haber otra bandera que no sea la cubana, las demás son trapos.

Ha corrido mucha sangre desde Martí y Maceo, para que otras nuevas se interpongan entre nuestra bandera y el cielo cubano. Y encima desaparece Camilo... ¡Ay, Dios mío, alúmbranos!

Esas palabras me recordaron a la profesora de Historia, que nos deleitaba con sus relatos no solo patrios, pues nos enseñaba tanto las gestas cubanas como las americanas, aunque la vieja Chefa sí había vivido la historia cubana. Recordaba cómo, siendo muy niña, el coronel güinero José Clemente Fernández “Pitirre” había entrado en Güines con sus tropas mambisas a finales del siglo XIX, una fecha que el pueblo todavía celebraba cada 4 de marzo en recuerdo de aquel día de 1897. Y según fue creciendo, vivió la instauración de la República en 1902, las primeras tres décadas del siglo XX, el Machadato, la revolución del 33. Por eso siempre tenía miles de anécdotas de personajes, de sucesos, de hechos históricos. Sin embargo, sus ídolos favoritos eran: Antonio Guiteras, Ramón Grau San Martín y Eduardo Chibás.

Pero, esencialmente, Chefa era muy cubana, negra como azabache y muy religiosa, aunque había sido católica y ahora era evangelista, en ella predominaba la santería, que jamás dejó de profesar y practicar desde chiquitica. No obstante, su verdadera fama en todo el pueblo era por ser una gran y exquisita cocinera. Cocinaba que daba gusto comer cualquiera de sus platos y postres, como el que almorzamos ese día: un succulento quimbombó con arroz blanco y ensalada de lechuga, tomate, cebolla y rabanitos, con un flan de calabaza de postre.

Después de comerme mi plato y postre favorito, me dirigí otra vez al Colegio en mi bicicleta, pasando por medio pueblo. Cuando llegué me puse a conversar con varios amigos sobre las aventuras de *Flash Gordon* que todos acabá-

bamos de ver por la televisión, aunque a cada rato miraba de soslayo para el grupito de chicas, que sentadas en la hierba se contaban sus cosas, logrando intercambiar alguna que otra mirada con Irene, quien siempre que la miraba me estaba mirando también, lo cual me producía un verdadero escalofrío por todo el cuerpo.

Pero en ese instante de intercambios, de furtivas miradas, llegó Raúl que era un pendenciero nato, un peleón que se creía el ombligo del mundo, y comenzó a fastidiarnos uno a uno, hasta que empezó a mirar a Irene y luego a mirarme a mí y a decir en voz alta, casi a gritos, que Irene era su novia. Así que me levanté y le largué un sonoro sopapo en plena cara y comenzamos a pelear en el suelo del patio. Por esas casualidades de la vida, justo en ese momento, hacía su entrada el Director del Colegio que al vernos peleando nos separó e inmediatamente nos preguntó quién había comenzado la pelea. Como Raúl no decía ni una palabra, miré fijo al director y le dije que había sido yo, lo cual le sorprendió, pero me hizo un gesto como de aprobación porque había admitido mi culpabilidad. Enseguida, el Director nos llamó la atención a ambos y nos ordenó muy enérgicamente que entráramos a clase. En ese justo momento, mientras me introducía la camisa ajada dentro del pantalón y me arreglaba el corbatín negro, observé que Irene, de pie en el patio, me miraba algo preocupada y entonces le hice un gesto con la cara y me dirigí corriendo al aula.

III

Justo en el instante en que la profesora de Geografía se disponía a iniciar su clase, se escuchó el ruido del altavoz, que el Director usaba para llamar a algún alumno o para leer algún versículo de la *Biblia*, pero esta vez se le notaba algo

nervioso y jadeante, nos comunicó: “Ruego que me escuchen con mucha atención. Acaban de dar la noticia de que han encontrado con vida al comandante Camilo Cienfuegos. Por lo tanto, se suspenden las clases para que los alumnos de este Colegio puedan celebrar con todo el pueblo cubano este histórico día”. Enseguida nos miramos con Irene y nos comunicamos una mutua alegría que por un instante nos hizo olvidar todo el problema del llavero. En esos momentos, parecía que el Director seguía hablando, pero como se armó tal algarabía y alboroto en las aulas, optó por apagar el aparato para salir al pasillo y sumarse a cientos de alumnos que se abrazaban y gritaban: “¡Camilo!, ¡Camilo!, ¡Camilo!” y corrían hacia la salida del colegio en busca de las bicicletas y de la calle.

Entre la confusión estudiantil, me acerqué a ella y la agarré de la mano, saliendo en tropel con el resto de la clase. Ya en la acera le di un sonoro y sorpresivo beso en la mejilla y nos sumamos a la improvisada manifestación que iría creciendo ya que según se acercaba al Parque Central, se le iban sumando otras personas que salían de sus casas o en grupos pequeños se unían a nosotros desde otras calles. De repente no solo éramos estudiantes, sino amas de casa, criadas, dependientes, transeúntes que gritaban: “¡Camilo!, ¡Camilo!, ¡Camilo!” hasta llenar la avenida principal del pueblo que se convirtió en un mar de banderas cubanas y algunas del 26 que los vecinos sacaban de sus casas, de las tiendas, de los bares y de las oficinas, celebrando la localización del comandante Camilo Cienfuegos, que indudablemente era el más popular del momento histórico, el más querido por el pueblo, el jefe más carismático, no solo por su probada valentía en la Sierra, sino por su juventud y su constante sonrisa campechana.

Casi cuando llegábamos al parque, le dije a Irene que no se preocupara, que le dijera la verdad a su padre, que él comprendería y que además con esta buena noticia, seguro

estaría de muy buen humor. Y le di otro besito en la mejilla que ya no le sorprendió pero tampoco le disgustó del todo.

Mientras, en el parque, ya estaba reunido, frente a la Iglesia católica, medio pueblo celebrando la buena nueva. Se podía ver los diferentes uniformes de todos los colegios, escuelas y academias: católicos, protestantes y laicos... ¡Una masa de gente! Sobre todo sobresalían los pantalones y sayas azules y sus respectivas camisas y blusas blancas del Instituto de Segunda Enseñanza. De repente, se improvisó un mitin donde casualmente el presidente de los estudiantes del Instituto arengaba a la concurrencia que allí reunida no dejaba de corear: “¡Camilo!, ¡Camilo!, ¡Camilo!”. Hasta que llegó el Alcalde del pueblo y se acercó al joven orador y le dijo algo al oído que le extrañó muchísimo al estudiante por la mueca que hizo. Este se sacó un pañuelo, se secó el abundante sudor de la frente y cuando se decidió a hablar se dio cuenta de que la mayoría de la asistencia se dispersaba entre murmullos y lamentaciones, pues con toda seguridad ya se habían enterado de que la buena noticia de la localización de Camilo había sido desmentida oficialmente.

Con Irene nos miramos como para consolarnos mutuamente, nuestras manos sudadas se separaron de un tirón y ella comenzó a correr para su casa, dejándome solo en medio del parque, ya prácticamente vacío. Pasados unos segundos, me acordé de que debía volver al Colegio a recoger mi maleta de libros y la bicicleta, pero de repente comenzó a caer un verdadero diluvio tropical, como para aguar aún más la fiesta, con lo que llegué al Colegio empapado y más mojado regresé a la casa, donde Chefa lloraba a torrentes y sus lágrimas se confundían con la lluvia del patio, mientras prendía unas velitas debajo de una gran foto del comandante Camilo Cienfuegos, cuya mirada perdida ya lo había consagrado como héroe y leyenda popular de Cuba.

¡SOLAVAYA!

Para Dominguito Torres, chófer de Güines

Con cierta ceremonia abrió la puerta de la terraza. Caminó despacio hacia un rincón donde comenzaban los tejados vecinos, depositando un paquete no muy grande, pero que abultaba como si estuviese llenísimo de cosas inservibles. De su vestido blanco sacó un pañuelo, excesivamente estrujado, secándose el abundante sudor que le cubría la brillante frente. Casi como una rutina, comenzó a masticar tabaco, quedándose un largo instante entre murmullos, contemplando el enigmático bulto.

De repente, escuchó unos pasos. Miró asustada hacia la puerta de la gran terraza y se sorprendió al ver a Gervasio, que la contempló unos segundos, volviéndose para entrar en la casa. Baldomera, instintivamente, retornó la mirada hacia el paquete, lo escupió, murmurando algo muy bajito y caminó despacio, arrastrando sus chancletas hacia la puerta para volver a sus quehaceres en la cocina. Allí esperaba Nereida, algo nerviosa, que, sin esperar ni un segundo, le preguntó:

—¿Te vio?

—No, mi niña, no se preocupe. Todo salió requetebién —le contestó la vieja criada negra.

—Es que ha regresado de la consulta con un genio de película...

—Después del trabajito que acabo de hacer —señalando con un movimiento de su cabeza hacia la terraza— no sé... si no cambia... habrá que probar con otra cosa.

—Bueno, veremos, Dios quiera que dé resultado. Baldomera, ¿le falta mucho al almuerzo?

—Ahorita mismo está... no se preocupe.

Nereida salió de la cocina y entró en el comedor, donde Gervasio leía *El Mundo*, su periódico preferido. Pasó cerca de él, casi rozándolo, pero no le dijo nada, absolutamente nada, y se digirió hacia la habitación matrimonial donde nada más entrar prendió una velita a Santa Bárbara. Así quedó unos instantes, meditando, como rezando, hasta que se acercó al armario, lo abrió y miró debajo de los trajes de su marido, donde estaban varios pares de zapatos. Se agachó, quitó unos viejos periódicos que parecían ocultar algo e inmediatamente se estremeció de sorpresa al encontrar dos escopetas con sus respectivas cajitas de municiones.

En ese mismo instante entró Gervasio al dormitorio y ella asustada cerró de un seco golpe la puerta del escaparate.

—Nereida, no te tengo dicho que no prendas velas cuando estoy en casa. Sabes que me molesta.

—Pero, viejo, tú sabes que yo creo. Siempre he creído. Antes estábamos bien y desde que dejé de hacerlo, mira cómo estamos. No nos hablamos, ni siquiera nos contamos nada...

—Ah y tú crees que es porque dejaste de prender velitas, ¿no?

—Gervasio, por favor, no hables así...

—Mira, Nereida, si estamos así es porque estoy preocupado con la consulta y encima me tienes muy jodido con tus brujerías y bobadas.

—Gervasio, por el amor de Dios...

—No, si al final tú crees en todo un poquito. Por eso en Cuba, cualquier santero de mierda vive mejor que un...

—¡Ya! Me oíste, no sigas...

—Bueno, bueno. No te pongas nerviosa, anda ven... —y le extendió las manos, con cierta expresión de picardía en

la cara, deslizándose ambos en la inmensa cama, comenzando un ritual de leves y mutuas caricias hasta que sus respectivos labios se fueron separando para ir besando la deseada piel contraria. Después de desvestirla lentamente, él se irguió para desnudarse, mientras ella lo miraba y esperaba ansiosa, moviendo las piernas y pasándose su lengua entre los mojados labios que brillaban de humedad, en una actitud que erotizó aún más a Gervasio. Se arremolinó sin tocarla con su cuerpo, besándole el ombligo por segundos interminables hasta subir a los blanquísimos senos, posando su erecta lengua en los erizados pezones que como proyectiles estaban a punto de dispararse, de salirse del sudoroso cuerpo. Él continuó con su trayecto frenético, deteniéndose algunos segundos en las anchas caderas de su mujer, hasta posar sus labios húmedos en el triángulo amoroso de ella y, sin tocarla con su cuerpo, le besó la entrepierna, provocando los gemidos y contracciones de Nereida que dio un salto de gacela, invirtiendo su cuerpo, para ponerse al revés y poder besarse ambos donde más les apetecía en ese crucial momento. Al rato, él se levantó y la volvió de espalda, recorriéndola entera con sus labios, con besos acompasados, penetrándola no sin que ella reculara pidiendo toda la medida de su hombre. Entonces, ella tomó la iniciativa y se puso encima de Gervasio. Comenzó a moverse despacio, como queriendo alargar el tiempo de esa unión, hasta que Nereida se puso de pie en la cama y agachándose fue calculando el trayecto hasta sentir a su hombre y después de moverse por segundos para ambos lados y haciendo círculos con su cuerpo, comenzó a subir y a bajar lentamente pero aumentando el ritmo a la vez, mientras que él le abría su boca para que no solo le besara, sino que le depositara su saliva como licorpreciado. Luego, Gervasio la apartó y la arrodilló sobre la cama mientras

la agarraba fuertemente por las caderas, a lo que ella respondía con una quietud rígida, solo interrumpida por sus exclamaciones de satisfacción hasta que ella también comenzó a moverse, conjuntando ambos un ritmo cadencioso y cada vez más rápido. Cuando él avanzaba ella retrocedía y cuando ella retrocedía él avanzaba hasta que los minutos se hicieron eternos y los dos estallaron en mil expresiones y en unos movimientos abruptos, que hicieron que ella se tirara casi en plancha sobre la empapada cama, mientras él le caía encima, gimiendo algunas incoherencias hasta que quedaron completamente extenuados, como dormidos, mientras sus cuerpos transpiraban un humo caliente, que se confundía con el silencio caluroso del mediodía.

Gervasio fue el primero en despertarse y dándole una cariñosa nalgada a Nereida, le dijo:

—También hay que almorzar, ¿no crees? ¿Nos bañamos?

—Mmm... ve tú... Yo voy ahorita... —a lo que él respondió besándole la espalda sudorosa, lamiéndole con placer algunas gotas saladas.

Después de la reconfortante ducha, pasaron ya vestidos al comedor donde la mesa estaba servida, se sentaron cara a cara y enseguida apareció Baldomera con la gran sopera que contenía una exquisita y humeante sopa de plátano. Gervasio se ocupó de servirle primero a Nereida, mientras ella echaba agua fría en unos grandes vasos.

A los pocos minutos, la criada retiró la sopera, junto a los platos hondos y sus respectivas cucharas.

—Cuéntame algo, Gervasio. ¿Qué tal te fue en la consulta? —preguntó Nereida.

—Phss, qué te voy a decir, mi vida... Mira, lee el periódico, generalmente está de mejor humor. ¡Ah, Baldomera! ¿Es verdad que arrestaron al hijo del chino O`Farrill, el carnicero?

—Sí, señor. Se lo llevaron ayer para la Jefatura de Policía.

—¡Qué hijos de puta son! —repuso Gervasio.

—Por favor, mi vida, no digas malas palabras que estamos comiendo.

—¿Y? ¿Acaso no hay comida? Te molesta una mala palabra, cuando el país está patas arriba... Mira, pídele a tus santicos que remedien la situación.

—¡Gervasio!

—Está bien, disculpa. No me meto con tus cosas, pero piensa que la vida no puede ser tan simple. A veces hay que actuar para remediar los males. ¡Basta ya de estar con los brazos cruzados!

Baldomera, que escuchaba desde la cocina, se persignó como si intuyera que algo funesto le iba a ocurrir a Gervasio.

—Por favor, no te entiendo. No te irás a mezclar en política. Debes pensar en mí, si te pasa algo... —le dijo Nereida, pero Gervasio no la dejó terminar:

—Sigue, continúa, si me pasa algo, ¿qué?

—¡Qué sería de mí! No aguantaría todo ese lío, puedes caer preso, qué sé yo...

—Pues, nada, te quedarías con tus velitas y tus santitos...

—¡Gervasio! —gritó Nereida llorando y se levantó de la mesa corriendo entre sollozos hacia al cuarto, justo en el instante que Baldomera traía una gran bandeja con una fuente con filetes en cazuela, otra de abundante arroz blanco y un plato mediano de ensalada de aguacate con cebolla picada muy fina.

—Mira, Baldomera, guarda esta comida para la noche. La verdad es que no tengo apetito.

—Perdone, señor, pero creo que la señora está algo nerviosa, como asustada.

—Ya, ya lo sé. Mira, llévale una infusión y acompáñala un ratito. Yo regreso a la consulta. ¡Hasta la noche!

—Adiós, señor, tenga buen día —contestó la criada, llevándose las fuentes intactas para la cocina y, con su acostumbrada calma, continuó recogiendo la mesa y se puso a hervir agua para hacerle el cocimiento a Nereida, que acostada seguía sollozando.

—Mire, mi hija, tómese esto y aflójese la ropa. Ya pasó todo. No fue nada... Trate de dormir un poquito y verá qué bien le sienta.

—Es que no sé, Baldomera, Gervasio anda en algo o le pasa algo. Nunca ha estado tan nervioso como hoy.

—Bueno, yo también estoy estropeada, así que me voy a recostar un momentito en la cocina.

—No, Baldomera, quédate un instante conmigo. ¿Te acuerdas que te conté que amenazó con matarme?

Nereida se levantó con el vestido sedoso estrujado, se acercó al armario, lo abrió y señalando para los viejos periódicos, dijo:

—Mira, lo va a hacer con esto. Creo que está loco. Igual hay otra mujer...

—Letra impresa no mata a nadie —le comentó Baldomera al ver el revoltillo de papeles en el fondo del escaparate—, ahí solo hay periódicos viejos.

—No, quita los periódicos, quítalos...

—Pero, muchacha, si esas escopetas son para cazar. Además toditos los hombres se pasan la vida con la misma cantaleta. Si fuera así, mi marido me hubiese hecho picadillo hace rato. Y mira lo enterita que estoy —terminó diciendo la criada con una mueca de incredulidad en la cara, mientras ambas manos descansaban en sus inmensas caderas que balanceó de izquierda a derecha.

—Pero si él nunca ha cazado. ¿Por qué ese entusiasmo repentino?

—¿Y no será que anda en lío contra el gobierno?

—¿Gervasio? No, qué va, de eso nada. Él nunca se ha metido en política ni siquiera en la Universidad. Qué va, Gervasio, no. Él siempre dice que la política es de sinvergüenzas.

—Bueno, por eso mismo, mi niña. Quizás sea hora de que los hombres honrados y preparados como su marido hagan algo, ¿no?

—Pero él tiene su consulta, de allí no lo saca nadie.

—Su marido es un hombre instruido y yo creo que sabe algo más que sacar muelas.

—Pero, ¿por qué? ¿Acaso nosotros no estamos bien? Esto me suena a otra cosa. No sé...

—En estos tiempos que corren, todos los hombres andan revolucionados... deberías no molestarlo con tus creencias. Si no le gusta que prendas velas, no lo hagas en su presencia. Mira, vamos a poner un vasito de agua detrás del escaparate, por si las moscas...

Baldomera se retiró a la cocina, llenó un vaso de agua y ayudada por Nereida lo pusieron entre la pared y el armario, exactamente detrás de las escopetas.

—Ande, quítese la ropa y échese un sueñecito... que yo también estoy molía...

Nereida se quitó el vestido y se quedó con su fino refajo. Tomó un poco de tila y se echó en la cama arrebujiándose con las blancas sábanas que aún olían al sudor amoroso del mediodía, quedándose totalmente dormida. Más tarde, Baldomera recogió la taza y se marchó para la cocina, donde se puso a fregar los platos y vasos usados en el almuerzo, mientras tarareaba quedamente alguna que otra vieja canción.

De ese modo apacible transcurrió toda la tarde, hasta la noche, cuando Baldomera algo excitada despertó a Nereida de su profundo sueño:

—Señora, despierte, señora...

—¡Humm! ¿Qué pasa? Bal...

—Unos señores quieren registrar la casa...

—¿Re... qué? ¿Policías, acaso? ¿Aquí?

—Sí, policías. Y hay como dos coches, repletitos de ellos en la calle.

—Bueno, diles que me visto... Baldomera, ¡las escopetas! —susurró Nereida. Al oír esto, la criada se persignó mirando para el techo de la habitación, murmuró una oración incompleta y salió del cuarto con las manos en la cabeza.

Por la puerta se escucharon unos pasos y el vocerío de muchos hombres armados, aunque sobresalía una gruesa voz que ordenaba:

—¡Registren todo! No me dejen un solo hueco. Señora...

Baldomera, que casi tropezó con el capitán, le dijo que la señora se estaba vistiendo en su cuarto, a lo que el oficial, de un solo empujón, abrió la puerta de forma bastante brusca y con cierta morbosidad.

—Disculpe, señora, pero tenemos que registrar... comprenda... Haga el favor de apurarse...

A Nereida, que en ese mismo instante acababa de abrocharse los botones delanteros de su vestido, le sentó mal aquella repentina entrada, pero contestó con muchísima calma que pasara, a pesar de que la cama aún estaba revuelta, de lo cual inmediatamente se percató el capitán que con un gesto de lascivia miró por segundos las deshechas sábanas.

—Aquí, muchachos, en el cuarto y, sobre todo, en su despacho. Allí registren los libros, uno a uno, página a página. ¡Ah! Y su correspondencia nos la llevamos toda.

—¿Qué es lo que pasa, capitán, se puede saber? —preguntó Nereida.

—No se preocupe, señora. Estése quieta y no pasará nada. Digamos que es simple rutina.

—Pero, capitán, ¿un registro aquí? Nunca había pasado esto... ¿Qué van a decir los vecinos? Es algo incomprensible...

En esos instantes de gran confusión en toda la casa y mientras Nereida hablaba y hablaba como para querer calmar sus nervios, los agentes de policía abrían gavetas, armarios, revisaban estanterías tirando al suelo libros, toda la ropa, cuadernos o libretas y facturas que encontraban, hasta que el cabo Martínez abrió el armario de la habitación matrimonial, revisó con cierta cautela, con una infinita paciencia, con esa ansia policial de encontrar algo comprometedor.

—¡Capitán! Venga, vea. Ahora sí que esto se pone bueno. Mire lo que escondía el dentista.

Al escuchar esas palabras, Nereida se quedó fría, estática, mientras el capitán se acercó presintiendo lo hallado.

—¿Incomprensible, no? Vaya, vaya con el doctorcito... Lléveselas para la máquina, Martínez. Usted, San Pedro, mueva ese escaparate de mierda y mire detrás.

—Mire, capitán, esas son las escopetas de caza de mi marido y...

—Sí, sí, con unas igualitas a esas se fueron a cazar al Moncada, así que ahora cállese y no me chive más, ¿ok?

Cuando el agente San Pedro movió el armario con un gran esfuerzo se encontró con el indefenso y solitario vaso de agua, pero fue tal su sorpresa y susto que gritó un estremecedor ¡SOLAVAYA! y se echó para atrás dando unos grandes saltos como si de una macabra danza se tratase, mientras se persignaba y musitaba incoherentes frases rituales.

—¿Qué le pasa, San Pedro? —preguntó algo sorprendido el capitán, mientras miraba detrás del ropero. —No me sea comemierda, compadre, no ve que solo es brujería, so maricón. Váyase para la calle, luego hablaremos... —y mirando,

otra vez, al inofensivo y nada sospechoso vaso de agua, le dio una fuerte patada estrellándolo contra la pared, encharcando todo el suelo. —Vaya, revolucionario y espiritista, qué combinación, caballero... lo que hay que ver en estos días... Bueno... esto... señora, lamento comunicarle que su marido fue sorprendido en una reunioncita de opositores en su propia consulta. Tenemos más que pruebas, suficiente para probar que hace muchísimo tiempo conspiraba contra el gobierno. Por desgracia para ellos, respondieron con sus armas. Así que oficialmente le notifico la muerte de su marido para que se pase por el depósito de cadáveres y lo identifique.

Nereida, que instintivamente se había percatado del desenlace, quedó helada, con la cara descompuesta. Se dejó caer en la cama con un largo lamento, mientras los policías abandonaban la casa, llevándose cartas, libros y documentos de todo tipo.

Rápidamente, Baldomera entró con otra tila, que preparó nada más llegaron los policías, para tratar de consolar a Nereida. Pero esta ya se había levantado de la cama y repentinamente calmada, más que serena, con sublime entereza, dijo:

—No, Baldomera, basta de cocimientos. Acompáñame a identificar a Gervasio... —y mirando, fijamente, la destellante vela que llameaba nerviosamente, la tiró al suelo con un manotazo de furor.

LAS ÁGUILAS

Para mis inolvidables amigos del baloncesto juvenil en Güines: José Agustín “Titín” Ortega, Julio César García, Oscar Estrada, Ramoncito Costa, Fernando Roberto Capote, Carlos Gómez, Pedrito González Schul, Tomás Álvarez, Carlos Enrique Fernández, Paquito Romero Ahumada, Fernando Ochoa, Enrique López Tejera, Manolito Pernía Carabeo...

Como parte de las jornadas de inauguración del nuevo edificio deportivo de El Coliseo se celebrará el Primer Torneo de Baloncesto Juvenil de Güines, donde participarán cuatro equipos: el ya prestigioso conjunto de El Liceo y tres conjuntos nuevos, recientemente fundados: El Coliseo, las Patrullas Juveniles y Las Águilas. Los partidos se jugarán en las instalaciones de El Coliseo y El Liceo durante tres noches consecutivas.

EL LIBERAL, Güines, 1960

Terminó de leer la reseña deportiva del evento en el cual había participado apenas hacía unos días y, con unas pequeñas tijeras del Colegio, recortó la nota para guardarla como uno de sus más queridos recuerdos, que ya le acompañaría toda su vida.

Y no era para menos. Primero se enteró de la inauguración del Coliseo, que quedaba justo al lado del Ayuntamiento, asistiendo a un partido de exhibición entre los *Harlem Globetrotters* y la Universidad de La Habana. Esa noche quedó maravillado con las proezas de los jugadores norteamericanos, aunque apoyó todo el partido al equipo universitario habanero, sobre todo a su estrella: Jimmy Davis. También esa noche disfrutó viendo jugar a sus amigos mayores: los muchachos del Coliseo que se enfrentaron y ganaron al equipo de Jaruco. En el equipo oficial del Coliseo jugaba su amigo y vecino Joel, hijo de un pastor protestante. En la acera de su casa se sentaba toda la muchachada del barrio

para charlar casi todos los días en la calle Concha, esquina a Masó: mañana, tarde y noche.

Después de ese mágico festín de básquet, continuó asistiendo casi todos los días al Coliseo a jugar baloncesto y, alguna que otra vez, a la cancha del Liceo. Unos empleados de su padre le construyeron un improvisado tablero con aro y malla en la gran terraza exterior de la casa, donde comenzó a reunir a algunos amigos a los que contagié con su fervor baloncestista e incluso logró que algunos de los muchachos mayores del barrio, compañeros de estudios de su hermana menor, los entrenara y enseñara algunos trucos elementales de ese deporte.

Un día se enteró de que el nuevo delegado de Deportes de Güines estaba organizando un Torneo Juvenil de Baloncesto, para menores de 13 años, donde participarían los equipos del Liceo, del Coliseo y las Patrullas Juveniles. Fue a hablar con el funcionario y le convenció para que dejase participar a un cuarto equipo: Las Águilas, que se acababa de inventar y fundar. Tan pronto el delegado le dio el sí, salió corriendo para su casa, reunió a sus amigos en su media cancha de baloncesto y les comunicó la buena nueva: que participarían en el Torneo, que se llamaban Las Águilas y que solo faltaba escoger los colores de los uniformes, que no podrían ser ni azul, ni verde ni amarillo pues el Liceo tenía color azul, el Coliseo, verde y las Patrullas Juveniles usaban el verde olivo y amarillo.

Al otro día, con varios de sus amigos del equipo recién fundado, se dirigieron a la tienda de ropa deportiva del pueblo, que quedaba al lado de la Cámara de Comercio, al frente del Parque Central. Ese establecimiento era regentado por un tal Pérez y, nada más entrar, le comentaron que querían camisetas y *shorcitos* para jugar al baloncesto. Después de probar varios colores, el dueño los animó con el

rojo y el negro, que eran —en esos días— los famosos colores del 26, del Movimiento 26 de Julio y, aunque a casi todos en la pandilla les gustaba más el Directorio Revolucionario, quizás por la figura de José Antonio Echevarría, aceptaron la idea del rojo y negro.

El uniforme de Las Águilas sería *short* negro, camiseta roja y, en blanco, el nombre del equipo en el pecho y el número de cada jugador en la espalda. Por lo tanto, ordenaron los uniformes, después de cotejar las medidas, vestimenta que pagarían los padres de cada uno de los miembros del equipo, si bien hubo varios que protestaron por los colores escogidos. Incluso, uno fue a hablar con el dueño de la tienda para decirle que era un tal o un más cual por haberles animado, casi impuesto, esos colores tan politizados, si bien quizás los más politizados eran esos progenitores que protestaron, pues, en realidad, el rojo y negro existían desde muchísimo antes de que se fundara la organización fidelista.

El mismo día que encargaron los uniformes, comenzaron a entrenarse horas y horas diarias. Consiguieron reclutar a algún refuerzo nuevo y fueron cambiando de entrenadores (Alexis del Instituto, el citado Joel del Coliseo, Juanito Simón), mejorando su nivel. Ya tenían lo que creían un sólido quinteto: Ramoncito Costa y Felipín Álvarez bajaban el balón, Titín Ortega y Capote en los extremos y Oscar Estrada, que era el más alto, en el Centro. En el banquillo quedaban Julio César García y Carlos Gómez, entre otros pocos suplentes que jugarían constantemente en todos los partidos, pues el equipo se rotaba a cada instante.

Los entrenamientos fueron diarios y duraron hasta el primer encuentro en la cancha del Coliseo, donde Las Águilas se enfrentaron al potente equipo del mismo nombre, que aunque se había fundado recientemente, tenía unos jugadores estupendos, casi todos de familias humil-

des, pero que los aguileños conocían de invitarlos a jugar en su propia cancha y, al fin y al cabo, estimaban. No obstante, esa noche, Las Águilas sufrieron su primera y terrible derrota.

El segundo partido se celebró en las instalaciones del Liceo, que quedaba enfrente del Ayuntamiento y Las Águilas volvieron a perder; esta vez con el mismísimo Liceo que estaba compuesto por muchos amigos del colegio o del barrio, muchachos de la burguesía güinera: Paquito Romero, Enriquito López Tejera, Fernando Ochoa, Manolito Pernía Carabeo, entre otros.

El tercer, y último juego, tuvo lugar en las instalaciones del Coliseo. Primero jugaron Las Patrullas Juveniles contra Las Águilas por el tercero y cuarto puesto, ganando estas últimas, tras un gran esfuerzo y un partido muy reñido, con forcejeos, alguna escaramuza y peleas, en la cancha que ardía de entusiasmo. Después, el equipo del Coliseo contra el del Liceo por el primero y segundo puesto; ganando estos últimos el Torneo, que quedó como sigue:

Equipo	pj	pg	pp
El Liceo.....	3	3	0
El Coliseo.....	3	2	1
Las Águilas.....	3	1	2
Las Patrullas Juveniles.....	3	0	3

Pero quizás lo más relevante de esta competición fue la rivalidad instantánea de Las Águilas con Las Patrullas Juveniles desde el primer día del Torneo. Mientras los aguileños admiraban y eran buenos amigos de casi todos los componentes de los equipos del Liceo y del Coliseo, con los de las Patrullas Juveniles no se podían ni ver.

Esta rivalidad mutua estalló no solo durante el partido que los enfrentó, sino que siguió en el vestuario nada más terminar el tercer partido, donde Las Águilas ganaron y obtuvieron el tercer puesto, cuando los jugadores de ambos equipos se dirigieron a cambiarse de ropa. Nada más entrar, sin mediar palabras, se entabló una especie de batalla campal: primero, tirándose los balones, los tenis, las toallas hasta entrar al cuerpo a cuerpo, donde los golpes, patadas y mordidas hicieron estragos entre los dos equipos. De tal envargadura fue la tángana que hasta llegó la Policía Nacional Revolucionaria y algún que otro soldado del recién estrenado Ejército Rebelde, que vigilaba en el Coliseo, entró en los vestuarios para imponer algo de orden. Menos mal que este conocía muy bien a los aguiluchos, sus vecinos del barrio, pues antes de ser soldado rebelde trabajaba con el padre que era dueño de una tiendita donde vendían caramelos, chicles y, sobre todo, muñequitos: *Los Halcones Negros*, *Superman*, etc. Pero, niños al fin, la cosa no pasó de una reprimenda, aunque aumentó aún más las diferencias entre los muchachos de ambas formaciones.

Esta polémica entre ambos equipos era lógica, pues las Patrullas Juveniles eran una reciente organización creada por la Revolución, una especie de *Boy Scouts* de la Revolución, que les regalaba los uniformes (camisa amarilla y pantalón verde olivo), zapatos y una gorrita, y se lo pasaban desfilando, marchando por todo el pueblo. Y algunos de los muchachos de Las Águilas y de El Liceo eran *Boy Scouts* y asistían a la Iglesia presbiteriana de Güines. O sea, unos pertenecían a una organización de masas revolucionaria, gubernamental, del Estado, y los otros eran un equipo totalmente privado y sus padres pertenecían a la mejor burguesía güinera, eran comerciante, dentista o ingeniero, aunque otros eran hijos de sencillos trabajadores: un modesto y talentoso zapatero del vecindario y un popular barbero del pueblo.

Después de esa batalla infantil en la cancha y, sobre todo, en el vestuario de El Coliseo, los muchachos de Las Águilas que todavía no eran *Boy Scouts* comenzaron a hacer las gestiones en la Iglesia presbiteriana para ingresar en dicha organización, que ya tenía hasta un campamento instalado en las afueras del pueblo, frente a la fábrica de hielo, antes de cruzar el puente de hierro, por donde pasaba el río Mayabeque. Al final, todos ingresaron y se convirtieron en *Boy Scouts* menos el fundador del equipo porque nada más planteárselo, su padre, enfurecido, lo regañó y le prohibió que le hablara del asunto. El niño no lo comprendió, sobre todo, después de su pelea con los patrulleros juveniles. Pero para el padre, las patrullas juveniles o los *Boy Scouts* le sonaban a lo mismo: organizaciones paraestatales o paramilitares, donde los niños podían ser adoctrinados, de una u otra forma, y más con los tiempos revolucionarios que corrían en esos meses iniciales de 1960...



Güines, 2017: Parte posterior de la casa natal del autor. A la derecha de la terraza era donde Felipe Lázaro jugaba al baloncesto con sus amigos del barrio, en la pared derecha, debajo del tanque de agua. En la actualidad, los nuevos inquilinos han construido un muro de ladrillos destinado a un chiquero, un criadero de cerdos (cochinos). ¡En plena zona urbana! ¡Otro avance del castrismo! Foto de Eldis Riol.

BOTAS DE AGUA

Para mis primos Libia Alfonso Alfonso y Joelito Álvarez Silva, en Güines

Pedrito abrió la puerta del baño con una prisa inusitada, pues tenía unas ganas inmensas de orinar, cuando le sorprendió un grito de espanto, más bien un sonoro alarido. Era su prima Lucía que estaba desnuda dentro de la bañera, repleta de agua y espumas de jabón.

Olvidándose de sus apuros, se acercó y ella se volteó bocabajo, gritando que se fuera, que la dejara sola, pero era la primera vez que veía un cuerpo femenino completamente desnudo, aunque fuera el de su prima. Algún resorte interior le impulsaba a mirar y apreciar esa figura delicada, que debajo del agua y de las burbujas se deformaba. Solo se veían con toda nitidez las nalgas pequeñas, pero rotundas, que flotaban con un brillo transparente que las hacía aún más apetecibles.

Esta era su definitiva venganza, pues la semana anterior, mientras él se bañaba, Lucía y Luisita, la hija de la lavandera, lo contemplaron por la ventana del baño que da al balcón, hasta que ambas se echaron a reír y Pedrito comenzó a gritarles: “Putas, putas”.

Un rato después de estrenarse como mirón improvisado, salió corriendo del baño, dejando a su prima completamente desvestida en la bañera, que lo maldecía y llenaba de improperios, hasta que llegó al almacén que quedaba justo debajo de la casa, donde enseguida entró en los servicios de los dependientes, resultándole del todo desagradable el insopor-

table olor, orinando con verdadero placer, pensando en la blanca desnudez del culito de su prima.

Al instante, cruzó la calle y ya en la otra acera, comenzó a conversar con Glorita, su vecinita, que era algo mayor que él: flaquita, rubita de ojos verdes preciosos, con el pelo corto. Hacia días que estaba tratando de convencerla para que jugara con él en el almacén, en una especie de trinchera, entre tongas de sacos de arroz, donde tenía sus armas de juguete: pistolas, rifles, una carabina M-1, hasta una ametralladora de pie que disparaba balitas de plástico. Ella siempre usaba unos pantalones ajustadísimos que le llegaban a las rodillas, lo cual la hacía más atractiva o provocativa. Era la menor del grupito de amigas de su hermana intermedia y ese día llevaba puesta una blusita estampada, color azul claro, marcándosele el ajustador azulito.

Pedrito, como era su costumbre, ya debería estar con sus amiguitos jugando a las canicas en la calle Masó, frente a la casa de Renán y Víctor, pero aquello le atraía mucho más. Como cuando tuvo que pelearse a golpes con Orlandito, que le llamó maricón porque visitaba muy a menudo la casa de María, la vecina ya adolescente que los contemplaba diariamente desde su ventana, en vez de jugar con ellos a los soldaditos que, en casa de Dionelín, formaban verdaderos campos de batallas. Pero, María, que un agraciado día dio el primer paso, al conversar con cierta picardía con Pedrito, lo invitó a visitarla y este interpretó que aquella posible cita le enseñaría algunas cosas mejores que jugar con esas figuritas multicolores de plomo, de plástico y hasta de cartón que conformaban sus ejércitos en miniatura.

No obstante, al otro día, cuando ella llamó a Pedrito, este pensó que se trataba de un recado, pero cuando entró a la sala de María y ella le sonrió, como nunca antes lo había hecho, comprendió que algo raro sucedía. Ya sentados en

unas sillas pequeñas y sin apenas conversar, ella comenzó a tocarle el pantalón por donde está la portañuela, la cual abrió despacio, con cierta destreza, comentando que tenía unos botones muy bonitos.

María continuó acariciándolo suavemente y aquello sí representó una verdadera sorpresa para Pedrito, mucho más que haber visto a su prima Lucía desnuda y lo más grande fue, cuando un impulso incontrolable lo llevó a tocarle los carnosos senos por encima de la blusa escotada y mientras ella seguía afanosa en su entrepierna, él se dedicó por completo a sus grandes pechos, manoseándolos hasta que ella le pidió que los besara como si fuese un bebé y astuto trató de bajar una de sus manos y tocarle allá abajo, pero ella le contestó que no, que eso no, que quizás otro día.

Pedrito interrumpió toda caricia y algo enfadado le dijo que si no se dejaba tocar ahí, él tampoco la dejaría tocarlo más. Ella se rio y dijo algo así como que el alumno le había salido aventajado, que aprendía muy de prisa, pero que ya tendrían tiempo de hacer otros juegos y lo despidió, pues la madre se acercaba desde la cocina.

Ya en el portal le esperaban sus amiguitos, su pandilla del barrio, todos con 10, 11 o 12 años de edad. Todos en coro le gritaban: “Pedrito, mariquita, jugando a las muñequitas” y fue cuando Orlandito lo llamó maricón, diciéndole que los hombres no jugaban con las hembras. Pedrito, que salía malhumorado de casa de la vecina, no lo dejó terminar y le dio una verdadera mano de golpes hasta que Orlandito llorando le pidió perdón en el suelo. Desde ese día, Pedrito no jugó más a los soldaditos, había descubierto otro mundo, algo nuevo, fascinante y le importaba poco que sus amigos le llamasen “mariquita” y se consolaba con un rotundo: “Si ellos supiesen a qué jugamos, madre mía”. Por eso siguió viendo a su vecina María hasta que salió del país con su familia.

Él alternaba esas visitas con su interés por Glorita. La rondaba, conversaba con ella y no dejaba de invitarla a jugar al almacén. Se quería estrenar como cazador: María lo había cazado a él y él quería cazar a Glorita. Su mejor argumento era que solo tenían que cruzar la calle y nadie los vería.

De repente, un día, Glorita aceptó diciendo que solo un ratito. Pedrito le dijo que lo siguiera. Cruzaron la calle, entraron en el gran almacén y comenzaron a trepar, a subir por encima de unos paquetes y de cajas que hacían de escalera hasta llegar a la cima de un inmensa tonga de sacos de arroz donde estaba la trinchera, llena de armas de juguete, y pasaba largos ratos con los amigos, simulando situaciones de guerra.

Nada más llegar, a Glorita le llamó la atención un par de botas de agua, de bombero, que estaban junto a las cantimploras, una radio de campaña, cascos de guerra y las armas de plástico. Inmediatamente comenzaron a jugar como si les atacasen, hasta que se cansaron y se tendieron entre los sacos. Casi sin esperar, Pedrito le tocó los senos, que notó eran más pequeños que los de María. Ella lo miró y se sonrió, pues pensaba que él era aún un niño, hasta que notó los besos de su amiguito por encima de su blusa.

Con agilidad femenina se levantó como un resorte y cogiendo el par de botas de agua comentó que le gustaban mucho y preguntó si se las podía probar. Tras escuchar la respuesta afirmativa, de inmediato se quitó sus zapatos y se puso las botas de bombero, que le quedaban perfectas. Entretanto, Pedrito seguía manoseando por donde podía o le dejaban. Las manos le crecían, tratando de quitarle la blusa, a lo que ella contestó: “No, solo por arribita”. Respuesta que lo animó aún más, pues no era una negativa sino un “sigue, por favor”. Fue cuando él le dijo que también podía tocarle.

De repente, ella, primero lo miró fijamente, luego soltó una risa maliciosa al tiempo que deslizaba su mano derecha rápidamente entre sus piernas. Pedrito intentó hacer lo mismo, pero ella le dijo: “No, eso sí que no”. “Un ratico, nada más”, le decía él. Entonces, tocándole fuerte y a la vez despacito la entrepierna a Pedrito, le contestó: “Solo si me regalas las botas”. Pedrito no se lo pensó dos veces, balbuceó apenas varios sí, mientras la acariciaba notando una cierta humedad que le erizó todo su cuerpo por unos instantes.

Así estuvieron un buen rato en la trinchera de juguete hasta que Glorita se levantó, abrochándose el pantalón y poniéndose la blusa con cierta lentitud felina, mirando cómo Pedrito, medio desnudo, permanecía bocarriba entre los juguetes, algo atolondrado. Ella bajó del montón de sacos, atravesó el almacén un poco más colorada y cruzó la calle mojada, pues mientras jugaban al nuevo divertimento compartido había caído un pequeño aguacero. Caminaba, dando saltitos, con sus zapatos en la mano derecha, pues llevaba puestas sus nuevas botas de agua.

EL TESTIGO DE LA GUARAPERA

Para Mirza & Manolo González

“Dame un guarapo, Tomate” –asimismo me gritó el capitán Lunares– “y date prisa que hoy no tenemos mucho tiempo. No andamos para perder ni un segundo con tanto revolucionario suelto por ahí. No hay tiempo ni pa’...”. Hizo un gesto malicioso con la mano y por un instante se perdió la seriedad de la sala, todos rieron, hasta que el Juez, dando varios mazazos, llamó al orden y exigió silencio, al tiempo que yo continuaba con mi relato: Del Ford se habían apeado tres policías: Lunares y sus dos guardaespaldas. El chófer había quedado al volante, expectante, mirando para ambos lados de la calle. Los otros dos, que se encaminaron a la guarapera, iban vestidos de paisano, llevando sendas ametralladoras. Solo el capitán Lunares iba de uniforme azul policial.

Sí, enseguida –le respondí un poco apurado, a la vez que limpiaba el mostrador con una bayeta mojada. Entonces, cogí un vaso grande, lo enjuagué bien, le puse hielo picado, lo llené de guarapo y se lo serví como le gustaba al capitán. “Pregúntale a Candela qué quiere” –le dijo Lunares a uno de sus subalternos, que vestía de guayabera y pantalón blanco. Este se encaminó al Ford y le preguntó al chófer qué quería. “Dice que un cafecito”. “Ya oíste, Tomate, un café para Candela y lo que quieran estos dos” –me dijo el capitán. Entonces, les pregunté qué querían y me respon-

dieron al unísono que café, mientras no dejaban de mirar algo nerviosos para ambos lados de la calle. “Sí, yo también, debería tomar café porque ayer dormimos poco. Por no decir, nada. Estuvimos por Melena, cazando algunos de esos que están jugando con fuego. Bueno, jugaban, porque esos ya no lo cuentan” —acabó diciendo Lunares, tomándose el guarapo frío, mientras los dos guardaespaldas le reían la gracia.

Eso, señor Juez, fue lo que pasó el último día que vi al capitán Lunares en la guarapera. Él siempre iba acompañado por Fermín Silva, eterno aspirante a representante y por José Antonio Sampetro, delincuente habitual. Los dos eran unos chivatos del Batistato, pero ese día que le cuento solo estaban sus dos guardaespaldas: Orestes Pintado, alias Puñales y Perico Bocachica, alias Negromalo. Bueno, acompañado de tres, si contamos a Candela, el chófer —le dije al Juez un poco atolondrado por el calor de la sala.

“Y el chófer, ¿cómo se llama el chófer?” —me preguntó por primera vez el Fiscal. Bueno, la verdad, yo no lo conocía. Se decía que era de Las Villas, que Lunares lo había traído de Santa Clara. Y oí que lo llamaban “Candela”, como ya dije —le contesté. “¿Usted oyó otro crimen u otro abuso que estos señores cometieran, sobre todo, el capitán Lunares?” —me volvió a preguntar el Fiscal. Figúrese, lo que todo el pueblo sabe. Aquí no se podía andar con camisas rojas porque te detenían. Y, eso sí, te daban una buena ducha de agua fría y unos cuantos golpes con un rabo de toro. También se dice que eso se lo hacían a los borrachos. Ah, y a los invertidos, porque el capitán Lunares le cogió manía a los maricones del pueblo y les daba duro, les hacía la vida imposible. Algunos se mudaron para La Habana. Ah, otra cosa es que nunca pagaba por lo que consumía, por lo menos, en mi guarapera, nunca pagó nada, ni un cen-

tavo. La policía de antes me debe más guarapo y café que el diablo. Bueno, eso es mejor olvidarlo. La verdad es que nunca eché la cuenta, ni siquiera apuntaba, pues pensaba que aquello no cambiaría –terminé diciendo.

Luego el Juez suspendió la sesión y no volví más al Juzgado, pues ya había declarado. Más tarde supe que condenaron a Lunares a un año de prisión, que lo cumplió en La Cabaña, bastante enfermo. Cuando salió en libertad se fue rápidamente para Miami, donde falleció a los pocos meses de llegar. No, lo de Melena no se lo probaron, si no lo fusilaron. Todo era mentira, como casi todo lo que decía. Era puro alarde para meter miedo, pero la verdad es que pudo salir fea la cosa. Como se dice: el tiro por la culata. Ahora, cuando lo trataron mal fue cuando lo detuvieron los primeros días de enero. Por poco lo linchan. En esos días, le di una galleta en pleno rostro a Teodoro pues se paseaba con la gorra de Lunares para que todo el pueblo la escupiese. Era humillante. Sobre todo, Teodoro, un niño bitongo que cuando Batista estaba en el poder no salía ni de su casa, pero nada más triunfar la Revolución se hizo revolucionario, se dejó hasta una incipiente barbita. Pero él ni siquiera compraba bonos. Yo una vez le ofrecí bonos del 26 y por poco se caga en plena calle. No y hasta se hizo miliciano. Figúrate, tú. Bien arreglado está este país con esos patriotas de nuevo cuño, como yo los llamo.

Pero todo esto del juicio ocurrió en los primeros meses del 59, a pocas semanas del triunfo de la Revolución. Como verás no pasó nada del otro mundo. Lo peor vino después. Mira, desde finales del año 1960, la economía cubana cayó en picado, tras las expropiaciones de los grandes comercios (casi cuatrocientas de las más importantes empresas cubanas y extranjeras fueron estatizadas en toda la Isla). Entonces, la inflación se disparó, pero después –peor– ya no

había ni inflación, sino una tremenda escasez de todos los productos e implantaron la tarjeta de racionamiento (que llaman de abastecimiento) en 1962. Ni qué decirte el efecto de estas nacionalizaciones en la clase trabajadora cubana, sobre todo en la más privilegiada, como el sector bancario o los oficinistas y contables del gran comercio con sus mejores salarios y sus condiciones laborales (su aire acondicionado, su horario de trabajo) a los que perjudicó totalmente. Al confiscar toda la banca privada (cubana y extranjera, sobre todo norteamericana y canadiense) y expropiar las grandes empresas, todos estos trabajadores de cuello blanco fueron los primeros perjudicados y muchos optaron por la oposición beligerante o el exilio. Incluso, muchos cayeron presos, como varios dirigentes sindicales de la banca, de la telefónica y de la compañía de electricidad u otros sindicalistas de las grandes oficinas comerciales. ¡Figúrate el panorama del país! En la guarapera yo casi ya no podía vender nada. No había ni caña para comprar y hacer el jugo, no se conseguían otros productos y se inventaron lo del racionamiento y menos mal que apareció el mercado negro (puro capitalismo ilegal). Por eso, yo me fui de Cuba en el 1965 por el éxodo de Camarioca, donde más de 125.000 cubanos viajamos en cuanta lancha o bote flotaba para Miami. Eso sí, para poder irme tuve que entregar la guarapera y mi casa, me hicieron inventario del negocio y de la casa, y el Estado cubano se quedó con todo. Total, si no lo hubiese perdido entonces, me lo hubiesen quitado más tarde, porque tres años después, acabaron con todo el capitalismo cubano con la Ofensiva Revolucionaria de 1968, donde expropiaron (o estatizaron) más de 50.000 medianos y pequeños comercios de ciudadanos cubanos. ¡Y siguió existiendo la tarjeta de racionamiento! Hasta hoy en día que siguen con esa dichosa tarjeta... después de décadas... Pero el pueblo, poco

a poco, se fue dando cuenta de que los gobernantes castristas vivían por encima de sus posibilidades, por encima de sus sueldos (congelados en todo el país desde 1960). ¡Mira, en Cuba, nunca se había visto tanto funcionario corrupto ni tanto ladrón encubierto como estos administradores estatales del castrismo! Y, entonces, fue cuando la gente comenzó a robarle al Estado y ya ves, hoy en día la gente “resuelve” robándole —cotidianamente— a las empresas estatales. O sea, con Batista, los policías no me pagaban los guarapos o los cafés que se tomaban, puro abuso, y con Fidel perdí la guarapera y mi casa, puro robo. Fíjate, cuando salí de Cuba no pude sacar ni un centavo ni ninguna pertenencia personal y llegué a *Estados juntitos* con lo puesto. Primero llegué a Miami, donde trabajé como un mulo y, eso sí, siempre ahorrando, ahorrando... hasta que me trasladé a Chicago donde monté un pequeño cafecito y aquí me ve, pasando frío en esta dichosa y bella *Windy City*. Ahora bien, aunque hoy en día tengo un negocio más grande y próspero que el de Güines, lo cual he logrado con muchos esfuerzos, ¿a que no sabes qué es lo que más extraño, tras tantos años de exilio? Pues, chico, tomarme un vaso grande de guarapo con hielo picadito. ¡Eso era la gloria, mi hermano!

¡ABAJO LA DICTADURA!

*Para Menelito Álvarez Aldaya, Pío Emilio Serrano
y Frank Ortega Chambless*

Tres jóvenes inician la manifestación estudiantil portando una bandera cubana, mientras todos gritan *¡Abajo la dictadura!* El resto de los estudiantes que le siguen, caminan entrelazados por los brazos, sudando incesantemente sus uniformes de secundaria: ese mar de camisas y blusas blancas con pantalones o sayas azul oscuro. Todos marchan despacio, como midiendo los pasos, trazando el camino que tantas veces recorrían y que hoy se les hace interminable, quizá, porque vienen caminando desde el Instituto para organizar un mitin en el Parque Central del pueblo, junto a la Iglesia católica.

“Bueno, las elecciones ya pasaron. Ahora a luchar. Fueron bastante movidas, muy reñidas. Los dos candidatos fuertes estaban bien definidos, pero ganó el más revolucionario” —pensaba Ricardo para sí.

Algunos estudiantes se empujan, otros alargan la vista como queriendo ver qué les aguarda en el parque. Saben que los agentes policiales los interceptarán antes de que lleguen, porque justo en la esquina por la que se supone entrarán, está la fortificada Estación de Policía y estos —por seguridad— no pueden permitir que se acerquen, pero los jóvenes tienen que intentarlo. Quién sabe si en unos minutos más, todos estarán presos o heridos, quizá, hasta habrá algún muerto. Pero tienen que seguir:

¡Adelante! ¡Abajo la dictadura!, grita la masa juvenil desafiando a los uniformados que nerviosos esperan el irresistible choque entre el avance de los estudiantes y las órdenes terminantes de reprimir y abortar dicha manifestación.

—Despacio, compañeros, despacio. Ya estamos cerca. Cantemos todo el himno —y del griterío apenas se escucha: *Adelante, cubano, que Cuba premiará tu heroísmo*. Un grupo comienza a murmurar el entonces poco conocido himno del Movimiento 26 de Julio, pero sus voces son ahogadas cuando la mayoría ruge con el recordado Himno Nacional: *Al combate, corred bayameses*. Se aprietan los cuerpos unidos por los lazos fraternales que forman los brazos jóvenes... *que la Patria os contempla orgullosa*. El público que mira, aplaude y canta: *no temáis una muerte gloriosa*. Y el canto se hace cada vez más fuerte, más alto: *que morir por la Patria es vivir*... Retumba el último verso, y se oye a lo lejos el eco de *vivir, vivir*... Seguido de gritos esporádicos de 26, 26, 26, coreados por unos concluyentes *Revolución, Revolución, Revolución*, al mismo tiempo que llueven octavillas, tiradas por los estudiantes en la calle Maceo, una de las principales del pueblo.

“Menos mal que ganó Juan, él seguro que es del 26. Por lo menos, ese es el rumor. Su discurso fue genial, por algo es de Letras e incluso poeta. Ese mulato habló muy bien. *¡Quieto!* Este caballo pinto está algo nervioso, a lo mejor es batistiano, el muy cabrón. La verdad que es tremenda ocurrencia sacar un caballo en una manifestación, sobre todo para pasear al nuevo presidente. Desde luego que somos revolucionarios”.

En la última cuadra, antes del parque, se ven nítidamente a dos columnas de policías: una vanguardia compuesta por seis agentes con palo en mano y otra detrás (prote-

giendo la estación policial), compuesta por unos tres uniformados azules que hacen extraños gestos desde la acera, alzando sus ametralladoras como para que los estudiantes las vean bien.

“Coño, estamos cerca de la casa de Teresita. Igual me ve. Bueno, que se entere, sobre todo la Revolución, eso —*Revolución*— y si me ve que sepa de una vez que soy opositor”.

Mientras, la policía avanza lentamente hacia el encuentro con los jóvenes. Los gendarmes van serios, sudorosos, pero seguros; son la autoridad. Sus órdenes son estrictas: proteger la estación policial a toda costa y disolver la manifestación, dar unos cuantos golpes para escarmentar a la masa estudiantil y arrestar a unos cuantos, quizá a los más beligerantes para interrogarles y obtener alguna supuesta valiosa información.

—¡Cojones, están armados con Thompson, nos van a acribillar! ¡Que no se mueva nadie! Juan, di algo. Si no podemos llegar al parque, aquí mismo les largamos el discurso.

Durante un larguísimo instante hay un eterno silencio, interrumpido por la voz del joven presidente de los estudiantes del Instituto, que desde el caballo pinto, grita:

—Compañeros, ahí están los esbirros de la tiranía, defensores del déspota que ensangrienta a la nación. Los estudiantes, una vez más, estamos en la vanguardia de esta lucha. Somos, en realidad, el futuro de la patria —y al ver que los policías no avanzan, sino que corren con pistola y palo en mano, termina con un sonoro: *¡Libertad o Muerte!* —que todos repiten, hasta que de repente se siente un brusco tirón y empiezan a avanzar como si estuvieran bailando una contagiosa conga.

Los estudiantes lanzan piedras y botellas a la muralla policial y reparten octavillas entre los transeúntes o paseantes que contemplan la manifestación desde las aceras o las tiran

al aire, quedando regadas por la calle y por los portales de las casas y en las entradas de algunos negocios, hasta que una ráfaga de ametralladora corta el aire y la respiración de todos: policías, estudiantes y público en general.

Al oír tal estallido, algunos estudiantes se separan de la manifestación en el acto, corriendo por las calles laterales, buscando refugios en los comercios o casas cercanas. Otros gritan, tiran piedras, se enfrentan cuerpo a cuerpo con la avanzadilla policial.

Entonces, el presidente de los estudiantes quiere desmontarse del caballo para ir a pelear con los uniformados, pero quienes le rodean lo impiden, desviando el caballo —casi a galope— por una calle estrecha, a los gritos de *¡Abajo la tiranía!*, mientras los policías, ya vencedores del enfrentamiento, se lanzan, casi con alaridos de guerra, contra los últimos manifestantes que quedan desparramados por la calle o en las aceras.

“¿Dónde me escondo, coño? Tremendo golpe me dio ese cabrón en la espalda. Me dio duro el muy hijoeputa. Sé que es conocido del viejo, pero ese me las paga, coño. Creo que vive por el cementerio, pero es tremendo abusador. Bueno, voy a tener que entrar en casa de Teresita. Si me voy ahora para casa, tan cerca del parque, me detienen”.

Nada más llegar a casa de su novia, la divisa en el portal hablando con las vecinas que se asustan al verlo aparecer todo sudoroso y agitado.

—Tere, ¿qué tal? Mira, déjame pasar. Escucha, son unos minutos. Sí, estuve en la manifestación y si hay otra, también estaré. Ahora, dile a tu vieja que me haga un poquito de café, anda. Oye, tienes que ir a mi casa a buscarme una muda de ropa, tengo que cambiarme el uniforme del Instituto.

En ese preciso momento, unos policías empujan la puerta de la calle y entran sin pedir permiso. Inmediatamente

detienen al estudiante, que ve cómo su novia suplica que lo suelten. Pero todo fue inútil, arrastran al joven desde la casa de su novia hasta la jefatura de policía, a varias cuadras de distancia, mientras lo patean y le gritan improperios.

A Teresita solo le queda salir corriendo para la casa de la familia de su novio para intentar iniciar las gestiones por su libertad. Mientras, algunos estudiantes, con el presidente a caballo, corren a toda prisa hacia el Instituto, donde se disuelven al grito de *¡Abajo la dictadura!*

Coda

Estos jóvenes manifestantes quisieron cambiar la Historia, pero no pudieron percatarse de que serían precisamente los hechos históricos que se avecinaban los que les cambiarían sus respectivas vidas para siempre.

¡LAS ARMAS!

Recordando a Chefa y a Niña

A la muchachada de mi barrio (Calles Maceo, Masó, Concha y Cuarteles): Eddy Riol, Víctor y Renán García, Benitín Ocejo, Joel Calleiro, Ramoncito Costa, Oscar y Luisito Estrada, Néstor Mena, Dionelín, Raulito, Vinicio y el fiñe del grupo: Mario “Mayito” Marsans, entre otros

Abrió el armario y comenzó a ver el arsenal que contenía. Miraba las armas lentamente, muy despacio. Se deleitaba en cada detalle hasta estrechar en sus manos cada una de ellas, de una en una, calibrando su medida.

Primero tomó una carabina M-1, su preferida. Luego una ametralladora Thompson, el arma mítica de Camilo. Hasta que optó por un bazuca y más tarde por distintos revólveres y fusiles de diversos calibres. Sin duda, era su pequeño almacén de armas de guerra que limpiaba y mantenía vigilante.

Ese montón de armamento lo había ido coleccionando poco a poco y para él era un conjunto de valor incalculable, muy apreciado entre sus posesiones. Cada día las observaba y revisaba para que todo estuviese en orden.

Pero esa mañana, tenía que ver a Chefa y a Niña, las criadas de la casa. La primera era la mayor, la cocinera, una de las mejores de Güines y la segunda, mucho más joven, era la que limpiaba, lavaba y planchaba. Ellas lo habían visto nacer y él las quería como si fueran de la familia. Tan pronto entraron ellas dos al cuarto, él sacó de una de las cómodas un cofrecito de pirata en miniatura donde tenía guardados sus ahorros. Tomando un fajo de billetes y varias monedas les dijo: “Esto es para ustedes dos, quiero que lo repartan.

Son pesos y centavos cubanos. Este dinero no me servirá en Miami, así que se lo dejo”. Ellas, en un principio, no lo quisieron aceptar, pues decían que él volvería enseguida y que solo se trataba de un viaje de vacaciones, pero al final aceptaron y con el tiempo quedó ese misterio de lo que fue, en realidad, una salida definitiva de Cuba, más que una despedida o un adiós circunstancial.

Aunque esto no fue lo único que hizo antes de marcharse de su patria, también le dejó a su vecino Luisito Estrada una caja repleta de muñequitos⁵ de *Vidas ilustres* y *Vidas ejemplares* con las biografías de Einstein, Newton, Graham Bell y San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola o Santa Teresa de Jesús, respectivamente.

No obstante, Chefa, que rumiaba algo incoherente, le dijo: “Mira, mi’jo, guárdate unos cuantos de estos pesos y como sé que mañana tu Papá va a parar en la capilla de Santa Bárbara, déjale esos pesos a ella. Tú vas a ver que te protegerá en tu viaje, te protegerá toda tu vida. Recuerda siempre que, como tu mamá, tú eres hijo de Changó”.

Y en ese instante, entró la hermana mayor, que había estado atareada todo el día con los preparativos del viaje e interrumpiendo la cordial conversación de despedida, casi gritando, le espetó a su hermano:

—Pero, muchacho, mira qué hora es. Date un baño rápido que tienes que ir a la clase de Inglés, a casa de Hortensia. Eso sí, antes recoge todo este reguero de soldaditos y, sobre todo, todas esas dichosas armas que están en las repisas del armario, junta todo en su caja y ponlo con el resto de tus juguetes. ¡Ah, recuerda que mañana salimos de viaje!

5. Los muñequitos eran muy populares en Cuba. Eran los *comics* o tebeos cubanos, con historietas para niños que dejaron de venderse en los años sesenta, como *Superman*, *Tom y Jerry*, *Batman*, *Roy Rodgers*, *Popeye*, *La pequeña Lulú* y mis preferidos *Los Halcones Negros* que luego se convertirían en *Los Halcones de Oro*

Así, antes de ducharse, ordenó todo el reguero de armas y soldaditos, miró su balón de baloncesto, su guante y dos bates de béisbol (uno verde de majagua y otro de pino blanco), varias pelotas también de béisbol, incluso alguna de trapo, unos patines, un juego de *Monopoly*, su *Álbum Historia de la Revolución cubana* que contenía unas postalitas que se pegaban en unos recuadros donde se narraba cada suceso histórico, hasta que recordó a su bicicleta verde, con un cesto de metal donde llevaba su maleta con los libros al Colegio americano y que tenía aparcada dentro de la bodega La Reina, debajo de la casa.

Dentro del gran armario revisó sus cinco uniformes del Colegio americano (uno para cada día): pantalón crema, camisa blanca con monograma y corbata negra. También tocó el uniforme de gala de ese centro de estudios que se ponía para desfilas por Güines, sus tres *jackets*: uno negro de cuero (tipo motero a lo Marlon Brando), uno reversible (rojo y azul) y el que más le gustaba, reciente regalo de su padre, de aviador norteamericano, que era de un verde olivo intenso con muchos monogramas e insignias militares a colores. Finalmente, le dio poca importancia a su ropa: camisas y pantalones que colgaban de unos percheros, algún viejo traje blanco dril cien, como algunos zapatos. Solo se entretuvo un rato en sus pares de *tenis*, en sus zapatillas deportivas, con las que se pasaba jugando al baloncesto todos los días en la media cancha de la terraza de su casa o en los campos del Liceo o del Coliseo.

Por último, se detuvo —un buen rato— frente a una pequeña estantería donde guardaba algunos de sus libros que le habían regalado familiares y amigos. Era su diminuta biblioteca, pues contaba con apenas algunos ejemplares: Versiones juveniles de *Don Quijote de La Mancha* y *El Principito*; un tomo con la *La Santa Biblia. Antiguo y*

Nuevo Testamento, versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano Varela; un Martí para niños; algunas novelas de Julio Verne y de Salgari, y su entonces lectura favorita: *Amadís de Gaula*.

Fue como despedirse muy despacio de todas sus queridas pertenencias de niño, como repasar un inventario del final de su niñez que siempre tuvo presente el resto de sus días. Con los años, comprendió que acertó del todo al tardar tanto deleitándose en sus propiedades juveniles, porque las perdió para siempre con su salida definitiva de Cuba... Como jamás volvió a ver a sus entrañables amigos del barrio (de las calles Masó, Concha, Maceo y Cuarteles) y del Colegio americano y, sobre todo, nunca pudo reencontrarse con muchos de sus más queridos familiares, como con su abuelo materno Agustín “Tín” Alfonso, su tío Rubén Alfonso, su tía Delia Alfonso y su marido Eusebio Trino, como con sus primos paternos Marcelino y Celestino Álvarez. Todos fueron muriendo en Cuba o en el exilio y jamás los pudo volver a ver, tras estos criminales años de destierro y de separación familiar.

DOS CARTAS DESDE GÜINES

I

Güines, 28 de octubre de 1960.

Sr. D. Felipe Álvarez Alfonso⁶

Hotel Montesol

c/ Montera 25

Madrid, España

Querido Felipín: Esperamos que al recibo de esta, te encuentres bien en unión de tu Papá y tus hermanas. Desde que te fuiste de Cuba, el pasado agosto, somos muchos los que en Güines te echamos de menos, así como a tu padre y a tus hermanas.

Como sabes, este año escolar comenzamos el 6º grado con la profesora Hena Núñez, que te recuerda y envía muchos saludos, así como a toda tu familia.

Sin embargo, es en la clase de Lenguaje, que como recordarás enseña la Dra. Josefa Jiménez, donde decidimos

6. Estas dos cartas existieron: la primera, la recibí a mi nombre en el madrileño Hotel Montesol en la calle Montera en enero o febrero del año 1961, en mi primer exilio español. Entonces, las cartas de Cuba tardaban meses y esta la guardé, durante años, como una reliquia; aunque con tantas mudanzas –típicas de todo destierro– la extravié, pero ya en el 2003. O sea, como siempre la guardé conmigo hasta su desaparición, me la sabía casi de memoria. Por eso, la reproduzco tal como la recuerdo y me la enviaron mis amigos del 6º grado del Colegio *Kate Plumer Bryan Memorial* de Güines, del curso 1960-61. El colegio privado era un centro escolar presbiteriano y se conocía como el Colegio Americano. Fue fundado el 5 de mayo de 1903 y nacionalizado por el Estado cubano en mayo de 1961. Desde entonces, pasó a llamarse Escuela Primaria “Renato Guitart” (un asaltante que cayó en combate en el fracasado ataque al Cuartel Moncada en 1953 y que era sobrino del Director del Colegio). Desde 2011 este centro de estudios está cerrado y su anfiteatro, como el edificio principal, están totalmente en ruinas y en un estado calamitoso. ¡Otro logro de la educación castrista!

escribirte esta carta para que sepas que no te olvidamos, queremos y deseamos que regreses pronto.

Fue esta profesora la que nos recordó que hace un año, tú fuiste uno de los promotores de la carta a nuestra amiguita María del Carmen, cuando sus padres vendieron la Textileira de Güines y regresaron a España, de donde son oriundos. ¿Quién nos iba a decir que un año después te estaríamos escribiendo una carta similar a ti?

Del Colegio: todo sigue igual, con su director Raúl Guítar al frente del mismo, las profesoras Carrión (Mercedes y Hortensia), Hena y Mahelia Núñez, la Dra. Cuesta y su famosa clase de Aritmética, nuestra muy querida Dra. Jiménez y Violeta Espinosa en el Kindergarden.

En fin, te echamos mucho de menos y deseamos verte pronto.

Un gran abrazo, amigo,

Dra. Josefa Jiménez. Tus amigos del Colegio Americano, 6° grado (curso 1960-61): Adelfa Trujillo, Cuquita Ocejo, José Agustín Ortega (Titín), Frank Taracido, Manolito Pernía Carabeo, Roberto García, Pedro González Schull, Maritza Expósito, Magali Trujillo, Carlos Gómez, Máximo Aponte, Annery Santana, Juana Emilia Montes, Julián Ruiz, Cecilia Zamora, César Alejo, Dagoberto Rodríguez Peña, Amelia Daruna, Julio César García, Pedro Díaz, René Izquierdo, Iris Fernández, Juan Onil y Tania Gajano. De otros grados: Roberto Jurado y Mario “Mayito” Marsans.

II

Güines, 8 de septiembre de 1962.

Sr. Felipe Álvarez Álvarez⁷
c/ Monserrate 618 (Parada 15)
Santurce, Puerto Rico

Mi buen amigo Felipe: ¡No sabe cuánto lo echo de menos! Desde que Usted se fue de Cuba, yo seguí trabajando la finca hasta que la expropiaron hace unos pocos meses. O sea, desde agosto del 60 (su salida) hasta principios del 62 pude seguir laborando la tierra, vendiendo sus cosechas y por eso le digo que tan pronto Usted regrese haremos las cuentas pertinentes y le pagaré lo que le corresponde como hemos hecho siempre.

Por suerte, Usted me dejó una casa en el pueblo y su cuñada Delia y su esposo Eusebio se quedaron con la casa de la finca y su terrenito del fondo que les sirve para sembrar y cosechar, y sobrellevar el momento. Yo les ayudo en todo y también saco algo. Le digo esto, porque si yo me hubiese quedado en esa casa, al expropiar la finca me hubiesen echado a la calle, pero esto no lo pudieron hacer con Delia y Eusebio, pues no tenían nada que ver con la

7. La segunda carta la recibió mi padre en Puerto Rico y también la guardó durante años. Yo la leí varias veces y aunque mi padre la perdió, hoy puedo reproducirla de memoria. Mi padre estaba muy orgulloso de esta carta y de su amistad con su socio, el guajiro Benito (el Isleñito) que meses después de escribir esta misiva fue asesinado por un miliciano buscapietos y bravucón de Güines, tras un incidente entre ambos. Después, con los años, en ese terreno confiscado, el Estado cubano construyó un albergue para estudiantes de una escuela básica en el campo, para niños de 12 a 15 años y aunque fueron eliminados en la década de los 90, los albergues han sido ocupados –desde entonces– por cubanos sin casa, provenientes de las provincias orientales.

finca. Gracias a ese terrenito yo le llevo pollos y viandas a sus hermanos Fermín y Joaquín, a sus primos Celestino y Marcelino y a otros amigos del pueblo. Eso sí, tengo que hacerlo a escondidas.

Por lo demás, el panorama nacional está que arde. A mí me quisieron “alfabetizar” unos jóvenes becados del gobierno y tuve que decirles que yo ya sabía leer y escribir, que asistí a la primaria en una escuela rural (de las que crearon los americanos del 98 al 1902, y que luego implementaron los primeros gobiernos cubanos, con el maestro Estrada Palma como mayor impulsor de la educación, en general, pero, sobre todo, de la rural), aunque no pude terminar pues tuve que comenzar a trabajar, desde niño, con mi padre en el campo. Pero, fíjese, quizás recuerde que como yo les llevaba la leche, frutas y viandas casi todos los días, siempre regresaba con un montón de periódicos viejos, como *Diario de la Marina* o *El Mundo* que Usted leía cotidianamente y varios ejemplares de revistas cubanas: *Bohemia*, *Carteles* y *Vanidades*, que sus hijas leían. Pues yo me llevaba esos papeles viejos para envolver los huevos y viandas que vendía, pero antes los iba leyendo uno a uno y gracias a eso me enteré de muchas cosas, aprendí mucho con esas lecturas. Así que seré un guajiro, pero sé leer y escribir desde niño; pues fui a la escuela, aunque no la terminé.

Como cuando vinieron a expropiar la finca, los funcionarios del Estado y los milicianos me querían convencer que Usted era un ogro capitalista y me explotaba, que me pagaba una miseria, etc. No vea la cara que pusieron cuando les conté la verdad de nuestra relación de socios, pues le aclaré que si bien Usted era el dueño de la finca, luego íbamos a un porcentaje cuando se vendían las cosechas (60% para Usted y 40% para mí), pero con anterioridad

Usted sufragaba todo lo necesario: semillas, herramientas, utensilios, abonos, etc. Incluso, todos los meses, Usted me fiaba los mandados en La Reina y yo los pagaba después cuando cobraba alguna cosecha. O sea, que yo no era un guajiro pobre, quizás sin tierra en propiedad y sin salario, pero ganaba muchísimo más vendiendo las cosechas de viandas (papa, malanga, yuca, ñame), de frutas (mango, naranja, limones, ciruelas, etc.) y algunos animalillos (pollos, gallinas, guanajos, guineas), más algún que otro cochinito, un montón de huevos de gallinas, etc., que con un supuesto salario mensual. ¡Nada que comparar! En verdad, era una finca que producía mucho y donde es verdad que yo trabajaba de sol a sol, pero —siempre lo digo, sobre todo, en estos días— jamás he vivido mejor y he ganado más dinero que en esos años de relación con Usted y “nuestra” finca.

Yo se lo decía a mi mujer: ¡cómo echo de menos esa época! Y luego dicen que Usted me explotaba, pero si yo casi era rico con ese 40% anual, pues cobraba a cada rato porque siempre se estaba vendiendo algo y enseguida hacíamos nuestras cuentas. Y ahora, ya ve, la finca ahora es del Estado y a mí me dejaron en la calle, sin trabajo.

Luego se llenan la boca hablando de la Reforma Agraria y de “la tierra para quien la trabaja”, pero la realidad es que al Estado expropiar “nuestra finca” nos perjudicaron a los dos: a Usted porque se la expropiaron y a mí, no me dieron nada, me dejaron sin negocio y lo que es peor, sin trabajo. Además, la finca dejó de producir con lo que hay menos productos para el pueblo, en general. O sea, un desastre...

De la finca, ahorita mismo, no quiero decirle nada, pues cada vez que paso cerca me dan ganas de llorar. Todo el campo está abandonado, los vecinos —los pobres— entran y se llevan toda la fruta que pueden, pero en los campos de

siembra no hay nada: malas hierbas y mucho marabú. Costará meses ponerla de nuevo a producir, pero si nos dejan lo haremos, cuente con ello y conmigo.

Un abrazo de este guajiro de tierra adentro que le estima y admira,

Benito, El Isleñito.

¡SE FUERON Y LO PERDIERON TODO! (MONÓLOGO DE UN SINDICALISTA)

*A los trabajadores del almacén, bodega y panadería La Reina, en el
Güines prerrevolucionario*

Recordando al amigo Antonio López Cruz, “Chigüe”

*Las revoluciones quieren hacer por decreto que en un instante se precipite
el progreso, y nazca el hombre nuevo y surja por encanto la ciudad soñada*

GASTÓN BAQUERO

—¡Es curioso! Antes del 59, los opositores políticos cubanos se exiliaban pero no perdían sus propiedades ni sus derechos como ciudadanos. Incluso, cuando la Isla era colonia española, algunos independentistas fueron deportados a España, enviados a las prisiones peninsulares, pero ni estos ni los que residían como exiliados en Estados Unidos o en otros países, jamás perdieron sus propiedades en Cuba. ¡Claro, entonces, no todo el mundo tenía propiedades! Pero, como bien sabes, muchos de los grandes terratenientes cubanos lucharon contra España desde 1868, y a estos se sumaron muchos abogados, médicos y estudiantes universitarios que terminaron sus estudios en el extranjero. Lo mismo pasó cuando el Machadato: hubo miles de cubanos exiliados en Estados Unidos o en España, en Francia o en Venezuela, la mayoría profesionales que jamás perdieron sus propiedades, porque cuando el dictador Machado huyó y triunfó la Revolución del 33, estos opositores, militantes de las orga-

nizaciones revolucionarias ABC, el Directorio Universitario Estudiantil o el Ala Izquierda Radical, regresaron a Cuba sin problemas y con sus bienes —pocos o muchos— a salvo. Igualmente sucedió con Batista. Después del Golpe de Estado del 52 se exiliaron un montón de profesionales en Miami y en Nueva York, en Madrid o en París, hasta en Caracas y Ciudad México, pero ninguno perdió algún bien que tenía en Cuba, fuese una casa, una máquina, su biblioteca, etcétera. Todos regresaron tras la huida de Batista y el triunfo de la Revolución del 59. ¿Qué por qué te comento todo esto? Porque, precisamente, después del 59 —desde su inicio—, todos los opositores al nuevo régimen castrista que abandonaban Cuba perdían absolutamente todos sus bienes (hasta sus pertenencias más personales) que eran incautados por el Estado. Esta ha sido una constante (de robo estatal) en estas seis décadas de castrismo, hasta hace muy poco, que ya se puede salir del país sin perder tu casa u otros bienes pequeños. Pero desde los años 60 a dos mil algo, todo el que abandonaba Cuba perdía lo que tenía, hasta los animales afectivos (perros, gatos, pajaritos...). Incluso, en los duros años 70, el que deseaba abandonar Cuba tenía primero que trabajar obligado un par de años en la agricultura —para entonces ya estatalizada— y así poder conseguir el permiso de salida. Es decir, no solo robaron a todos los ciudadanos cubanos, tuviesen grandes o pequeñas propiedades, sino que utilizaron una mano de obra esclava durante años. Mira, al inicio del 59, nada más huir Batista, comenzaron a irse solo los batistianos: no solo sus allegados o los militantes de su partido, sino funcionarios, militares y policías del anterior régimen. Después comenzaron a salir los nuevos opositores a la Revolución, a los cuales no les quedaba otra opción que el exilio. Por eso, a inicios de los 60, según la Revolución se radicalizaba, comenzaron a irse muchos activistas cris-

tianos (católicos y protestantes) en su mayoría estudiantes universitarios o de secundaria. También optaron por el destierro una buena cantidad de profesionales: abogados, médicos, dentistas y muchos de los grandes comerciantes. Todos dejaban sus casas, sus consultas, sus negocios y hasta las oficinas intactas, que más tarde —poco a poco— fueron confiscadas por el Estado cubano. Aquí en Güines, desde 1959, la mayoría de las familias —de entonces— lo abandonaron y lo perdieron todo. Mira a mi primo Ramón, profesor de Secundaria, escritor y poeta, Doctor en Pedagogía y en Filosofía y Letras por la Universidad de La Habana, fundador de revistas literarias. Él ya era Catedrático en el Instituto N° 1 de La Habana, tras ganar una reñida Oposición y se había comprado su casita, muy moderna y linda, en el Nuevo Vedado habanero, y lo dejó todo: la casa, su máquina, sus muebles, su biblioteca (¡cómo lloraba por su biblioteca!) y salió en 1960 y, como ya sabes, falleció en Puerto Rico en 1966; sus hijas siguen en Miami y jamás han vuelto a Cuba. Casos como este hay miles: médicos o dentistas que dejaban sus casas y sus consultas intactas, abogados y notarios que dejaban sus bufetes o sus propiedades, maestras que perdieron sus casitas, campesinos que perdieron sus tierras... Ese es un caso, cercano, familiar, pero hay cientos de miles de familias cubanas que lo perdieron todo. Cientos de miles de cubanos que confirman el abuso y el robo a mano armada que han supuesto todos estos años de Revolución. No obstante, lo que aquí pasó es lo se ha llegado a denominar como “la Revolución del callo”. O sea, cuando en el 59 se exiliaron y perdieron sus bienes los bautistianos, casi nadie protestó. Luego en los 60, cuando abandonan Cuba los grandes comerciantes, los terratenientes, es decir los más ricos, aunque también salieron muchos estudiantes y profesionales de clase media (piensa que de seis

mil médicos que había en Cuba, tres mil se fueron en esos años iniciales), nadie protestó. Es decir, que cuando confiscaron bienes a los grandes comerciantes, los medianos o pequeños creyeron que la cuestión no iba con ellos, incluso alguno se habrá alegrado, hasta que en el año 68 les tocó su turno y todo el comercio interior (todavía en manos privadas) fue confiscado en la demoledora y destructiva Ofensiva Revolucionaria, pasando a manos del Estado cubano el ciento por ciento de todo el comercio de la Isla. ¡Ya en esa fecha no quedó nadie para protestar! Lo que me recuerda un conocido poema del poeta alemán Bertold Brecht. Pero, fíjate, el exilio cubano —en estas seis décadas— se configura como una de las constantes más características de la Revolución y uno de sus mayores crímenes. El régimen castrista, impuesto por las armas en 1959, siempre ha utilizado el abandono del país a su favor. Su consigna se puede decir que siempre ha sido: “A enemigo que huye, puente de plata”. En eso han sido muy maquiavélicos, siempre usaron la salida del país como una olla a presión; aunque, en realidad, se han convertido en los más grandes criminales que ha dado toda la Historia de Cuba. Piensa en las oleadas masivas de exiliados cubanos: desde los batistianos en el 59, la burguesía en los 60, la salida por el puerto de Camarioca (1965), los vuelos de la Libertad, los miles de cubanos que viajaron a España (a finales de los 60 e inicio de los 70) para saltar a Estados Unidos hasta la estampida de 125.000 cubanos por el puerto del Mariel (1980), la crisis de los balseiros en los 90, los treinta mil que llegaron a la Base de Guantánamo, los miles que aún siguen huyendo en las dos décadas que van del 2000 y algo... Y así hasta nuestros días, el exilio jamás ha cesado. Cuba se ha desangrado —y se desangra— desde el 59. Desde el triunfo de la Revolución, nadie ha podido vender nada e irse: si se iba, lo perdía todo. En 1960, para viajar, ¡solo podías sacar diez dólares! Des-

pués ni eso, además de tu ropa personal y poca. Hay escritores que no pudieron sacar libros de su autoría o les fueron intervenidos en la Aduana cubana, como le sucedió al poeta Lorenzo García Vega, que llegó a Madrid desolado porque le incautaron varios títulos que él había publicado en Cuba. ¡Otro abuso! Luego, con las primeras intervenciones de negocios, al principio la gente pensaba que se lo iban a quitar a los legítimos dueños para que lo administráramos los trabajadores. Pero nada más alejado de la realidad. Tan pronto el Estado confiscaba una empresa privada, inmediatamente nombraba a un nuevo administrador estatal, que en aquellos años 60 eran con toda seguridad militantes del entonces partido comunista cubano, que se llamaba Partido Socialista Popular (PSP). Incluso, este nuevo administrador venía de otra provincia e imponía una nueva disciplina laboral y administrativa muy diferente a la del anterior dueño, que era más cercana y familiar. Recuerdo que en la Compañía de víveres La Reina, donde yo trabajaba, lo primero que hizo el administrador estatal fue suspender todas las prerrogativas que mantenía el legítimo propietario, como adquirir comestibles fiados y pagarlos al fin de mes. ¡Suspendió hasta la caja con víveres que se regalaba por Navidades a todos los empleados! Esto y el trato despectivo con ínfulas de gran capataz, lograron que odiáramos a muerte a aquel interventor. Fue cuando nos dimos cuenta de que el Estado era el nuevo dueño y ¡un dueño peor! No sabes cómo echamos de menos al anterior dueño... Yo había sido dirigente sindical en Güines, del Sindicato de los Dependientes, es decir, representaba a los empleados del comercio privado. Después del triunfo revolucionario fui miliciano y fui uno de los empleados que pidió la intervención estatal de La Reina a finales del 61 o principios del 62. ¡Ya no me acuerdo bien, han pasado tantos años! Y esto, a pesar de que su

dueño se había ido en el 60. Durante esos años seguimos trabajando como empresa privada, incluso las dos criadas (cocinera y limpiadora) acudían todos los días a trabajar en la casa del dueño que estaba arriba del negocio. Esto siguió así hasta que el Estado confiscó todo: negocio y casas. Digo casas pues originalmente eran tres casas que su dueño unió por dentro y la inscribió como una casa en el Registro de la Propiedad, años antes del triunfo de la Revolución. Después intervinieron y, más que quitarle el negocio al dueño, que se había ido para el exilio, en realidad, nos lo quitaron a nosotros. ¿Por qué no nos dejaron organizarnos como una cooperativa o trabajar el negocio en autogestión? Nada de eso, se impuso la estatización: el capitalismo de Estado. Lo primero que hicieron fue destruir el gran mostrador de caoba que caracterizaba la bodega. ¡Demencial! Después se llevaron los camiones para La Habana y, al final, cerraron la bodega, incluso el almacén se usaba para guardar algún que otro tarreco, pero en realidad ha estado años inutilizado. Solo se salvó la panadería que siempre ha funcionado, aunque – créame – jamás han vuelto a producir un pan y unas galletas como las de La Reina. ¡Hasta de La Habana venían a comprar! Además se hacían unas empanadas gallegas y se asaban unos lechones y guanajos de película. Con los años pasados, yo solo me pregunto, ¿para qué sirvió aquella confiscación si años después la bodega y el almacén permanecen cerrados y la panadería dista muchísimo de brindar un pan y unas galletas que gusten, que tengan calidad? ¿Para qué sirvió ese robo? A nosotros, los trabajadores, no nos benefició. Seguimos ganando lo mismo en lo que han dado por llamar “socialismo” que durante el capitalismo. En Cuba, se congelaron los salarios desde los 60 con la novedad de que si en el capitalismo no nos llegaba para finalizar el mes, con el seudosocialismo es peor, porque no hay qué comprar, no hay en qué gastarlo. Por suerte, más que el

racionamiento, lo que mejor ha funcionado en este país es el mercado negro (que es puro capitalismo encubierto) y no digamos el trueque, el robo al Estado, el resolver cotidiano como sea. Más bien, pasamos a trabajar —con el mismo salario— para un despótico administrador estatal y un nuevo dueño: el Estado, que al final cerró la bodega y el almacén. Casi los treinta empleados, salvo los de la panadería, nos quedamos en la calle, tuvimos que conseguir otros trabajos o algunos irse del país. Hasta las dos criadas se quedaron sin empleo, una de ellas, la más vieja, la pobre, murió al poco tiempo y fue uno de los más grandes entierros que yo recuerde en Güines, fue hasta el gato. Quizás, al asistir al cementerio, la gente recordaba a la familia para quien había trabajado casi toda su vida y que ahora estaba en el extranjero. ¿El saldo? Que casi todos los oficinistas, entre ellos, el contable y los dependientes de la bodega se fueron de Cuba, optaron por el exilio. Incluso, hasta algún camionero o cargador de sacos se fueron del país. Lo que conforma un buen retrato de la realidad cubana con la Revolución: no solo el dueño y su familia se fueron de Cuba y lo perdieron todo, sino que —con los años— también se fueron exiliando casi todos los trabajadores, que se supone que hubiesen sido los más beneficiados y resultaron tan perjudicados —o más— que el dueño y su familia. ¿Que si me arrepiento de haber pedido la intervención estatal de La Reina? Pues, si te soy sincero, en ese momento creía que era lo mejor, pues el dueño se había ido de Cuba y me creí esa gran mentira de que la empresa sería del pueblo, de que nosotros —los trabajadores— seríamos los dueños de nuestro medio de producción y hasta pensábamos que las posibles ganancias serían para nosotros. Pero la cruda realidad fue que el nuevo dueño pasó a ser el Estado y más que ganancias, cerró el negocio, nos quedamos en la calle y lo más grave es que perdimos

todos los derechos laborales que los trabajadores cubanos habíamos conquistado con muchísimo sacrificio y luchas sindicales desde la Revolución del 33 y con la gran legislación laboral de los gobiernos auténticos, con los presidentes Grau y Prío Socarrás, en los años cuarenta. Así, que hoy día, sí puedo decirte que me he arrepentido de haber apoyado esa intervención, ese intento fallido de instaurar el socialismo en Cuba, no solo porque nos perjudicó a los trabajadores, sino por el dueño, al que conocí, respetaba y admiraba. Era un hombre hecho a sí mismo, muy duro, pero muy inteligente, que trabajó toda su vida como un mulo. Llegó a Cuba, como emigrante, con trece años. O sea, era casi un niño que dejó su aldea asturiana para radicarse en el Güines de 1910. Nada más llegó comenzó a trabajar en una bodega que ya era de sus dos hermanos mayores y otros primos asturianos. El primer año como “aprendiz”: no ganaba sueldo, solo la comida, ropa y dormía en la trastienda. Cuando al año comenzó a ganar un sueldo, no lo cobraba, lo reinvertía en el negocio y así se hizo enseguida socio capitalista de la bodega “familiar”. Con veinticinco años se estableció por su cuenta con una pequeña bodega en Leguina, el barrio más pobre de Güines y fue invirtiendo, comprando casitas, solares. Hasta que en 1935 construyó el edificio de La Reina en su lugar actual y se convirtió en uno de los comerciantes más prósperos de Güines, como minorista (bodega) y mayorista (almacén), además de la panadería. Ya en el 59 se compró otro gran almacén en la entrada del pueblo, al lado de una fábrica de conservas, por la calle Habana, para guardar los camiones de La Reina y almacenar más víveres. También era dueño de dos fincas rústicas: una, más pequeña en las afueras del pueblo, yendo para la playa del Rosario, que se la llevaba un guajiro llamado Isleñito con su mujer y un montón de hijitos, y producía papa, viandas y muchas frutas, y otra más grande, que se dedicaba

a la caña de azúcar, que la atendía un administrador en la provincia, cerca de La Habana. Pero era un hombre que no hacía ostentación, vivía requetebién, pero sin lujos. Yo sé que tenía dinero fuera de Cuba, pues siempre le enviaba cheques a un hermano en Madrid, pero lo que perdió aquí fue muchísimo más. En el 78 me enteré que falleció en Puerto Rico y se decían muchas cosas: que si había abierto una gran panadería en San Juan, que si invertía en Bienes y Raíces, que si era prestamista, incluso llegué a oír que le fue mal económicamente en el exilio. Pero, oiga, ¿cómo le va a haber ido mal, si lo que me consta es que jamás trabajó en el exilio, durante dieciocho años (desde 1960 al 78) con tres hijos que tenía? El hombre a lo que se dedicó fue a vivir de su dinerito, como si se hubiese jubilado. Él abandonó Cuba con 63 años. Era joven, pero para comenzar de nuevo quizás ya era mayor. Lo que sí me consta es que tenía ahorros fuera de Cuba: en España, Canadá y, sobre todo, en Estados Unidos. Él viajaba mucho a Miami y en 1952 estuvo meses de vacaciones por España y se compró el prado Maganes en su aldea natal de Vallecillo, en Cangas del Narcea. O sea, él siempre enviaba dinero fuera, mientras pudo. ¡En eso fue previsor! A partir de enero del 59 no pudo sacar ni un quilo más. Por todo esto que te comento, quienes trabajamos para el “Tío” —que era como le llamábamos—, añoramos La Reina de aquellos años 50 y principios de los 60 hasta que el Estado cubano confiscó todo. Era un tremendo negocio con una vitalidad y pujanza comercial de primera línea, con cinco camiones: una rastra, un camión con frenos de aire y tres más normales. Todos Dodge y Ford. También había una furgoneta para el reparto, una máquina que utilizaba un comisionista para visitar a clientes en otros pueblos de la provincia, pues había otro comisionista que trabajaba Güines en bicicleta. En la panadería había dos carromatos con ca-

ballos (uno blanco y otro carmelita) que repartían el pan por todo el pueblo, sobre todo a pequeñas bodegas. Luego estaba el ambiente de trabajo, magnífico, como cuando se celebraban las Navidades con cantidad de productos españoles: turrónes, sidra, etcétera. Y se adornaba todo el establecimiento. Hasta las fiestas que se organizaban cuando algunos de los hijos del dueño cumplía años o para celebrar alguna fiesta patria. ¡Tremendas comilonas! Como éramos casi treinta los trabajadores se asaba un par de lechones grandes y se acompañaban con abundantes frijoles negros y arroz blanco, con mucha yuca y ensalada de lechuga, tomate y cebolla cortada finita con rabanitos. Eso sí, mucha cerveza fría, preferentemente Hatuey, Polar o Tropical que se ponían a enfriar en unos enormes latones llenos de pedazos grandes de hielo. ¡Banquetes como estos no se volvieron a ver jamás en Güines! Bueno, miento. Sí, con posterioridad, hubo un caso muy curioso. Estábamos en plena crisis de los cohetes en 1962 y el nuevo Alcalde (comunista del PSP) organizó un banquete similar para celebrar los quince de su hijita. Solo que a la abundante comida criolla añadió un gran *cake*, dulces y una piñata. Todo se celebró en el salón a la entrada de la panadería La Reina —que ya había sido confiscada y pertenecía al Estado— con la asistencia de muchos invitados, amiguitos de la quinceañera, pero también con la asistencia de algún gerifalte de la nueva ola revolucionaria que conmovía al país. Pero lo más importante de esta anécdota fue que esta fiesta creó tanto malestar en el pueblo que jamás se atrevieron a organizar algo similar. Toda Cuba podía saltar por los aires, por la crisis de los cohetes, y estos señores celebraban banquetes con toda impunidad. Fue el período de mayor soviétización de Cuba (no solo por la instalación de los cohetes, sino por la presencia de miles de soldados y técnicos soviéticos y la copia burda de ese modelo) que propició mucho descontento na-

cional. En ese mismo año, en una noche de agosto del 62, fusilaron en la Fortaleza habanera de La Cabaña a cuatrocientos oficiales y suboficiales del Ejército Rebelde porque organizaban un complot contra el régimen castrista. También —ese año— se estrenó el racionamiento y la escasez comenzó a ser algo cotidiano. Nada, lo de ese Alcalde comunista fue cosa de nuevos ricos, de la nueva clase. Parafraseando una clásica cita de Marx, sobre la política, te diré que la Revolución cubana fue “el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados”. ¡Este es un buen resumen! ¡Claro, que esto no lo dijo Carlos, sino Groucho! ¡Y pensar que todavía dura la cartilla de racionamiento! Han pasado cincuenta y cinco años desde el 62 y en Cuba no hay socialismo ni un carajo. ¡Ni siquiera dictadura del proletariado! Más bien, ¡Dictadura *sobre* el proletariado! Ahora los nuevos ricos, aquí en Cuba, son los jefes militares y los dirigentes del Partido único que no sé de dónde han sacado el dinero porque de su sueldo, imposible, así que no queda otra cosa que pensar que lo han robado, que lo han obtenido mediante la corrupción, robando al Estado, robándole al pueblo... Aquí, cuando la Revolución se radicalizó —a finales del año 60— lo que se copió fue el modelo soviético. Aquí no se construyó el socialismo, sino el más puro y duro estalinismo. La gran paradoja es que, en 1960, en la URSS se venían haciendo reformas económicas, desde el 53, para liberalizar la economía, eliminar el centralismo, el colectivismo y desinflar al Estado soviético. En Cuba, el socialismo que se construyó fue igual a estatismo, se eliminó todo el comercio privado y toda la propiedad privada. En esto ayudaron mucho los viejos comunistas del PSP que era el partido más estalinista de toda América Latina. Claro, como resultado, el totalitarismo arruinó la economía cubana (des-

truyeron el comercio privado y el sector estatal nunca ha funcionado). Lo más grave es que destruyeron un país, pero, también ese estalinismo-castrismo fue lo único que les ayudó a preservar el poder todas estas décadas... Mira, la gran paradoja que encierran estas décadas de castrismo es que los trabajadores cubanos son mucho más explotados por el actual capitalismo de Estado (bajo el eufemismo del socialismo) que por el capitalismo privado que aún existía en 1960. En resumen: Esta transformación social radical, que eliminó y expropió a la burguesía nacional y a propiedades extranjeras, se puede contabilizar como un *doble robo*: primero, robaron a los propietarios cubanos (grandes, medianos y pequeños) y luego a los trabajadores de este país, a todos, porque les han estado –y siguen– robando, apropiándose de sus plusvalías y hasta de sus salarios, congelados desde 1960. Mira, con el capitalismo privado, los trabajadores cubanos teníamos derechos y conquistas laborales y, al menos, un salario, más o menos digno, pero, sobre todo, había qué comprar: existían muchos y variados productos, y muchísimas mercancías de óptima calidad. Pero para mí ya es muy tarde, yo ya estoy jubilado, cobrando hoy lo estipulado en los años 60: ¡Una reverenda porquería! Yo ya estoy cansado de tanta desilusión: Este pueblo se merecía otro destino, otro final, por sus sacrificios, por sus ideas, por su lucha de estos años. Yo ya estoy muy viejo como para viajar, si no, me iba de este país de mierda. ¡Conejones!



La Reina, Compañía de Víveres Felipe Álvarez, S. A., era una sociedad anónima que se componía de la bodega, la panadería y el almacén de víveres. Su administrador era Felipe Álvarez Álvarez (el dueño), su presidente Raúl Vázquez y el tesorero Rubén Alfonso Díaz. El contable se llamaba Homero Llerena, los oficinistas: Memo y Alexis Vázquez, Doris Álvarez, Rubencito Alfonso "Pichín". Dependientes que atendían el mostrador de la bodega: Rubén Alfonso Díaz, Julito Castillo, el "Gordito" (que se ahorcó), Lázaro. René era comisionista provincial y Mario González, el comisionista de Güines. El repartidor de la furgoneta se llamaba Perico, llevaba los pedidos pequeños que se hacían por teléfono o que le encargaban al comisionista local. El encargado del almacén era Celestino González. Los camioneros se llamaban Humberto y Pintado, entre otros. Los cargadores y descargadores de víveres: "Pelotón", "Culo de Buey", el negro Orlando, Miguel y varios más. En la panadería, el administrador era el gallego Bautista, los panaderos: Pipián, el Chino (que tenía como ciento tres años, según decían), el asturiano Gumersindo, Palenzuela y Antonio López Cruz "Chigüe" que era el trabajador más joven.

ENTREVISTA A UNA HEROÍNA

*Para Olga Marrero, in memoriam*⁸

quien controla el presente... controla el pasado

GEORGE ORWELL

—Sí, yo luché contra Batista, como algunos cubanos. En realidad, pocos, porque hasta los comunistas se metieron debajo de la cama y solo se incorporaron a la lucha armada cuando ya casi se sabía que Batista iba a caer. Y al final, ni cayó ni lo tumbaron, se fue de Cuba y, por esa huida, triunfó la Revolución. Eso sí, quienes luchamos contra la tiranía batistiana lo hicimos para restaurar la democracia y la Constitución del 40. Aquí en Güines algunos éramos simpatizantes del 26, otros jóvenes estudiantes lo eran del Directorio Revolucionario, pues estudiaban en la capital, en la Universidad. Pero, como te digo, los pocos que luchamos lo hicimos pensando en la libertad; no para lo que vino después...

—¿Te refieres después del 1º de enero de 1959, después del triunfo de la Revolución?

8. Olga Marrero fue una enfermera muy querida en Güines en las décadas de 1950 y 1960. Recorría todo el pueblo con su automóvil atendiendo a sus pacientes. En los 60 fue detenida por sus actividades anticastristas y procesada en un juicio público en el Casino Español de Güines (en la causa del guerrillero güinero Filiberto Coto Gómez, alias "El Pipero" que fue fusilado en 1962). Olga cumplió 12 años de presidio político en la cárcel para mujeres de Guanajay, que en esos años pertenecía a la provincia de Pinar del Río. En prisión, gracias a su reconocida profesionalidad, atendió y salvó la vida a muchas de sus compañeras. Murió ya viejita en Güines, recordada por todos. Esta entrevista jamás existió, aunque es un claro homenaje a su persona y trayectoria cívica: una cubana ejemplar.

—Exacto, aunque esos primeros meses fueron fantásticos, con mucha ilusión y apoyo popular. A veces, pienso en el primer gabinete del Gobierno Revolucionario del 59 y te das cuenta que fue uno de los más preparados y brillantes que ha tenido Cuba; solo hay que recordar algunos nombres: el juez Manuel Urrutia como Presidente de la República, el profesor universitario Roberto Agramonte, los economistas Felipe Pazos y Rufo López Fresquet, los abogados Miró Cardona y Humberto Sorí Marín (que después sería fusilado en el 61), la activista social Elena Mederos o la ortodoxa Pastorita Núñez y los ingenieros Manolo Ray y Enrique Oltuski, etcétera. ¡Todos socialdemócratas! ¡Y todos estos excelentes profesionales pertenecían a la más progresista burguesía cubana! Burguesía que luego fue eliminada y perseguida como los judíos en la Alemania nazi. O sea, este aniquilamiento de una clase social, enterita, sucedió en la Cuba de los años sesenta y aunque algunas leyes como la primera Reforma Agraria fueron justas, pronto comenzó la debacle. Primero impresionaba la facilidad para fusilar (aunque la verdad es que comenzaron a matar en México, antes del Granma, y no digamos en la Sierra, donde fusilaron o ajusticiaron a varios posibles chivatos, la mayoría guajiros pobres de la zona). Pero después del 1 de enero, en los primeros días, comenzaron fusilando a militares batistianos, aunque, fíjate, a ningún funcionario o político del régimen anterior, solo a militares; más bien a soldaditos. Pero qué pasó, que a los meses, comenzaron a fusilar a revolucionarios que habían luchado contra Batista y, ya a partir de 1961, a jóvenes católicos, a muchachos cristianos. Eso, sí, no fusilaron a ningún general batistiano ni a ningún ministro del anterior régimen, la mayoría de los fusilados, en 1959, fueron soldaditos, casquitos (como se les llamaba) y algunos cabos o sargentos. De altos oficiales del Ejército recuerdo solo al coronel Rojas de Santa Clara y al comandante Sosa Blanco (cuyo juicio se celebró

en el Palacio de Deportes de La Habana y fue retransmitido por radio y televisión a todo el país) o a los comandantes Bonifacio Haza y Juan Chipi, Jefes de la Policía Nacional de Santiago de Cuba y Pinar del Río, respectivamente. Los demás fusilados fueron soldadesca: en su mayoría mulatos, negros y algún chino cubano.

—¿Cómo comenzó la radicalización de la Revolución o su giro hacia el socialismo y la instauración de un régimen comunista en la Cuba de los años sesenta?

—Comenzaron eliminando el *habeas corpus* en los primeros meses del 59 y luego eliminaron la prensa libre, las emisoras de radio privadas, así como los canales de televisión y comenzó la estatización global. Todo fue pasando al Estado: periódicos y revistas, radio y televisión. Se admitió un solo sindicato gubernamental (obrero y estudiantil) y se comenzó a trabajar en un Partido único en el famoso gobierno secreto (dentro del propio Gobierno) que luego se convertiría en las ORI⁹ y en el inicio de la burda copia del modelo soviético en Cuba. Es curioso, que cuando Kruschchev comenzaba el deshielo y la liberalización económica en la URSS, en Cuba se implantaba el modelo soviético más férreamente estalinista. O sea, cuando en la URSS estaban desmontando el estalinismo, el castrismo comenzó a copiar el modelo estalinista soviético. ¡Fueron más leninistas que Lenin! ¡Más estalinistas que Stalin! Incluso, hicieron una NEP al revés con la Ofensiva Revolucionaria en 1968 cuando eliminaron todo el comercio privado en Cuba. ¡Y menos mal que no lograron abolir el dinero ni la propiedad privada del todo, aunque lo intentaron, porque ahora estaríamos

9. ORI: Organizaciones Revolucionarias Integradas, conformadas por el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de marzo y el Partido Popular Socialista (comunista).

desnudos y comiendo hierba! Ya desde 1961 hubo una especie de soviétización de nuestra Isla, cuyo momento más álgido fue en 1962 con la crisis de los cohetes, con la presencia de más de cincuenta mil soldados rusos y de armas atómicas en Cuba. ¡Estuvimos al borde del abismo nuclear!

—¿Por eso comienzas a conspirar y te integras en la oposición anticastrista?

—En aquella época había un hervidero de organizaciones anticastristas, yo me integro a mediados de los 60 en el Movimiento Demócrata Cristiano (MDC), fundado por un nutrido grupo de profesionales liberales católicos en La Habana, a principios de 1959. Como enfermera me encargo de suministrar medicinas y alimentos a las incipientes guerrillas que pulularon por Güines, como la del Pipero, y hacía trabajo de clandestinaje: llevar mensajes, confeccionar y repartir octavillas, esconder o trasladar a algún militante, etcétera. En general, la oposición anticastrista siempre fue pluralista y sumaba a casi todo el abanico político cubano —como puede comprobarse con la historia del presidio político y con la configuración plural del exilio—. Éramos militantes de todas las ideologías: desde socialdemócratas a demócrata cristianos, de liberales a conservadores y de trotskistas a anarquistas. Miles de activistas cristianos: católicos o protestantes (evangelistas, Testigos de Jehová —los más perseguidos— presbiterianos) hasta oficiales del Ejército Rebelde, líderes sindicales y muchísimos estudiantes universitarios y de Secundaria. Incluso, a partir del 68 fueron muchos los jóvenes y veteranos marxistas que pasaron a la oposición con la Microfracción (comunistas del PSP) y luego, a finales de los 70, se desarrolla una nueva estrategia de lucha pacífica con la defensa de los Derechos Humanos en Cuba.

—Esa lucha armada contra el castrismo, ¿se desarrolla, en todo el territorio cubano, con una mayor participación que la insurrección contra Batista?

—Sí, exacto. Parece mentira, pero hubo más participación popular y muchas más organizaciones revolucionarias, muchos más militantes en la resistencia y en el clandestinaje urbano anticastrista y muchísimas más guerrillas contra Castro —y de hecho más guerrilleros— que contra el Batistato. En realidad, se imitó la lucha armada contra Batista y salvo el ataque a cuarteles, en las ciudades y en las montañas se operaba igual que en la insurrección antibatistiana. Lo cual fue un error tremendo porque con un régimen totalitario no hay posibilidades de oposición efectiva y menos la bélica. Por ejemplo: Desde 1959 a 1966 murieron miles de guerrilleros anticastristas, en su mayoría campesinos, en la zona del Escambray, pero también en cuanta loma hay en Cuba. Fíjate, aquí en Güines se alzó Filiberto Coto Gómez, alias “El Pipero” que fusilaron en 1962. ¡Ya no cabía un solo alzado más! Hubo una saturación de guerrillas, a quienes el gobierno —para denigrarles— llamaba “bandidos”, copiándolo de la URSS. No obstante, si se hubiese hecho más hincapié en reforzar el clandestinaje urbano, este hubiese sido muchísimo más eficaz que tantos alzados que al final fueron cazados como topos.

—De todas maneras, ¿en ese inicio de los años 60 hubo un gran apoyo popular a la Revolución?

—Correcto, pero eso sucedió más por los hechos o sucesos que por las ideas. No fue por un ambiente de izquierda o de actitud socialista por parte de la población, sino porque las medidas —las primeras leyes revolucionarias— fueron ra-

dicalizando el proceso. Primero, la Reforma Agraria benefició a muchos guajiros a quienes se les otorgó título de propiedad de las tierras concedidas por el Estado, aunque con la posterior Reforma Agraria de 1963 se les expropiaron y confiscaron esas tierras. Luego, con la Reforma Urbana, se rebajaron los alquileres al cincuenta por ciento (aunque esta medida afectó y perjudicó no solo a los grandes propietarios sino a los medianos y pequeños o a quienes tenían una segunda casa para vivir de ese alquiler), el coste de los recibos de la luz y el agua pasaron a ser ínfimos, se universalizó la gratuidad de la educación y de la salud, aunque esto se hizo al tiempo que se eliminaba toda la enseñanza y la medicina privada. Con estas medidas, una gran parte de la población se vio favorecida y, para más *inri*, el Estado cubano comenzó –como regla general– a repartir las casas (o bienes, como automóviles, etcétera) de los que se iban para el destierro. En concreto, quien recibía una casa –de manos del Estado– no quería ni por casualidad que el gobierno cayese, porque temía perder su actual vivienda, que podría ser reclamada por su anterior y legítimo dueño. Esto es lo que ha pasado –y pesado más– en Cuba, que el castrismo ha repartido cientos de miles de casas que no ha construido ni eran suyas, en vez de realizar una labor de construcción pública, con lo que se ha desembocado en la gran problemática habitacional que hoy aqueja a la sociedad cubana. Fíjate, según las estadísticas gubernamentales, se habla de un déficit de 800.000 viviendas, pero seguro que llega al millón de casas que se necesitan. Desde hace años, salvo al inicio de la Revolución con la ortodoxa Pastorita Núñez, apenas se han construido viviendas, más bien se optó por el camino más fácil –y rentable, desde el punto de vista político– de repartir las casas de los que se van al exilio. En ese sentido, Cuba entera es un pueblo *okupa*, aunque ya con

Raúl en el poder se le ha entregado el título de propiedad a algunos que vivían en esas propiedades ocupadas, pero, ¿qué ha pasado? Que, como gran paradoja, muchos de esos nuevos propietarios han comenzado a vender su casa para irse al exilio. Y esto es tremendamente demoledor y una señal del gran descontento popular que existe en la actualidad. ¿Cómo, si el Estado –después de casi seis décadas de prédica “socialista” o “comunista”– le regala la propiedad de una casa a un ciudadano de a pie (supuestamente “revolucionario”) y lo primero que este hace es venderla para irse del país? ¡Este es un claro ejemplo de que algo huele a podrido en Dinamarca! Pero, te insisto, sin esas medidas –incluida esta última de poder vender las casas que te otorga el Estado cubano– que siempre favorecieron a una parte del pueblo, el régimen del 59 no hubiese durado ni horas. Con esgrimir solo las ideas comunistas no hubiesen triunfado.

–¿Cuándo se eliminó la economía de mercado en Cuba?

–Fue un proceso que comenzó poco a poco. Desde 1959 se exiliaron muchos cubanos pero a partir de mediados del 60 fue que comenzó una gran estampida. Se iban profesionales liberales y comerciantes, propietarios y muchos estudiantes, y dejaban los negocios, las casas, las fincas, las fábricas... Es decir, antes de que el régimen comunista tomase alguna medida de expropiación, parte de la burguesía se fue, abandonando todos sus bienes al nuevo Estado. Después, desde octubre de 1960 a 1968, lo que pasó fue que el Estado cubano expropió los negocios o las empresas (grandes, medianas o pequeñas) a sus legítimos dueños que, en gran mayoría, eran ciudadanos cubanos, aunque

muchísimos comerciantes eran españoles, judíos, libaneses y norteamericanos, los menos. Fue una locura y un despropósito. Muchos de esos negocios se cerraron y se destruyeron, no hubo más comercio privado en Cuba. Todo era estatal, todo muy orwelliano y hasta kafkiano. Mira, Güines fue declarada “Ciudad piloto del socialismo en Cuba” y se comenzaron a “ensayar” una serie de medidas que fueron un puro disparate. Por ejemplo, se cerraron todas las barberías de hombres y las peluquerías de mujeres que salpicaban todo el pueblo y las unificaron en dos consolidados, en unas grandes naves a la entrada del pueblo. Antes, si un hombre o una mujer deseaban pelarse, iban a la barbería o peluquería más cercana a su casa, pero desde que se crearon esos consolidados estatales había que caminar medio pueblo para llegar a destino. O sea, que de aquella “ciudad piloto del socialismo” no quedó nada, no construyeron nada: ni socialismo ni nada que se le parezca; ni siquiera ha quedado la ciudad, más bien sus ruinas y... piloto, como dice un chiste por ahí, se exilió hace años... Pero, te recalco, ¡aquí destruyeron totalmente la libre empresa! ¡Acabaron con el comercio privado! No quedó ni un solo negocio, ni un solo timbiriche funcionando. Destruyeron años de trabajo y la gran mayoría de los perjudicados fueron ciudadanos cubanos, aunque hubo mucho comerciante español; sobre todo, gallegos y asturianos, vascos y catalanes. En el sector del tabaco, la mayoría de los propietarios de vegas (los vegueros) eran canarios o hijos de canarios, nacidos ya en la Isla. También fueron expropiados otros inmigrantes (como los judíos) que perdieron todas sus propiedades, todos sus bienes y la mayoría se exilió, otros se quedaron en Cuba. Todos estos desatinos fueron mermando ese apoyo popular inicial y, si además sumas la nefasta labor de las ORI en 1961 (aunque esa etapa le fue útil a Fidel Cas-

tro para consolidarse en el poder), el establecimiento del racionamiento (1962) que aún perdura, y la soviétización de la sociedad cubana durante la crisis de octubre, el descontento contra el régimen fue a más. Todo este panorama se agrava por el fracaso de la economía centralizada, la supremacía del partido único (PCC), la persecución de los homosexuales o jóvenes cristianos, la falta de libertades y la violación sistemática de los Derechos Humanos. O sea, que el régimen ha ido perdiendo ese posible respaldo masivo que quizá tuvo en los primeros años y más bien se ha incrementando una decepción que se pudo ver en los años 80 con la tragedia de la Embajada del Perú y el éxodo por el puerto del Mariel o los sucesos del Maleconazo y el Período Especial en los años 90, hasta el torrente de exiliados que nunca ha cesado.

—¿Cuándo te detienen?

—Yo caigo a finales de 1961, mucho después de la invasión de Bahía de Cochinos. Mira, ese día, el 17 de abril, en Güines detuvieron a varios cientos de güineros y los encerraron en el Teatro Ayala, en el Casino Español... Figúrate, no había cárcel para tanta gente. Todos eran sospechosos para el régimen porque eran católicos o protestantes, medianos o pequeños propietarios, abogados o profesores. Es decir, cualquiera que el gobierno pensase que se podía sumar o ayudar a los brigadistas. Sin embargo, yo pasé desapercibida pues había sido militante revolucionaria contra Batista y desde el 59 desarrollaba una intensa labor rural como enfermera con el INRA¹⁰. Pero, déjame decirte, además del fracaso militar de la invasión, lo que este hecho logró fue que ayudó al régimen a dismantelar a

10. INRA: Instituto Nacional de Reforma Agraria.

toda la resistencia urbana, a todo el clandestinaje. No solo porque detuvieron a cientos de miles de cubanos en toda la Isla, sino porque desmembraron a todas las organizaciones anticastristas, aunque, por otra parte, la verdad es que muchas estaban penetradas por la Seguridad del Estado. En realidad, luego nos enteramos —en prisión— que muchas de estas organizaciones fueron creadas por el mismo Estado represor. O sea, lo que logró la invasión de Bahía Cochinos fue perjudicar la lucha que se libraba en el interior de Cuba, porque aumentó de forma exponencial la cantidad de presos políticos o de exiliados y prácticamente, desde ese momento, se hizo muy difícil cualquier actividad conspirativa contra el gobierno.

—¿Cuántos años de presidio político cumpliste?

—Me condenaron a doce años, que cumplí íntegramente en la prisión de mujeres de Guanajay, en la entonces provincia de Pinar del Río. Allí coincidí con otras luchadoras revolucionarias contra Batista que ahora cumplían diez y hasta veinte años por oponerse al rumbo comunista de la Revolución. ¡Hubo mucho heroísmo en esas rejas! Mujeres íntegras, de un valor ejemplar. Espero que algún día se escriba los sufrimientos de estas mujeres, sus testimonios. Aunque recuerda, yo salí de prisión en 1971 y viví —como presa política— solo una década (la de los sesenta), pero desde que yo salí han sido condenadas otras muchas compañeras y han cumplido largas condenas. ¡El presidio político de mujeres es uno de los crímenes más horrendos del castismo! No obstante, la prisión política fue para mí como una universidad. Había tanta diversidad de profesiones y de talento, que aprendíamos unas de otras. Logramos dar charlas en grupos pequeños, en cada celda. Clases de Derecho, de Medicina, de Inglés, de Historia, de Geografía, de

todo. Entre las presas había: abogadas, maestras, médicas, ingenieras... Sobre todo, mujeres muy valientes...

—Con la perspectiva de estos años, ¿crees que merecieron la pena esa lucha y los años de presidio?

—Por supuesto que sí, siempre pienso que hubiese hecho lo mismo. Además, quién te dice que no hubiésemos podido ganar y que la Revolución hubiese retomado su original rumbo democrático y nos hubiésemos evitado tantos años de destrucción y de sufrimiento. Mira a tu alrededor: ¡Han destruido un país! ¡Se han cargado una sociedad, buena o mala, pero que ya no existe! Hoy la familia cubana está totalmente dividida, casi todas las familias tienen un miembro exiliado o un ex preso político. La gente se ha vuelto muy fresca, se han perdido muchos valores, hay demasiada chusmería y grosería en las calles. Cuando pienso en todo esto, pienso que hice bien en luchar contra el régimen del 59, que los años de presidio valieron la pena, pues el resultado de la Revolución no es otro que un estrepitoso fracaso, un callejón sin salida. Ninguno de los supuestos logros a todas luces mejorables (educación, salud, etcétera) justifican tanto atropello, tanta sangre. Y, todo ¿para qué? ¿Se logró construir el socialismo? No. Lo que se ha logrado es un capitalismo de Estado faraónico que tiende a un capitalismo familiar de la nomenclatura, de la nueva clase castrista. Al final, lo paradójico es que el castrismo va a pasar a la Historia como el camino más largo de retorno al capitalismo. Por eso, aunque toda revolución comete crímenes, toda revolución tiene sus víctimas, la Revolución cubana ha sido una de las más radicales de la Historia, junto a la francesa, la soviética o la china. ¡Aquí sí hubo una revolución de verdad, fue un cambio radical! Aquí la burguesía cubana fue no solo expropiada, sino eliminada.

¡Fueron los judíos de los años 60! Aunque tampoco hay logros que valgan, porque no existen. No hay un beneficio que se pueda argumentar o mostrar frente al triplete criminal del castrismo: paredón, presidio político y exilio. Si a esto sumas la división de la familia cubana, las pérdidas de propiedades de todo tipo y tamaño de cualquier ciudadano cubano y el fracaso de un modelo que ya había fracasado en otros países, se comprenderá con facilidad que el saldo es totalmente negativo.

—En realidad, ¿es tan negativo el saldo de la Revolución cubana?

—El régimen del 59, lo que se llama Revolución cubana, no ha sido más que un disparatado aborto, un gran fraude, con un afán destructivo de la sociedad prerrevolucionaria y que no logró crear nada nuevo —ni siquiera el manoseado Hombre Nuevo—, salvo un capitalismo de Estado con partido y pensamiento único que se encamina hacia un capitalismo familiar de la nomenclatura y, por ello, el resultado de ese proceso histórico es un estrepitoso fracaso en lo social, en lo económico y en lo político. En este sentido, la Historia hace tiempo que condenó este proceso (o experimento) y jamás lo absolverá porque lo único que hoy queda es una casta militar represora (y con grandes privilegios, la nueva clase) atrincherada en un trasnochado socialismo estatal. No obstante, lo único que no tiene remedio es la muerte y lo que más lamento es la muerte de tantos jóvenes, casi niños. Aquí fusilaron a muchachos, a muchos adolescentes como Luis Guevara, Presidente de la Federación de Estudiantes de Segunda Enseñanza de Las Villas, que tenía diecisiete años. La sentencia de muerte la firmó el mismito Che Guevara. ¿Por qué lo mataron y no lo condenaron a unos años

de presidio? Hoy estaría vivo. Asimismo a cientos de jóvenes católicos que murieron en el paredón al grito de: ¡Viva Cristo Rey! Recuerdo a los estudiantes Virgilio Campanería y Alberto Tapia Ruano, de la Universidad de La Habana, fusilados en la Fortaleza de La Cabaña en 1961 o al jovenísimo Juanín Pereira, asesinado en una playa de Pinar del Río. ¡Estas muertes son las que más me atormentan!

—¿Qué me puedes decir de los supuestos logros de la Revolución, como la educación o la salud?

—Mira, se ha dimensionado y tergiversado tanto este tema de los logros que bien merece un repaso histórico aunque sea muy breve: En la Cuba colonial (siglo XIX) hubo una gran carencia de interés gubernamental por la educación y la salubridad del país, aunque la Universidad de La Habana se fundó en 1728, además de Seminarios y Escuelas de Pintura, pero todos esos centros educacionales y los hospitales estaban en la capital cubana o en las principales ciudades del país. El campo estaba totalmente abandonado por la metrópoli española, independientemente de que existían centros de educación de todos los niveles y eminentes médicos ejercían su profesión. Esa fue la realidad de la Cuba española. Por eso, no fue hasta la guerra hispanoamericana y la intervención de Estados Unidos en Cuba (1898-1902) que las autoridades militares norteamericanas imprimieron un cambio radical, tanto en la educación como en la salud de la Isla. Crearon las primeras Escuelas Rurales y la atención médica llegó al campo cubano, erradicando la fiebre amarilla. Fueron cuatro años de mejoras continuas en la educación y en la salubridad pública y esto es poco estudiado, y mucho menos reconocido, pero es una gran verdad. La presencia civil y militar de un gobierno interventor norteamerica-

no en Cuba ayudó a mejorar las condiciones de instrucción escolar, de higiene pública y de atención médica a todos los cubanos en general y, sobre todo, uno de los grandes beneficiarios fue el campesinado, con la creación de Escuelas y Dispensarios médicos rurales por todo el territorio cubano. Después, ya con la República, desde 1902, todos los gobiernos cubanos pusieron un gran interés en estos dos temas básicos: la educación y la salubridad pública. Gracias a esos esfuerzos, en 1958 Cuba era el quinto país de América Latina con mejores niveles educacionales y de salud, por detrás de Argentina, Uruguay, Chile y Venezuela. El resto de Latinoamérica estaba por debajo de los niveles educacionales y médicos que ostentaban los cubanos, como también señalan otros indicadores socioeconómicos de las Naciones Unidas y de otros organismos internacionales. Pero, en caso de que estos logros de la Revolución fuesen verdad, la realidad actual nos demuestra que ambos son mejorables, ¡y con mucho! Mira, hay dos cosas que han hecho bien los castristas: Una, tomar y mantenerse en el poder por las armas y otra, esa especie de adanismo, como si toda la Historia de Cuba hubiese comenzado en 1959. Es decir, todo comenzó con ellos, como si no hubiese existido nada bueno con anterioridad a su triunfo. Respecto a la educación, en la Cuba del 58 había un veintitrés por ciento de analfabetismo, mientras que en Bolivia existía un ochenta por ciento o en la España franquista un cuarenta por ciento. Había más de siete mil centros educativos, en toda la Isla, de los cuales cuatro mil eran públicos y tres mil privados. Referente a la salud, en 1959 había excelentes hospitales o clínicas, públicas y privadas. Los médicos tenían sus consultas privadas, como los dentistas, los veterinarios. ¡Y créeme, yo sé de esto, porque soy enfermera! Es decir, sin ese pasado de profesionales de la Educación y de la Medicina, sin esos planteles educa-

cionales y de la salud, hubiese sido imposible hacer nada nuevo. No obstante, hay que reconocer que durante años se invirtió muchísimo, quizás exageradamente, tanto en la educación como en la Salud, en la Cuba de los años 60 a los 90. Incluso, te diría, que se llegó a tener una inversión en ambos sectores por encima de nuestras posibilidades como país, porque todos esos proyectos (muchos hoy abandonados como las Escuelas del campo, actualmente cerradas y en ruinas) se hicieron con subsidios soviéticos y, después de la caída del Muro de Berlín y la desaparición de la URSS, al régimen le ha sido imposible mantener ese nivel. Por eso, el deterioro desde el Período Especial (años 90) a nuestros días es más que evidente. Hoy, la educación en Cuba es un desastre, a todos los niveles. En la primaria faltan maestros porque han caído las vocaciones, por los sueldos de miseria que paga el Estado y porque los maestros ganan más de repasadores o maestros privados, que ahora están en auge y hasta hace poco estaban prohibidos. En la salud, otro tanto, ¿cuántos hospitales se han construido en estas décadas? Hoy la mayoría de los centros de salud de la Isla están no solo obsoletos, sino muchas veces en ruinas, les falta todo tipo de equipos modernos, sobre todo de informática. Tanto las escuelas como los hospitales se han quedado viejos, están que se caen, ruinosos. Si a esto sumas que desde 1961 no hay colegios, escuelas o centros educacionales privados en Cuba o que desde 1963 no se puede ejercer la medicina privada (como tampoco pueden ejercer sus profesiones los abogados, ingenieros, arquitectos, maestros, etcétera, y solo les queda trabajar para el Estado), te puedes dar cuenta de que más que logros lo que ha pasado es que destruyeron el sector privado totalmente y el actual sector público carece de un nivel mínimo. Eso sí, puedo decirte que, desde 1961 a 1990, fueron miles los estudiantes cubanos que se

formaron becados en la URSS y en los países del campo socialista (incluso en otros países que no eran comunistas), pero también, desde 1959 a nuestros días, son cientos de miles los estudiantes cubanos exiliados que han estudiado y se han graduado en casi todas las universidades más importantes del mundo, desde Estados Unidos, Canadá, Francia, Inglaterra, Alemania, España, Bélgica, Suecia, Italia, México, Chile, Argentina, Venezuela, Panamá, Puerto Rico, etcétera. O sea, que tanto estos becarios (oficialistas) como los estudiantes del destierro han representado una tremenda riqueza para Cuba. Pero, fíjate, estos cientos de miles de estudiantes desterrados no pudieron estudiar en Cuba y tuvieron que hacerlo en el extranjero, lo cual deja en muy mal lugar al castrismo. Con datos como este, no hay posibles logros que valgan. Mira, ¡lo único que le ha faltado decir a este régimen es que con ellos llegó la mejor música cubana, como si Ernesto Lecuona y Celia Cruz o Bebo Valdés y Olga Guillot no hubiesen existido! Aquí se cansaron de ningunear a los deportistas anteriores al 59, pero jamás podrán borrar de la historia del deporte cubano a boxeadores como Kid Chocolate o Kid Gavilán, a peloteros como Orestes Miñoso y Luis Tiant (y otros cientos que se fueron a jugar en las Grandes Ligas en los años 60). No pueden borrar la trayectoria mundial de un ajedrecista como Capablanca, una gloria de la Cuba prerrevolucionaria...

—Hay varias leyendas urbanas o tópicos sobre la realidad cubana prerrevolucionaria que se repiten constantemente, como que “Cuba era el burdel de los americanos”. ¿Qué opinas?

—¡Un disparate total! Quienes repiten esa estupidez no conocieron ni han estudiado a la sociedad cubana antes de

la Revolución. Es un cliché repetido, una mentira mil veces dicha que ya parece una verdad, pero nada más alejado de la realidad. Esto es como si yo dijera que todos los norteamericanos son *cowboys* o todos los españoles son toreros o que todos los argentinos visten como gauchos. ¡Una gran mentira! Lo realmente histórico es que Cuba, desde la época de la Ley seca en EEUU (por esas fechas surge el “cubalibre”, el trago de ron con Coca-Cola, que tomó ese nombre porque aquí se podía beber libremente y en Estados Unidos estaba prohibido), siempre fue un remanso de libertades para el puritanismo norteamericano y, sobre todo, la Isla representó mucho negocio para los contrabandistas de alcohol que violaban la ley en su país. O sea, que el americano venía a esta Isla a beber y a divertirse. Quizá toda esa memez se diga por la abundancia de casinos habaneros, la mayoría de propietarios cubanos, aunque algunos eran propiedad de *gangsters* americanos. Pero un cabaret como *Tropicana* era cubano al cien por cien, lo mismo que el famoso bar *Floridita*. Lo que sí existía era un ambiente musical, de teatro, artístico muy bien valorado a nivel mundial. Fijate, en la capital cubana de los años 50 actuaban Libertad Lamarque o Pedro Vargas, Lucho Gatica o Alfredo Kraus y los mejores cantantes del momento que trabajaban en teatros, programas de televisión o radio y en cientos de cabaret o *nigth club*. Y ganaban miles de dólares.

Por otra parte, cuando se menciona la palabra burdel se hace hincapié en la problemática de la prostitución que existía en Cuba, como en cualquier otro país, aunque quizás más en La Habana, como puerto. De todas maneras, debes saber que la prostitución entra en Cuba con los colonizadores y su auge se debe a que el puerto habanero era paso obligado para toda la flota española que seguía hacia el resto de la América hispana. Es decir, con los indocubanos no existía la prostitución, porque existía el amor libre. ¡No había matrimonio!

Así que fueron los europeos, los españoles, los que introdujeron la prostitución en el Caribe en el 1500 y algo, cuando los Estados Unidos ni siquiera existían como nación. De todas maneras, sí se puede afirmar que si este país hubiese sido de verdad “el burdel de los americanos”, la Revolución cubana no se hubiese dado. Esto me recuerda otro tópico mil veces repetido, el de la famosa invasión de los *marines* a esta Isla que jamás llegó ni llegará. En realidad, es Cuba la que ha invadido a los EEUU, al menos demográficamente hablando, con más de tres millones de exiliados desde 1959.

—¿Y sobre ese mito de que la CIA planificó (y falló) seiscientos atentados contra Fidel?

—Otro disparate, si la CIA hubiese —de verdad— planificado seiscientos atentados contra Fidel y los hubiese fallado *todos*, como se dice, lo primero que tendría que hacer la propia CIA es cerrar y desaparecer como agencia de inteligencia. Esta es otra leyenda orquestada por los órganos de la inteligencia castrista. ¡Pura propaganda! Como sabes, recientemente se publicó un libro oficialista, escrito por el (ahora) general Fabián Escalante (hijo de uno de los viejos jefes del partido comunista prerrevolucionario, el Partido Socialista Popular, PSP) donde se menciona esa cifra, los famosos 600. De ese texto viene ese dato. Pero, fíjate, este general de los servicios secretos castristas no solo suma *todos* los posibles atentados, incluyendo ideas o planes que no se llevaron a cabo, sino que se los achaca *todos* a la CIA. Es decir, ¿alguien puede creer que en Cuba no hubo intentos autóctonos de asesinar a Fidel (y a otros altos dirigentes del castrismo) sin que tuvieran que ver nada la CIA ni los americanos? En Cuba, durante el Machadato (años treinta) los cubanos, *solitos*, planificaron varios atentados

contra el dictador. Contra Batista también, basta recordar el asalto al Palacio Presidencial (el 13 de marzo de 1957) para ajusticiar al tirano en su madriguera. Y a nadie se le ha ocurrido decir que estos atentados fueron intentos de la CIA o de alguna otra agencia de inteligencia. Mira, la verdad es que contra Fidel —y contra otros jefes castristas— hubo no ya seiscientos atentados, sino muchísimos más planes de asesinato, pero la gran mayoría fueron organizados y realizados solo por ciudadanos cubanos, que nada tenían que ver con la CIA. Lo que ha pasado es que para los órganos represores del castrismo, *todos* los planes de asesinar a Fidel fueron de la CIA y no le dan créditos al cubano de a pie que organizó esos atentados. O sea, que esa campaña lo que intenta es desacreditar e infravalorar la heroica lucha de los cubanos contra el castrismo desde el mismo año 59. Y, sí, hubo muchos intentos de tiranicidio, de ajusticiar a Fidel, pero fueron hechos por ciudadanos cubanos y muchos de estos valientes fueron revolucionarios que habían luchado, algunos contra Machado y los más contra Batista. Y te digo más: aunque el pueblo cubano ha derrochado mucho valor, ha derramado mucha sangre contra el castrismo, muchos de esos atentados fallaron por la indiscreción propia del cubano (más que por esa otra leyenda de la eficacia de los órganos de la inteligencia castrista) y porque quienes intentaban asesinar a Fidel siempre pretendían también asistir a su entierro. Al final, conocemos la Historia: Machado, Batista y Fidel murieron en sus respectivas camas, a pesar de que muchos valientes cubanos se jugaron la vida (o la perdieron) al intentar ajusticiar al tirano de turno. En este sentido, el tiranicidio siempre ha sido —y es— una vía legítima para todos los ciudadanos y los pueblos oprimidos.

—¿También acusaron siempre a los contrarrevolucionarios de ser agentes de la CIA?

—Sí, esa fue una cantaleta o estratagema que les dio mucho resultado cara al exterior. ¡Pura propaganda! Desde inicios de los años 60, cada vez que detenían a un opositor lo acusaban de ser agente de la CIA. Ya sabes, para desacreditar la lucha y a la resistencia interna. ¡A todos los alzados en armas (de 1959 al 66), este régimen los acusó de ser de la CIA! ¡Y fueron miles los que se alzaron! Pero, además, se perpetraron verdaderos crímenes contra esos heroicos guerrilleros. Por ejemplo, en la Sierra del Escambray, tras aprobar una Ley de guerra, fusilaban a los alzados capturados en menos de 24 horas: un interrogatorio, una simulación de juicio sumarísimo y al paredón. ¿Para qué o por qué? Para poder hacerle la autopsia lo más rápido posible y así averiguar lo que ese campesino alzado había comido días antes, con lo que averiguaban toda su posible trayectoria en la montaña y quiénes les habían facilitado comida. Esa ley y su procedimiento fue otra copia del modelo soviético en Cuba. O sea, que a todo el que era opositor, militaba en la contrarrevolución o incluso a los exiliados políticos los acusaban de ser de la CIA. De ser eso verdad, la agencia norteamericana gastó un dineral con la problemática cubana desde el 59... Mira, recuerdo que en el presidio político conocí a la viuda de un guajiro que se alzó en las montañas y luego lo fusilaron, pues a ella la acusaron de colaborar con los norteamericanos y la condenaron a ocho años. Como era una campesina, no sabía ni qué era la CIA, fue en el presidio donde le explicamos lo que era esa agencia americana.

—¿Cómo ves el futuro de una Cuba poscastrista?

—En este país puede pasar cualquier cosa, pero mientras no se resuelva el gran problema latente de las expropiaciones y confiscaciones estatales que sufrieron ciudadanos cu-

banos no habrá una solución real. Lo que pasó es que en la década del 60 no se perjudicó a catorce familias ni a ciento cuarenta o a catorce mil, sino que fueron muchísimos, cientos de miles, los ciudadanos cubanos que perdieron sus propiedades y bienes, y cualquier solución pasa porque el Estado cubano los indemnice a ellos o a sus herederos (hijos, nietos y bisnietos). Aquí no solo se intervinieron las grandes propiedades desde finales de 1960 sino las medianas y pequeñas, cuando llegó la locura estatal con la Ofensiva Revolucionaria del 68. Además, la gente se marchaba al exilio y dejaba la casa, abandonaba los negocios, las máquinas, las motos, las fincas y, luego, el régimen castrista repartía esos bienes entre sus partidarios o los estatizaba. Fíjate, esas casas, el Gobierno siempre se las ha quedado en propiedad y las ha otorgado en usufructo a los adeptos del sistema con un bajo alquiler. ¡Figúrate, en cualquier país, si el Estado te da una vivienda con un alquiler bajísimo, tú apoyas a ese gobierno a rabiar! Y en Cuba se han entregado —y están ocupadas— millones de viviendas cuyo legítimo dueño (o herederos) están en el extranjero o aún residen en la Isla. Igualmente ha pasado con los negocios privados, que una vez estatizados, muchos los cerraron y los destruyeron. ¡Una pena! Tantos años de trabajo, de experiencia comercial acumulada para terminar de un sopetón con la empresa libre, con la libertad de comercio. Hoy apenas hay negocios en las calles, la mayoría de los locales los convirtieron en viviendas. Lo mismo con la tenencia de la tierra: el ochenta por ciento de las tierras cultivables son ahora estatales y solo el veinte por ciento están en manos privadas, pero este veinte por ciento de campesinos produce el ochenta por ciento de los alimentos. Entonces, lo lógico sería otorgarle más tierra (en propiedad, no como ahora que le dan el usufructo y por muy pocos años) a los pequeños

campesinos para aumentar la producción agrícola y acabar con el racionamiento y el desabastecimiento nacional. ¡Ah, no! Aquí eso no se tiene en cuenta. Mira, el sector agrario debe pasar casi todas las tierras estatales a manos privadas o mixtas (cooperativas) y debe entregarlas EN PROPIEDAD (como en la primera Reforma Agraria del 59) y no mediante tramposos contratos a nuevos usufructuarios. ¿Por qué si fue una de las banderas más populares de la Revolución del 59, hoy en Cuba la tierra no es de quien la trabaja? Yo pienso que al derecho a la propiedad de la tierra de los campesinos cubanos hay que sumar el derecho de los propietarios de viviendas que perdieron sus bienes desde 1959. O sea, en la problemática habitacional cubana actual hay que respetar el derecho de la propiedad de los expropiados (y de sus herederos) y de la misma forma preservar el derecho de los actuales usufructuarios: aquellos que pagan alquiler al Estado cubano o viven en una vivienda estatal otorgada sin pago alguno.

—¿Qué medidas debería tomar un nuevo gobierno poscastrista?

—La primera medida urgente es restablecer el *habeas corpus*, suspendido desde 1959... y una segunda, sería promulgar una ley que decrete que todo ciudadano cubano es propietario de la vivienda donde reside actualmente y al mismo tiempo que se proceda a indemnizar a sus auténticos propietarios o herederos, residan dentro o fuera del país. Así, con esa ley, se crearía una República de propietarios (como quería Martí) y se subsanaría una problemática latente a nivel nacional, además de que esos ciudadanos podrían optar por créditos bancarios al poseer una propiedad y la economía nacional se revitalizaría siempre y cuando se permita el

comercio libre y la libre empresa. Además, vislumbro una Cuba democrática, y pluralista, donde estén vigentes todos los derechos y todas las libertades; donde los ciudadanos cubanos sean realmente dueños de sus destinos; donde los gobernantes estén al servicio de los ciudadanos y no al revés como pasa ahora. En fin, que se termine —para siempre— con esa tríada infernal que ha desangrado esta Isla, en este medio siglo, como son la pena de muerte, el presidio político y el exilio. Para resumirte, en estas seis décadas, la misma nomenclatura castrista —la casta gobernante de militantes y dirigentes del partido único— se ha apropiado no solo de los medios de producción y ha acabado con todo vestigio del capitalismo cubano (llámese también libre empresa o comercios privados), lo cual ha representado cientos de miles de propiedades privadas en todo el territorio nacional, sino que ha creado un sentimiento de que todo lo que no sea gestionado por el Estado, por los usurpadores y ladrones del régimen castrista actual, es “anticubano”.

—¿Qué crees que debería pasarle a esa cúpula gobernante, que durante casi medio siglo ha asesinado, encarcelado, desterrado y robado las propiedades de todo un pueblo, arruinando a un país?

—Fígate, son tantos años, tantos atropellos, tantos abusos y tantos crímenes impunes... Recuerdo que el comandante Huber Matos, antes de fallecer, comentó que a los dos Castros “había que colgarlos de una farola del Malecón” por todo su criminal mandato. Pero, qué va, yo soy cristiana y a mucha honra, y no le deseo mal a nadie. Además, ya los dos hermanos han sufrido el peor castigo y es ver —en vida— que su proyecto no funciona, que todo ha sido un gran fracaso, que el país está en ruinas y aunque los descendientes o he-

rederos de la nueva clase privilegiada insistan en seguir el modelo de siempre, en construir *su* socialismo (estatal y estalinista)... van –por ese camino– hacia el más rotundo de los fracasos. Hasta Fidel dijo que este modelo no servía ni para Cuba, que no funcionaba... Entonces, lo que hay que hacer es buscar otra cosa, otro camino, pero no señor, se empecinan en seguir el mismo trayecto. Ya escuché –por una heredera del más alto oficialismo– que hay que “reinventar el socialismo” y que no volveremos hacia el capitalismo. Pero si nunca dejamos de estar en el capitalismo: Aquí se pasó del capitalismo privado al estatal, de muchos patrones a un solo patrón, de muchos propietarios de medios de producción a un solo propietario, el Estado cubano. Recuerda el refrán guajiro: “Cuando un tonto coge un camino y este se acaba, el tonto sigue caminando por lo que él considera que es el camino que ya no existe”.

Ahora bien, esto no quita que los hechos de sangre, los abusos, los atropellos sean juzgados por unos futuros tribunales independientes pues los crímenes contra la humanidad jamás prescriben. En este país, todavía hay mucho represor, mucho chivato o delator suelto y durante estas décadas se cometieron muchas injusticias, mucho robo de propiedades, muchas muertes que hay que esclarecer y por eso habrá que juzgar los crímenes del castrismo, los crímenes del régimen del 59. Piensa en las UMAP que fueron Unidades Militares de Ayuda a la Producción creadas en 1964 como idea de la más alta oficialidad castrista hasta el mismísimo 68 pero que en realidad fueron campos de concentración, nuestro gulag cubano, donde no solo encerraron a miles de jóvenes homosexuales, sino a muchachos católicos, evangelistas... Mira, allí en Camagüey encerraron a todos los Testigos de Jehová, pero también a muchísimos muchachos de la burguesía expropiada a quienes les llamaban “bitongos”, porque ni trabajaban ni estudiaban, y temían que se

activaran como luchadores contrarrevolucionarios. Pero, fíjate, no trabajaban porque muchos de estos jóvenes trabajaban con sus padres, en sus respectivos comercios de todo tipo, y cuando el Estado les robó esas propiedades sus hijos fueron despedidos y no estudiaban porque los expulsaron de las escuelas y de las universidades por pertenecer a la burguesía defenestrada. Recuerda aquella terrible frase de Fidel: “La Universidad es para los revolucionarios”. Ni qué decirte de fracasos tan evidentes como “la zafra de los 10 millones”, el cordón cafetero de La Habana, esa obsesión de Fidel por las vacas, que lo único que logró fue arruinar la pujante ganadería cubana de antes de la revolución: una vaca por habitante, siete millones de cabezas de ganado, y hoy apenas llega a dos millones y no hay carne por ninguna parte. Incluso se le ocurrió la peregrina idea de que cada familia cubana tuviese una mini vaca y también prometió que el yogur saldría por las tuberías de los fregaderos y que en Cuba la producción de conejos llegaría a ser de tal volumen que los conejos saltarían al mar por toda la Isla... ¡Supongo que huyendo de Fidel!

O sea, todos esos planes disparatados que obviamente fracasaron proceden del aborto mayor: el intento de crear una sociedad socialista desde 1961. ¡Y este es uno de los mayores fallos del castrismo! ¿Por qué? Porque jugó con las esperanzas de una parte del pueblo cubano, que creyó y apoyó la construcción de ese cacareado “socialismo”, que se sacrificó y luchó —durante años— y para qué, para que ya no haya socialismo, ni Partido, casi ni Estado... Lo que hay es una dictadura militar, con los represores de turno, que se aglutinan en una nueva clase social con más privilegios que la burguesía que eliminaron en los años 60. Es decir, ellos mismos, los más altos dirigentes de esta Revolución, los creadores del presente cubano, le han fallado hasta a sus seguidores, a los militantes comunistas y a los llamados

combatientes, porque han desembocado en un callejón sin salida. Prometieron el Paraíso, lo mal intentaron y lo que han dejado es una especie de Infierno del que hay que salir a prisa y corriendo, cambiando el régimen, rebelándose contra las injusticias de tantas décadas. Por todo esto, espero que algún día los tribunales de justicia de Cuba investiguen, juzguen y condenen todos los crímenes, atropellos y abusos del castrismo. ¡Los culpables, los represores, los abusadores, los chivatos, los asesinos deben ser condenados!

—¿Por qué no te has exiliado?

—Porque amo demasiado a mi país y porque nadie me echa de mi patria. Parte de mi familia sí se exilió y muchos parientes y casi todos mis amigos. ¡De Güines se fue hasta el gato! Esto me recuerda la respuesta que le dio la gran poeta cubana Dulce María Loynaz a una periodista que le preguntaba lo mismo, Dulce María le respondió: “Yo soy hija de un general mambí, que se vayan ‘ellos’”. “Ellos” son los gobernantes, que sobran cuando un pueblo emigra; como nos enseñó Martí. En 1959, al triunfo de la Revolución, Güines tenía 40.000 habitantes, más o menos, de los cuales mucho más de la mitad, yo diría que la gran mayoría, ha optado por el destierro desde entonces. O sea, que se fueron miles de güineros, familias enteras. Por esa espantada del pueblo, desde los años 60, Güines se ha repoblado con campesinos de los alrededores y, sobre todo, con cubanos de otras provincias, como los orientales. Fíjate, yo voy caminando por las calles de Güines y voy recordando: Ahí vivía fulano, allí mengano. en esa esquina residía la familia tal, esa casa era de... Todavía se pueden leer las tarjetas de médicos, abogados, dentistas y otros profesionales que se fueron y sus casas o despachos están ocupados por otros. Y lo más dramático es que muchos de estos exiliados ja-

más volvieron a ver a sus abuelos, a sus padres, a sus tíos, a sus hermanos, a sus primos. Pero, fíjate si se ha exiliado gente de este pueblo que, desde hace años, se han creado organizaciones güíneras en el destierro, como: El Municipio de Güínes en el exilio, con sede en Miami, y el Círculo Güínero de Los Ángeles. También hay colonias de güíneros por toda la diáspora, donde han creado revistas, como: *Ecos del Mayabeque* (Miami), *La Villa* (Los Ángeles) y *Cuba-Güínes* (New Jersey). Además de los grandes núcleos de güíneros que se establecieron en Miami, Nueva York, Puerto Rico, California, Nueva Orleans, España, New Jersey, Florida, etcétera. Pero no solo hay que pensar en los que hoy residen en el exilio, sino en los miles de güíneros que salieron desde 1959 y que en este medio siglo han ido falleciendo en el destierro, en cualquier parte del mundo. ¡Son miles! ¡Familias enteras! ¡Todo un pueblo!



Güínes, 1952: Foto de un almuerzo con motivo del regreso de la familia Álvarez de un viaje a España. Se ve al autor, Felipe Lázaro (entonces Felipín) con cuatro años (de pie en una silla), junto a sus padres (ambos sentados y con gafas), hermanas y otros familiares. Están presentes los trabajadores de la Bodega y la panadería La Reina. Primero a la derecha, Benito (el Isleñito) con una botella de cerveza.

RÉQUIEM POR UN RÉGIMEN OBSOLETO

Como sabes, en Cuba no hay ferreterías privadas, ni establecimientos comerciales, donde la población pueda comprar un impermeable, un martillo y unos cuantos clavos... Ni pensar en adquirir madera, láminas de zinc o cemento, ni nada imprescindible para cualquier obra. La pregunta es, ¿cómo se puede reconstruir en un país donde apenas hay construcción? El Estado está sobrepasado por esta crisis que puede ir a peor; pues solo se suceden los derrumbes de inmuebles viejos por toda la Isla y el pueblo, para conseguir los materiales que necesita, recurre al trueque, al mercado negro o a robarle a las pocas empresas estatales.

Texto de un e-mail, recibido desde Cuba.

Después de dar por terminado este libro, he decidido añadirle unas breves palabras para finalizarlo con algunas ideas o razonamientos sobre la actual realidad cubana.

Este pasado verano, como en años anteriores (o desde los orígenes de la Isla), Cuba se ha visto azotada por otro violento huracán (Irma) que ha devastado la ya de por sí paupérrima infraestructura habitacional de la Isla, el anticuado sistema eléctrico, la pobre agricultura isleña y han perjudicado de manera notable al pueblo llano, a los más necesitados, a los más pobres y humildes del país. Encima, si la situación nacional era grave (a nivel económico, educacional, de la salud pública, etcétera), ahora lo es aún más. Sobre todo en un país donde todo (o casi todo) está en manos del Estado y no existen compañías de seguros o aseguradoras privadas que indemnicen los daños ni tampoco operan empresas constructoras o constructores que trabajen por su cuenta y no pertenezcan al sector estatal para poder reparar o reconstruir las casas y edificios dañados. ¡Todo está en manos del nuevo patrón: el Estado! Esto agrava muchísimo toda posible y urgente reconstrucción; además de que el régimen castrista es incapaz de afrontar ni solucionar dicho desastre mayúsculo que le sobrepasa, ya que la realidad es que todavía quedan damnificados y zonas enteras (pueblos interiores del oriente cubano) que no han recibido las ayudas para mitigar los destrozos de ciclones anteriores (recordemos a Sandy) y lo todavía más grave: el país no está en condiciones ni preparado para superar ningún otro desastre climatológico que se produzca en el futuro.

Tras el paso de Irma todos los medios de comunicación internacionales han resaltado esta tragedia climática, pero muy pocos han señalado que el verdadero culpable de la situación actual de Cuba no son los iterables huracanes o ciclones que cada año han azotado al país (como el terrible Flora, que en 1965 no dañó más la Isla porque todavía toda la infraestructura habitacional prerrevolucionaria estaba intacta y era relativamente de reciente construcción), sino el castrismo que hace 66 años azota al pueblo cubano y que ha sido más perjudicial para el país que todos los desastres naturales pasados (y venideros). Lo que arrasó y arruinó a la sociedad y a la economía cubana prerrevolucionaria fueron los hechos revolucionarios y los responsables de esta gran catástrofe nacional son los dirigentes máximos, desde el mismo primero de enero... implantando un socialismo estalinista que dura hasta nuestros días y que se ha convertido en un inmenso tapón que no soluciona e impide toda reconstrucción, todo progreso y, lo más importante, la posible y necesaria convivencia de todos los cubanos.

La Revolución cubana, o sea el régimen del 59, es hoy un cadáver que necesita ser enterrado y cuanto antes, mejor, para poder solucionar la problemática nacional actual, aunque ya se sabe que hace tiempo está en el basurero de la Historia. La casta militar castrista (que se ha apropiado de la inmensa mayoría de los medios de producción —eso sí, en nombre del pueblo— y que dilapida y mal administra la plusvalía de esa economía estatal-socialista) intenta mantenerse en el poder de un Estado (suyo), atrincherados en un nefasto y, a todas luces, condenable nepotismo; esperando otra sucesión tras la sucesión mayor, que intenta perpetuar —de forma vitalicia— a la nomenclatura familiar del castrismo.

Hoy en día, recorre la Isla un muerto andante, que ya solo es un autómatas, ni siquiera es un fantasma. Un régimen caduco, ya sin discurso, sin relato y sin legitimidad. El único partido legal, el comunista (desgraciadamente todavía en el poder desde 1965) se ha desinflado y es cada vez más superfluo. Para colmo, es como si no hubiese gobierno en el país (pues el raulismo no resuelve ni propone nada nuevo, ¡y no sale de Palacio!) y al Estado monopolista solo le queda el caparazón institucional, pues hasta su nombre ya es una enteleguía y en la actualidad nacional solo funciona la represión. ¡Eso sí que funciona! Aunque se atisban grietas: la población va perdiendo el miedo a hablar, a protestar; va aumentando la oposición interna (la disidencia) y el éxodo de jóvenes cubanos no cesa.

Ante esta problemática actual, la Cuba futura se debate entre la siguiente disyuntiva: seguir con el mismo modelo excluyente, de socia-

lismo estatal y de pensamiento único (más bien militarizado) que ya ha fracasado, pues ni siquiera funcionó en otras naciones, o comenzar a construir un nuevo proyecto de país, una República plural, donde todos los cubanos podamos convivir en paz, con solidaridad y progreso.

Felipe Lázaro

En una Revolución, como en una novela, la parte más difícil de inventar es el final.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

Una nación que cría hijos que huyen de ella por no transigir con la injusticia es más grande por los que se van que por los que se quedan.

ÁNGEL GANIVET

Respóndeme con franqueza. Si los destinos de la humanidad estuviesen en tus manos y por hacer definitivamente feliz al hombre, para procurarle al fin la paz y la tranquilidad, fuese necesario torturar a un ser; a uno solo, a esa niña que se golpeaba el pecho con el puñito, a fin de fundar sobre sus lágrimas la felicidad futura, ¿te prestarías a ello?

FEDOR DOSTOIEVSKI

...muchos exiliados cubanos llevan consigo el recuerdo de una dolorosa y, a veces, violenta separación. ¡Aman a Cuba! Una parte de ellos aun considera este su verdadero hogar. Es por eso que su pasión es tan fuerte. Es por eso que la pena en sus corazones es tan grande (...) Así que la reconciliación de los cubanos –los hijos y nietos de la Revolución, y los hijos y nietos del exilio– es fundamental para el futuro de Cuba.

BARACK OBAMA, en La Habana, 2016



Güines (2016): Foto del Colegio americano (KPBM) y su anfiteatro totalmente destruido por la desidia estatalista.



Foto tomada en el año 2017, desde la casa natal del autor donde puede verse el cine Campoamor (actualmente cerrado) y a su derecha la que fue la bien surtida farmacia Chambless, convertida hoy en casa. Esta es la vista que tenía cotidianamente el autor de este libro, desde el balcón de su casa. Han pasado 65 años y está todo igual, aunque más deteriorado. Foto de Eldis Riol.



Güines, 2017: Calle Maceo y (doblando a la derecha) la calle Masó. En esa esquina de Maceo (en la acera de la derecha) estaba la barbería de Marino (padre e hijo) y después, haciendo esquina, la carnicería del chino O'Farrill. Doblando por la calle Masó había una guarapera y la pequeña bodega El Rey. Todos estos establecimiento comerciales prerrevolucionarios hoy son viviendas. Foto de Eldis Riol.

ÍNDICE

Palabras iniciales	13
1. El viejo Chon	19
2. Dos veces en el cuartel	28
3. Aguafiestas	34
4. Invisibles triángulos de muerte	46
5. La patica de conejo	53
6. ¡Solavaya!	65
7. Las Águilas	75
8. Botas de agua	81
9. El testigo de la guarapera	86
10. ¡Abajo la dictadura!	91
11. ¡Las armas!	96
12. Dos cartas desde Güines	100
13. ¡Se fueron y lo perdieron todo! (Monólogo de un sindicalista)	106
14. Entrevista a una heroína	119
Epílogo: Réquiem por un régimen obsoleto	146



Güines, 2017: Foto actual de lo que fue, hasta 1962, la Bodega, almacén y panadería La Reina, situada –entonces– entre las calles Masó (derecha) y Maceo (a la izquierda). Hoy la dirección es: Calle 84, esquina a la Avenida 91. Foto de Eldis Riol.



El autor en la Filmoteca de Madrid (2017). Foto de León de la Hoz.

Felipe Lázaro (Güines, 1948). Poeta y editor cubano. Salió de Cuba en 1960. Es Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid en dos especialidades: Estudios Internacionales e Iberoamericanos. Realizó los cursos monográficos del Doctorado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la citada universidad madrileña. Graduado en la Escuela Diplomática de España. Master en Administración de Empresas por el Instituto de Empresa de Madrid. Diplomado por la Escuela de Estudios Cooperativos de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid.

Fue uno de los fundadores de las revistas madrileñas *Testimonio* (1968), *La Burbuja* (1984) y *Encuentro de la cultura cubana* (1996); además de Redactor Jefe del periódico *La Prensa del Caribe* (Madrid:

1997-98), editado por el Centro de Estudios del Caribe. Perteneció al Consejo Editorial de la *Revista Hispano Cubana* y del *Boletín del Comité Cubano Pro Derechos Humanos*, publicados en la capital española. Miembro de la Academia de la Historia de Cuba en el exilio (Nueva York).

Obtuvo la Beca Cintas (1987-88) que concede el *Institute of International Education* de Nueva York, fue becario del Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI) de Madrid y de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (Santander y Segovia). Fundó la editorial Betania en Madrid (1987). Premio El Titán (2022) otorgado por el Centro Cultural Cubano de Nueva York. (Ver el video *Tributo a Felipe Lázaro* (2022), sobre este galardón en Youtube).

Bibliografía

Poemarios: *Despedida del asombro* (Madrid, 1974), *Las aguas* (Bilbao, 1979), *Ditirambos amorosos* (Madrid, 1981), *Los muertos están cada día más indóciles* (Madrid, 1986 y 1987) y *Un sueño muy ebrio sobre la arena* (Madrid, 2003).

Antologías poéticas: *Data di Scadenza*, traducción de Gaetano Longo (Italia, 2003). *Fecha de caducidad, 1974-2004* (Madrid, 2004), Prólogo de Efraín Rodríguez Santana y Prefacio de Gaetano Longo. *Tiempo de exilio, 1974-2014* (Francia, 2014) y *Tiempo de exilio, 1974-2016* (Madrid, 2016), Prólogo de Francis Sánchez y Prefacio de Margarita García Alonso. (Hay una 4ª edición que se puede adquirir en Amazon).

Como antólogo es autor de: *9 poetas cubanos* (1984). *Poesía Cubana Contemporánea* (1986). *Poetas cubanos en Nueva York* (1988), Prólogo de José Olivio Jiménez. *Poetas cubanos en España* (1988), Prólogo de Alfonso López Gradolí. *Poetas cubanas en Nueva York / Cuban Women Poets in New York* (1991), Prólogo de Perla Rozencvaig. *Poesía cubana: La isla entera* (1995 y 2024) en colaboración con Bladimir Zamora Céspedes. *Al pie de la memoria. Antología de poetas cubanos muertos en el exilio, 1959-2002* (2003), Prólogo de Manuel Díaz Martínez e *Indómitas al sol. Cinco poetas cubanas de Nueva York*. (2011 y 2025), Prólogo de Odette Alonso Yodú. Ensayos críticos de Elena M. Martínez, Perla Rozencvaig y Mabel Cuesta.

Otros libros: *Conversación con Gastón Baquero* (1987, 1994), Prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda y Epílogo de José Prats Sariol. *Entrevistas a Gastón Baquero* (1998), Prólogo de Pedro Shimose y Epílogo de Pío E. Serrano. *Gastón Baquero: La invención de lo cotidiano* (2001), Prólogo de José Olivio Jiménez, Prefacio de Efraín Rodríguez Santana y Epílogo de Bladimir Zamora Céspedes y *Conversaciones con Gastón Baquero* (2013, 2014 y 2019), Prólogo de Alfredo Pérez Alencart, Prefacio de Jorge Luis Arcos y Epílogo de León de la Hoz. El libro de relatos *Invisibles triángulos de muerte. Con Cuba en la memoria* (2017).

Colaboró con textos en los libros:

- “Todos somos cubanos (Del asombro a la esperanza)” en *Cuba: voces para cerrar un siglo (II). Testimonios de escritores cubanos en la Isla y en el exilio*. Compilación y prólogo de René Vázquez Díaz (Suecia: The Olof Palme International Center, 1999, págs. 77-97).
- “...las manos en su sitio” en *La patria sonora de los frutos. Antología poética de Gastón Baquero*. Selección, prólogo, notas y compilación del Apéndice de Efraín Rodríguez Santana (La Habana: Letras Cubanas, 2001 págs. 405-409).
- “Juan Manuel Salvat: Decano de los editores cubanos del exilio” en *Creación y exilio. Memorias del I Encuentro Internacional “Con Cuba en la distancia”*. Selección y prólogo de Fabio Murrieta (Madrid: Hispano Cubana, 2002, págs. 353-356).
- “La literatura cubana durante el castrismo” en *I Congreso Internacional de Cultura Cubana*. Edición de Rafael Rubio y Matías Jove (Madrid: Asociación Española Cuba en transición, 2004, págs. 101-106).
- “Los intelectuales cubanos en los tiempos difíciles del castrismo” en *Bienvenidos a la transición*. Selección y prólogo de Grace Piney (Cádiz: Aduana Vieja, 2005, págs. 234-240).
- Entrevista “Conversaciones con Gastón Baquero” en *Poderosos pianos amarillos. Poemas a Gastón Baquero (antología)* (Holguín: Ediciones la Luz, 2013; 344 pp.). Compilación de Luis Yuseff y Prólogo de Virgilio López Lemus; págs. 291-312.

- “Apéndice” en *Un puente contracorriente. Ediciones El Puente: Un esfuerzo literario dentro y fuera de Cuba* (Madrid: Betania, 2014, 104 pp.) de Marlies Pahlenberg. Este Apéndice contiene: Catálogo de las Ediciones El Puente (La Habana, 1961-65), Índice de la revista *Resumen Literario El Puente* (Madrid, 1979-1988), Bibliografías de algunos de los poetas y escritores cubanos que publicaron en las Ediciones El Puente en Cuba, *La palabra Revolución ardía* (Selección de poemas de José Mario), págs. 69-98.
- “Introducción: Nelson Rodríguez Leyva, joven narrador fusilado en La Habana” en *El regalo (cuentos)* (Madrid: Betania, 2015; 96 pp.) de Nelson Rodríguez Leyva; págs. 7-14.

Una selección de su poesía fue publicada en la revista *Aurora Boreal* (Dinamarca, diciembre 2016): <http://www.auroraboreal.net/literatura/poesia/2439-poesia-de-Felipe-Lazaro>, en la revista cubana *Árbol Invertido* (Ciego de Ávila, marzo de 2016): <http://www.arbolinvertido.com/secciones/poesia/diptico-del-exiliado-y-otros-poemas>, y en la revista española *Crear en Salamanca* (Salamanca, 2014): <http://www.creatensalamanca.com/poemas-del-cubano-felipe-lazaro-pinturas-de-miguel-elias>.

Entrevistas:

* “Actualidad con Felipe Lázaro”. Entrevista de Luis de la Paz, publicada en *Libre* (Miami, 2025). Se puede leer en el blog EBETANIA: <http://ebetania.wordpress.com>

* “Editorial Betania, 35 años y más de 600 libros”, publicado en *Árbol Invertido* (Madrid, 2025): www.arbolinvertido.com/cultura/editorial-betania-35-años-y-mas-de-600-libros

* “Betania & Verbum: Dos editoriales cubanas en España”. Entrevista de Floriano Martins, publicada en *Agulha Revista Cultural* (Brasil, 2023): www.arcagulharevistadecultura.blogspot.com/2023/02/betania-verbum-dos-editoriales-en-espana.html

* “Presencia y labor editorial de Felipe Lázaro en España”. Entrevista de Héctor Manuel Gutiérrez, publicada en *Nagari Magazine* (Miami, 2023): www.nagarimagazine.com/prersencia-y-labor-de-felipe-lazaro-espana-hector-manuel-gutierrez

* “Entrevista a Felipe Lázaro”. Entrevista de Joaquín Gálvez, publicada en *Insularis Magazine* (Miami, 2022). Puede leerse en el blog EBETANIA.

* “Homenaje a Felipe Lázaro: 60 años de exilio y literatura”. Entrevista de Zoé Valdés, publicada en *ZoePost* (París, 2021): www.zoepost.com/homenaje-a-felipe-lazaro-60-anos-de-exilio-y-literatura

* “Siempre pienso que el regreso será eminente”. Entrevista de Alejandro Langape, publicada en *Árbol Invertido* (Madrid, 2019): www.arbolinvertido.com/index.php/entrevistas/siempre-pienso-que-el-regreso-sera-eminente-entrevista-a-felipe-lazaro

* “Cuba no cabe en un pasaporte”. Entrevista de Vicente Morín Aguado, publicada en *Havana Times* (La Habana, 2018): www.havanatimes.org/sp/?p=135093

* “Betania: 30 años de labor editorial”. Entrevista de Alfredo Pérez Alencart en *Crear en Salamanca* (septiembre 2017): <http://www.crearensalamanca.com>.

* “Felipe Lázaro, el alma detrás de Betania”. Entrevista de Luis de la Paz en *El Nuevo Herald* (Miami, 2015): <http://www.elnuevoherald.com/vivir-mejor-artes-letras/articles5120256.html>.

* “Betania: un cuarto de siglo”. Entrevista de José Prats Sariol en *Diario de Cuba* (Madrid, 2013): <http://www.diariodecuba.com/cultura/14111-betania-un-cuarto-de-siglo>.

* “Felipe Lázaro”. Entrevista de Teresa Dovalpage en su blog: <http://dovalpage.wordpress.com> Reproducido en el blog EBETANIA (<http://ebetania.wordpress.com>) como entrada (post) del 8 de marzo de 2011.

* Dossier sobre Betania en la revista *Otro Lunes*, N° 19 (2011): [http://otrolunes.com/archivos/16-20\)?hemeroteca/numero-19/portada/](http://otrolunes.com/archivos/16-20)?hemeroteca/numero-19/portada/) Contiene una entrevista a Felipe Lázaro realizada por Amir Valle.

* “Con Felipe Lázaro”. Entrevista del poeta dominicano Frank Báez en la revista *Ping Pong* (República Dominicana, 2010) N° 7: <http://www.revistapingong.com>.

* Dossier: “La editorial Betania cumple 20 años” en la revista *Decir del agua* (Miami, enero 2007): www.decirdelagua.com Contiene: “Lázaro nos habla de Betania”. Entrevista de Reinaldo García Ramos y el artículo: “Felipe Lázaro, la isla entera” de Efraín Rodríguez Santana.

La antología poética *Tiempo de exilio* (1974-2014) se puede leer o descargar gratis en: <http://editionshoynohevistoelparaiso.com/2014/01/29/tiempo-de-exilio-antologia-poetica-1974-2014-felipe-lazaro/> y en la revista *Otro Lunes*, N° 31 (2014): www.otrolunes.com.

También se puede adquirir dicha antología impresa (PV: 10 €, más gastos de envío) en BUBOK: <http://www.bubok.es/libros/230826/tiempo-de-exilio-antologia-poetica-19742014>.

Una reseña sobre esta antología poética se puede leer en *Diario de Cuba* (Madrid: abril, 2016): “Felipe Lázaro: exiliado en el tiempo”, del poeta y escritor cubano Francis Sánchez: www.diariodecuba.com/de-leer/1460024049_21503.html y en la revista cubana *Árbol Invertido* (Ciego de Ávila: abril, 2016): www.arbolinvertido.com/secciones/critica/felipe-lazaro-exiliado-en-el-tiempo.

Otras reseñas sobre *Tiempo de exilio*:

“Felipe Lázaro. Exilio y residencia”, de Jorge de Arco. Publicada en enero-febrero de 2017 en *Corresponsales ACPI* (Asociación de Corresponsales de Prensa Iberoamericana: www.corresponsalesacpi.es) y en *Granada Cultura*. Esta reseña se puede leer en el blog *EBETANIA*: <http://ebetania.wordpress.com> en la entrada (post) del 21 de febrero de 2017.

“Felipe Lázaro, un poeta ante los problemas del hombre”, de Ena Columbié, publicada en *El Nuevo Herald* (Miami) 9 de febrero de 2017. Enlace en *EBETANIA*: www.ebetania.wordpress.com, entrada (post) del 14 febrero de 2017.

“Notas sobre poesía y exilio en Felipe Lázaro”, de Aimée G. Bolaños, publicada en la revista hispanoamericana *Otro Lunes* (Berlín) N° 46, abril 2017: <http://otrolunes/46/este-lunes/notas-sobre-poesia-y-exilio-en-felipe-lazaro/>.

Su poesía ha sido seleccionada en diversas antologías, como:

* *La poesía de las dos orillas. Cuba, 1959-1993* (Libertarias/Prodhufi, 1994) de León de la Hoz.

* Poesía cubana: *La Isla Entera* (Betania, 1995) de Felipe Lázaro y Bladimir Zamora Céspedes.

* *Poetas sin fronteras* (Verbum, 2000) de Ramiro Lagos.

* *La isla en su tinta. Antología de la poesía cubana* (Verbum, 2000) de Francisco Morán.

* *Antología de la Poesía Cubana*. Vol. IV (Verbum, 2002) de Ángel Esteban y Álvaro Salvador.

* *Poemas cubanos del siglo XX* (Hiperion, 2002) de Manuel Díaz Martínez.

* *Antología de la poesía cubana del exilio* (Aduana Vieja, 2011) de Odette Alonso Yodú.

* *Poderosos pianos amarillos. Poemas cubanos a Gastón Baquero* (Ediciones La Luz, 2013) de Luis Yuseff. Prólogo de Virgilio López Lemus.

* *Balseros. Antología poética* (Entre Líneas, 2015) de Pedro Pablo Pérez Santiesteban.

En Amazon se pueden adquirir los siguientes libros impresos:

Conversaciones con Gastón Baquero (2019), *Tiempo de exilio* (2021), *Poesía Cubana: La isla entera* (2024) e *Invisibles triángulos de muerte* (2025)

Felipe Lázaro:

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: EBETANIA <http://ebetania.wordpress.com>

Facebook: Editorial Betania



La actual estatalizada panadería (antes La Reina) en la calle Maceo (2017).
Foto de Eldis Riol.

Este libro se terminó
el día 4 de diciembre de 2025,
Festividad de Santa Bárbara.
Al cumplirse los 65 años de exilio político del autor.

Felipe Lázaro

**INVISIBLES TRIÁNGULOS
DE MUERTE**

Con Cuba en la memoria

(Relatos)



BETANIA

(2017)

editorial **BETANIA**

E—mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

Facebook: Editorial Betania

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987—2025)

Colección Narrativa

Al otro lado de la zarza ardiendo, de Graciela García Marruz.

Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz—Pérez.

El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.

Ruyam, de Pancho Vives.

Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.

Memoria de siglos, de Jacobo Machover.

El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro,

Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca),
de Raúl Thomas.

Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.

*Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del
franquismo)*, de Maite García Romero.

Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz
Díaz.

Nuevos encuentros, de Martín—Armando Díez Ureña.

Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Seve-
rino Puente.

La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.

Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.

Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.

Chivitas, de Adriana Restrepo.

Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.

Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.

Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.

Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.

Balseros cubanos, de Carmen Fernández.

Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.

Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.

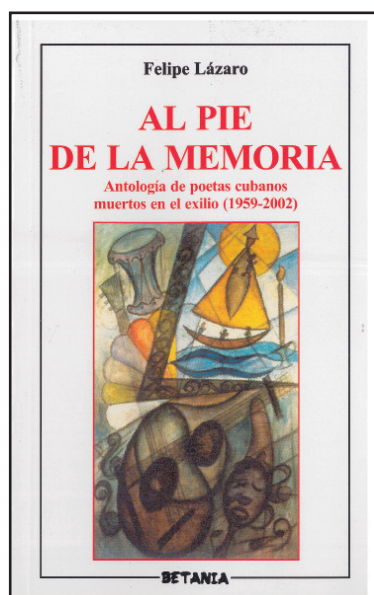
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.

Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llópiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.
Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Astillas, fugas, eclipses (Cuentos), y *Caracol de sueños y espejos*, de Mirza L. González.
Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.
Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.
Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.
Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.
Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.
Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Sambra.
Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.
Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.
Adiós a las Amazonas, de Ángela Reyes.
Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.
Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.
La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.
Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945—2005), de Carlos Rodríguez Duarte.
Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.
Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.
Palabras de Mujer/Parables of Women, de Olga Connor.
Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.
La semana más larga, de León de la Hoz.
La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.
Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.
La alianza de oro, de Nery Rivero.
Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.
Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.
En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político), de Rafael E. Saumell.
Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.
Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.
Fantasías reales, de Silvia Burunat.
17 memorias y un prólogo, de VV. AA.
Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.

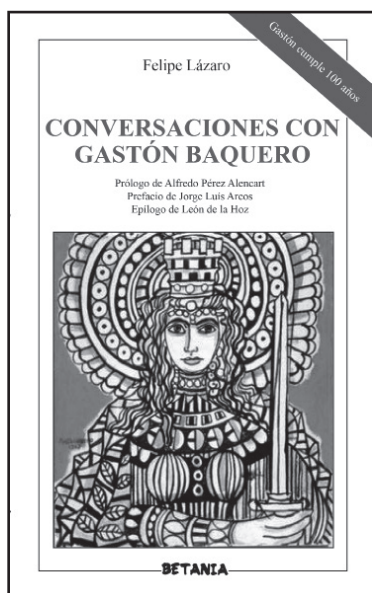
De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.
Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín
Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román
Escribas, de Aimée G. Bolaños.
From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados), de Silvia Burunat.
Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.
El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva
Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjari Román.
Mi vida en “La Piedad”, de David Carlos Gall
Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos), de Francis Sánchez.
Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.
Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos), de Amir Valle.
Invisibles triángulos de muerte. Con Cuba en la memoria, de Felipe Lázaro. (2017 y 2025)
Nicaragua: Cuentos y tradiciones de Diriamba, de Uriel Mendieta Gutiérrez.
No quiero llanto, Dolores Labarcena.
La punzada del guajiro y otros cuentos, de Belkys Rodríguez Blanco.
Breves y ligeras crónicas de un gusano de La Habana en Santiago de Chile, de Luis García de la Torre.
Recuerdos de un niño cubano, de Fernando Torre Balmaseda.
Hoy como ayer, de Tony Guedes.
Fuera de tono, de Manuel Cortés Castañeda.
Mujeres de la vida y de la muerte: de vida real y muerte imposible (Cuentos leves), de Eugenio A. Angulo.
Allá todavía es ayer. Diario de una argonauta, de María Eugenia Sánchez.
Raíces sin derechos, de Carlos R. Castillo. R.
Solo con el fuego, de Luis Marcelino Gómez.
La memoria hacendosa, de María Eugenia Sánchez.
Retake, de Norma López-Burton.
Las crónicas de Juan Tanamera, de Manuel Rodríguez Ramos



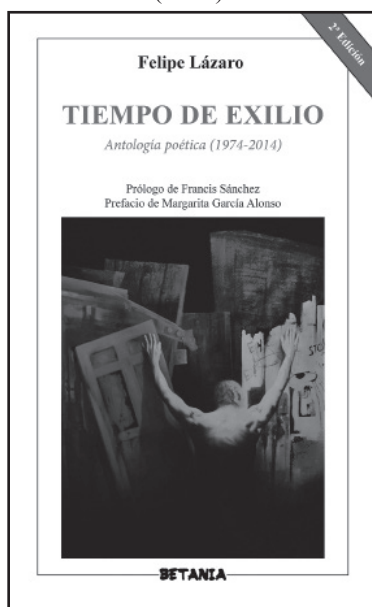
(1995)



(2003)



(2013)



(2016)

Felipe Lázaro (Güines, 1948). Poeta y editor cubano. Salió de Cuba en agosto de 1960. Entre 1961 y 1967 residió en Puerto Rico y, desde entonces, en España. Es Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid y graduado en la Escuela Diplomática de España.

Fue uno de los fundadores de las revistas madrileñas *Testimonio* (1968), *La Burbuja* (1984) y *Encuentro de la cultura cubana* (1996); además del periódico *La Prensa del Caribe* (1997). Perteneció al Consejo Editorial de la *Revista Hispano Cubana* y del *Boletín del Comité Cubano Pro Derechos Humanos*, publicados en la capital española. En 1987 obtuvo la Beca Cintas y fundó la editorial Betania.

Autor de seis poemarios, de varios libros sobre Gastón Baquero y de diversas antologías sobre la poesía cubana del exilio. Desde 2019 es miembro de la Academia de la Historia de Cuba en el exilio. En 2022, el Centro Cultural Cubano de Nueva York le concedió el Premio EL TITÁN por su labor editorial y trayectoria literaria.

En *Invisibles triángulos de muerte. Con Cuba en la memoria*, Felipe Lázaro reúne catorce relatos que transcurren en su ciudad natal (Güines), donde rememora su infancia en los convulsos finales de la década de los 50 y en los dos vertiginosos primeros años de la Revolución cubana, a principios de los 60. Memoria y autoficción se aúnan en este libro, para conformar un retablo de cuentos que plasman una viva remembranza de una Cuba ida, pasada, que contrasta con las ruinas actuales –de toda la Isla– y que, en definitiva, confirma el innegable fracaso del régimen del 59. Recuerdos y creación que se unen en este puñado de narraciones y confeccionan el mosaico de una cuentística de la nostalgia y de la niñez.



editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA